

IMÁGENES

Periodismo, democracia y pandemia
en Argentina y América Latina

PAGANAS

FERNANDO J. RUIZ



CADAL



KONRAD
ADENAUER
STIFTUNG

FERNANDO J. RUIZ

IMÁGENES PAGANAS

Periodismo, democracia y pandemia
en Argentina y América Latina



BUENOS AIRES, 2021

IMÁGENES PAGANAS

Periodismo, democracia y pandemia en Argentina y América Latina

© del texto, Fernando J. Ruiz

© de esta edición Fundación CADAL
julio 2021

Autor: Fernando J. Ruiz

Diseño interior y portada:

Verónica Alonso S.

Ilustraciones de portada:

Alejandro Agdamus y Sebastian Dufour.

Se agradece a *La Nación*, *Clarín*, *Perfil* e *Infobae* por la cesión de derechos sobre los artículos y las ilustraciones.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ISBN: 978-987-4492-10-4

www.cadal.org

Prohibida su reproducción, total o parcial, sin la autorización expresa de los editores

Julio, 2021



Ruiz, Fernando J.

Imágenes paganas: periodismo, democracia y pandemia en Argentina y América Latina
/ Fernando J. Ruiz. -1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación Cadal; Konrad Adenauer Stiftung, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4492-10-4

1. Periodismo. I. Título.

CDD 302.23098

ÍNDICE

Prólogo	7
La pobreza no nos indigna lo suficiente	13
A profesiones vencidas, un país vencido.....	21
Una voz poderosa es clave para gobernar.....	29
El bicentenario de un país universal.....	37
El futuro del periodismo como profesión democrática en América Latina.....	41
El populismo destruye los matices, el periodismo los recupera	69
Más información, mejores ideas.....	75
En tiempos inciertos, la prensa se revaloriza.....	79
El periodismo y la fábrica de los derechos	83
Cómo está la grieta en el periodismo	87
Periodismo militante, populista... o profesional.....	91
En periodismo, el tiempo es veloz... siempre.....	95
La política es un hospital, no una guerra	99
Las libertades y las alambradas emocionales	105
El periodismo y su relación con las palomas heridas	109
En Dolores, ¿nace un nuevo código penal mediático?	117

El buen periodismo es cambio social.....	133
Las experiencias del periodismo con la verdad	139
No se olviden de Cabezas, un lema para el buen periodismo	145
El periodismo y la burbuja Buenos Aires	151
Los periodistas y la epidemia del coronavirus	159
Cómo volver mejores después de la pandemia.....	167
El periodismo profesional y las necesidades sociales	173
¿Dónde está el sector privado?	177
El periodismo no puede chocar dos veces con la misma grieta. ...	185
Las víctimas de los halcones.....	189
Elige tus imágenes paganas.....	197
El periodismo según <i>Borgen</i>	205
La política y el periodismo en la puerta del callejón	209
Los líderes designados, la prensa y el odio en América Latina ..	213
Alberdi en La Habana	219
La neblina del <i>lawfare</i> en América Latina.....	227
Acerca del autor	235

PRÓLOGO

No conocía a Fernando Ruiz hasta que leí este libro que compila, principalmente, textos suyos publicados en *La Nación*, *Clarín*, *Infobae* o *Perfil*. Me alegra haberle conocido a través de esta lectura. Fernando Ruiz es argentino y yo soy cubana, pero la realidad de la que habla no me es ajena. Los problemas de América Latina, antes de la pandemia y durante la pandemia, son bastante parecidos en su esencia, aunque sus síntomas difieran.

El autoritarismo, la violencia, la corrupción, la desigualdad, la injusticia, atraviesan las narrativas que se construyen de nuestras naciones. Y Fernando Ruiz lo sabe. Sus análisis no se circunscriben a las fronteras argentinas. Abarcan la complejidad de toda una región que se define desde la cultura y la historia más que desde los territorios y que incluye información genética de distintos sitios del mundo.

Así lo advierte en *El bicentenario de un país universal*: “Todos los países de la Tierra, y en especial la Argentina, son multinacionales. Nuestro torrente fue formado con oleadas de inmigrantes de distintas nacionalidades cuyas historias desbordan nuestro actual relato nacional”. Pero Ruiz entiende que ese proceso no ha finalizado. La humanidad continúa moviéndose, emigrando, y cada vez más las tecnologías contribuyen a difuminar las distancias y estimular las comunicaciones.

Quizás por eso una lo lee y siente, a medida que avanza, que habla de su propio país. Cuando Ruiz se refiere a las profesiones vencidas por cierto realismo profesional “que las lanza hacia rutinas de mediocridad generalizada”, inmediatamente yo pienso en Cuba, porque más que describir fenómenos de Argentina está describiendo fenómenos típicos de las sociedades contemporáneas.

“Muchas profesiones están así porque perdieron por el camino la fuerza de la vocación”, sostiene Ruiz. “La vocación es lo que hace que la misión de una profesión pueda cumplirse. Por ejemplo, la misión de la salud para los médicos, la justicia para los abogados o la verdad para los periodistas”. Y seguido agrega: “¿Qué es una profesión vencida? Es aquella en la que sus miembros están convencidos de que no pueden cumplir esa misión profesional. Con esa actitud, el profesional incorpora la mala praxis como parte de su rutina. Cuando esta actitud se generaliza, estamos en problemas”.

Esa fue precisamente una de las razones por las cuales yo me volví periodista independiente en Cuba: no podía cumplir mi misión profesional en un medio perteneciente al Estado que subordinara sus decisiones editoriales a los intereses del Partido Comunista. Estaba frustrada. Mientras trabajara para el Estado no sería más que una vocera, una marioneta que, de una u otra forma, reproduciría el discurso hegemónico. No lograba sentirme plena y orgullosa de mí.

Siempre digo que, en ese período de mi carrera, que se extendió por casi dos años, sólo veía dos alternativas para sobrevivir a la censura: volverme cínica o volverme mediocre. Al final, decidí ser libre y respetar mi vocación. Pero el costo de buscar la libertad en Cuba es bastante alto. Implica exponerte al riesgo de que te encarcelen por ejercer el periodismo, implica vivir bajo

constante acoso de la Seguridad del Estado, implica que no tienes derecho a acceder a la mayoría de las fuentes de información y a reportar, implica trabajar sin garantías jurídicas.

En una ponencia de 2017 compilada en el presente libro, titulada *El futuro del periodismo como profesión democrática en América Latina*, Ruiz advierte que “la relación entre periodismo y democracia no es condicional, sino determinante. Hay algunas profesiones que pueden desarrollarse al máximo en el interior de una dictadura. Se podía ser un gran arquitecto o un gran ingeniero en el interior de la Unión Soviética, o en la China de Mao, o en la Italia fascista o la Alemania nazi. Pero no se puede hacer gran periodismo en el interior de una dictadura. Existen limitaciones insalvables para consultar a todas las fuentes, obtener la documentación necesaria, y narrar con la suficiente libertad posible. Por supuesto que ha habido y hay ahora periodistas heroicos que hacen lo imposible por ejercer su profesión bajo el techo de las dictaduras, pero su producto final es incomparable con el que puede producir un periodista que vive en una democracia con todas las libertades disponibles”.

En Cuba, desde los años ochenta, ha habido periodistas heroicos que se han salido del sistema y lo han confrontado para defender su vocación. Muchos han sido represaliados, han sufrido prisión o se han marchado al exilio. La generación de periodistas independientes a la que yo pertenezco, que surge con la apertura de los servicios de acceso a Internet a la población cubana en 2013, tampoco se ha salvado de la violencia política.

Ahora mismo yo me encuentro residiendo en Madrid y casi todos los periodistas con los que he trabajado alguna vez se encuentran dispersos por distintas ciudades del mundo. Ciertamente, ha sido posible producir periodismo independiente de calidad,

incluso desde fuera de Cuba muchos seguimos insistiendo en ello, pero es inevitable preguntarnos cuánto más no podríamos lograr si nuestras circunstancias no fueran tan hostiles y no tuviéramos que invertir la mitad de nuestras energías en defender nuestro derecho a existir.

En la misma ponencia citada, Ruiz precisa que lo que hace al periodismo una profesión democrática es el hecho de que sólo puede desarrollarse si existen libertades civiles y políticas. “La primera responsabilidad profesional del periodismo es la defensa de la democracia, porque la profesión debe en primer lugar defender el contexto que hace posible su desarrollo como profesión”. Y esto es lo que explica que, en Cuba, y en otros países con regímenes autoritarios, como Nicaragua o Venezuela, los periodistas se conviertan automáticamente en activistas y defensores de derechos humanos.

Al hacer nuestro trabajo no estamos solamente cumpliendo una misión profesional sino también contribuyendo a la construcción de democracia. No hay democracia sin acceso a información oportuna, veraz y diversa. La información es la base en torno a la cual los ciudadanos pueden tomar decisiones sobre su presente y futuro y participar de la política. Un país donde prevalezca una única voz, porque las divergentes sean criminalizadas y silenciadas, será un país en el que proliferarán los abusos de poder.

En *El periodismo profesional y las necesidades sociales*, el autor recuerda que “en cualquier región del país y en cualquier medio, la limitación a nuestra libertad profesional es un apagón masivo a amplios sectores sociales que perderían la capacidad de decir algo en público e insertarse en la conversación ciudadana. En nuestra historia, cada vez que el periodismo se cerró, una oscuridad represiva cayó sobre una parte o toda la sociedad argentina;

y, por el contrario, las aperturas políticas fueron también una expansión notable de la libertad profesional”.

Para Ruiz, “uno de los roles esenciales de nuestra labor profesional es bucear en las opacidades del Estado que pueden ser fuente de corrupción, ineficiencia o autoritarismo”; señala además que “el Estado debería ser lo más transparente posible para los ciudadanos, y por eso los periodistas son iluminadores permanentes de esas áreas oscuras”.

Sin embargo, es importante insistir en el respeto de los límites entre activismo y periodismo. Que el periodismo sea un motor para el cambio social no significa que la profesión deba subordinarse a intenciones políticas. En *El buen periodismo es cambio social*, Ruiz afirma: “el periodismo decisivo en el cambio social no es el militante, sino el profesional, el que abre y explora los temas abarcando sus diferentes perspectivas”; es decir, que al periodismo le basta con ser periodismo, con cumplir sus estándares, para promover cambios sociales.

En otro texto, el autor es incluso más revelador: “La construcción democrática pasa ahora por la recreación de una base profesional mínima y común que pueda ofrecer una base informativa que la ciudadanía pueda compartir más allá de su orientación política. Desde esta perspectiva, para mí es obvio que el periodista más democrático es siempre el más profesional”.

Imágenes paganas es un libro que propone constantemente un equilibrio. Fernando Ruiz exhorta a la autocrítica en el gremio, al tiempo que reconoce la necesidad de que las sociedades se involucren en la defensa de las libertades y funcionen como un tejido armonioso. Tiene claro que el heroísmo no es un modelo periodístico sustentable. Es una voz crítica y al mismo tiempo esperanzadora, sin llegar a ser cínica, mucho menos ingenua.

Quizás una de las expresiones más claras de ello sea precisamente su visión de Cuba. Ruiz no cae en la tentación de la vieja izquierda latinoamericana de romantizar la revolución cubana y presentar el gobierno que instauró hace ya 62 años como un paradigma de felicidad. Al contrario. Si algo reivindica de Cuba son sus exponentes de disidencia política. La Cuba de la que habla el autor no es la Cuba de los poderosos sino la de los oprimidos.

Cualquier persona que acceda a este libro percibirá esa coherencia en el pensamiento del autor y encontrará nuevas claves para interpretar su realidad, detectar el gran reto que la construcción de democracia impone y el papel del periodismo en ese reto. En algún momento, Ruiz lo dirá de la manera más sencilla que una pueda imaginar: “Esto es como andar en bicicleta: si no avanzás, te vas a caer”.

Mónica Baró

MADRID, MAYO DE 2021

LA POBREZA NO NOS INDIGNA LO SUFICIENTE

La Nación, 21 de julio del 2015

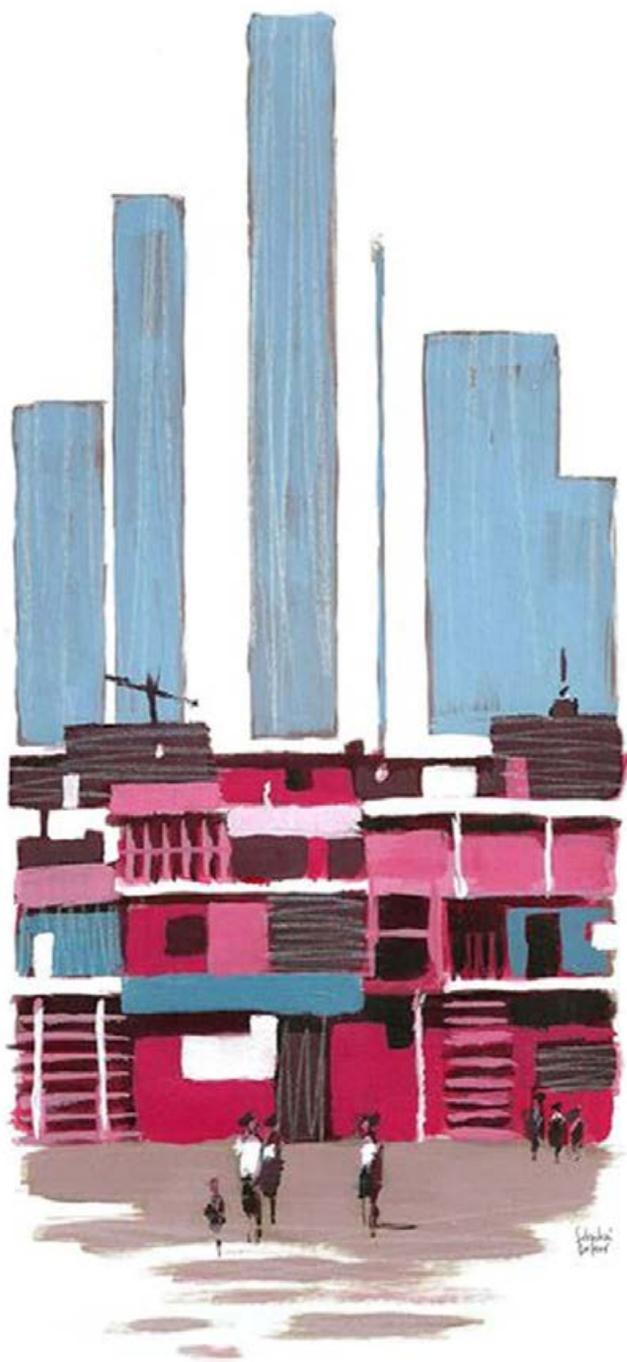




Ilustración: Sebastian Dufour.

Desde hace décadas, nuestro país tiene una llaga profunda y dolorosa que se llama miseria. Los extranjeros que nos visitan la ven enseguida, nosotros ya no la vemos. En el resto de los países de América latina pasa lo mismo. Como dijo el economista brasileño Edmar Bacha, nuestros países son “Belgindia”, una realidad que mezcla en el mismo territorio a Bélgica con la India. Pero esa miseria, de tanto estar ahí, ya forma parte del paisaje. Millones de personas afuera de los mínimos de consumo no conmueven a nadie.

Los pobres son también personas privadas de derechos. Ya dijo el gran Amartya Sen: la pobreza es también privación de la libertad.

¿Qué es lo que hace que en una sociedad un sector esté privado de derechos? ¿No es una comunidad una casa común?

Los derechos dependen de la conexión emocional que la sociedad tiene con respecto a ellos, dice la investigadora Lynn Hunt, en su libro *La Invención de los Derechos Humanos*. Nadie toleraría hoy la esclavitud. El respeto al derecho a no ser esclavizado forma parte de nuestra conciencia. Los únicos derechos que efectivamente se consolidan son aquellos cuya violación indigna a un amplio sector social.

Por eso, la miseria es, en primer lugar, culpa de nosotros. La pobreza no nos indigna lo suficiente y así, los pobres siguen privados de derechos. Si realmente fuese indignante para nosotros la pobreza, el ¡basta ya! hubiese sido un mandato decisivo. El día en que dejamos de indignarnos por la opulenta miseria, esta casa dejó de ser nuestra común.

Hoy habría una indignación general si un grupo de personas caminara desnuda por la calle Florida, y seguramente varios patrulleros terminarían con el espectáculo. Pero todos los días decenas de niños y niñas revisan la basura en esa misma calle, y no pasa nada. En los basurales del Gran Buenos Aires hasta han desaparecido chicos hundidos mientras hurgaban en esas montañas de desperdicios.

Belgindia no es un país, sino un simulacro. No es una casa común, sino una casa partida.

Los partidos hablan pero no actúan en serio. Los tres principales candidatos a la presidencia seguramente votaron a la Ucedé en los ochenta, y su concepción de gobierno es desarrollista. Ésas son buenas noticias: van a generar buenas condiciones para la creación de trabajo privado y llevarán a cabo iniciativas transformadoras. Pero les falta la indignación social o, por lo menos, sólo la muestran en el discurso. No está la lucha contra la pobreza en el tope de su agenda. Los tres candidatos tienen técnicos brillantes que podrían construir planes impactantes de lucha contra la pobreza si sus líderes pusieran los principales focos políticos en eso. Pero su dedicación es marginal.

El peronismo nació indignado con la pobreza, pero no sólo hace rato que ya no se indigna más, sino que es una de las principales fuerzas del statu quo territorial que cristaliza las villas miserias. El peronismo gobierna el conurbano desde hace más de

treinta años y no hay forma de encontrar cambio social en esos kilómetros cuadrados. No hay villa que no haya crecido y que no esté en una situación de mayor degradación de calidad de vida. Si revisamos las provincias donde el peronismo gobierna desde 1983, la conclusión sería la misma. Tenemos una clase dirigente de millonarios que logra legitimarse con un discurso a favor de los pobres. Tomar a la actual asignación universal por hijo, después de doscientos años de construcción democrática, como un hito en esta lucha, me parece un gran indicador de las pocas expectativas que tiene toda la clase dirigente —en su sentido más amplio— respecto de la reducción drástica de la pobreza.

Los últimos peronistas indignados con la pobreza fueron los montoneros, pero canalizaron tan mal su ¡basta ya! que crearon una organización criminal. Querían construir una dictadura socialista y además se cebaron con las armas, dos cosas que generalmente han ido de la mano. Otra hubiese sido la historia si los montoneros hubiesen aprovechado su indignación con la pobreza como motor de un cambio democrático. Es uno de los hechos más tristes de la historia reciente de América latina cómo generaciones de jóvenes, indignadas por el sufrimiento ajeno, se equivocaron tanto cometiendo errores y horrores. Idealizar hoy esos errores y horrores me hace temer que algunos quieran repetirlos.

Durante todo el siglo veinte perdimos el tiempo en la lucha contra la pobreza. Primero se quiso construir sociedades al estilo soviético, después a lo Mao y finalmente a lo Castro. Ahora el cuarto callejón sin salida es el socialismo inaugurado por Hugo Chávez.

El resto de los partidos se ocupa poco de los pobres. Me parece que la política democrática tiene cierto cansancio con respecto al tema, y también en el mundo académico se ha reducido la

inquietud intelectual. Cada sector que naturaliza este problema, que lo considera imposible de resolver, le pone un cerrojo más a la privación de derechos de un sector social inmenso en esta fallida casa común que es la Argentina.

Los pobres no van a salir solos. La pobreza es un pozo del que se sale con ayuda externa.

Yo no tengo las soluciones, pero sí el marco en el que hay que tomarlas: creer en la empresa privada, en un marco de reglas claras, donde se pueda crear riqueza. Creer en el principio de subsidiariedad, donde el Estado se abstiene de intervenir cuando la sociedad puede satisfacer los bienes públicos. Creer en el Estado, cuando profesionaliza a sus funcionarios y define políticas públicas activas. Creer en la economía de mercado, pero no en una sociedad de mercado. Creer en la lucha contra la corrupción. Creer en la educación y en la salud como motor del cambio social. Pero sobre todo creer en la voluntad de los hombres y mujeres indignados decididos a terminar con la privación de derechos de sus semejantes.

La pobreza funciona como caldo de ideologías antidemocráticas y, si los políticos democráticos siguen tibios en hacer algo contra ella, en algún momento tendrán que asumir culpas por tumultuosos futuros posibles. No hay nada más importante en la agenda política argentina.

El papa Francisco lo ha dicho con una claridad estruendosa y se refirió a “los descartados”, los argentinos lo saben, y miles de jóvenes construyen techos, militan en partidos y movimientos sociales, misionan en tugurios u ofrecen apoyo escolar para niños y niñas que seguirán rodeados de esas privaciones y de narcos.

La única verdad es que no hay un plan y no se sabe qué es lo que hay que hacer. De tanto creer que no tiene solución, hemos dejado de pensar una.

Pronto y pronto, como decían los porteños del siglo diecinueve, habrá que actuar. Si realmente la Argentina es una casa común, hay que demostrarlo.

A PROFESIONES VENCIDAS, UN PAÍS VENCIDO

La Nación, 24 de septiembre del 2015





Ilustración: Huadi.

Ya agota que los políticos sean el chivo expiatorio de todos los males. Uno de los tics más entrenados de nuestro ADN es la habilidad de sacarnos la culpa de lo que nos pasa. ¡Somos limpios rodeados de sucios!

Nuestra mirada destructiva sobre la política tiene argumentos, pero exageramos. Quiero proponer un nuevo culpable en la lista. Este nuevo acusado vuela bajo, pero está en todos lados. Pido que miremos hacia las profesiones. No hay escándalo en que no estén involucradas, ni foto de la corrupción donde no aparezcan como protagonistas.

¿No son acaso las profesiones las columnas vertebrales de una sociedad eficiente y organizada? Eso es verdad, siempre que no estén vencidas, quebradas, por un «realismo» profesional que las lanza hacia rutinas de mediocridad generalizada. Muchas profesiones están así porque perdieron por el camino la fuerza de la vocación.

La vocación es lo que hace que la misión de una profesión pueda cumplirse. Por ejemplo, la misión de la salud para los médicos, la justicia para los abogados o la verdad para los periodistas.

¿Qué es una profesión vencida? Es aquella en la que sus miembros están convencidos de que no pueden cumplir esa misión

profesional. Con esa actitud, el profesional incorpora la mala praxis como parte de su rutina. Cuando esta actitud se generaliza, estamos en problemas.

Me arriesgo a decir que están vencidos amplios sectores de, por lo menos, las siguientes profesiones: la policía, la docencia primaria y secundaria pública, el periodismo, los empleados y funcionarios de la administración pública, y los empleados judiciales. Estos son algunos campos profesionales con la mística cascoteada por causas innumerables. Existe la vocación en muchos de quienes la ejercen, pero sienten y saben que van contra la corriente en su grupo profesional. Se saben minoría.

Esos ideales vencidos afectan bienes públicos esenciales como la educación pública, la seguridad, la justicia, la eficiencia del Estado o la calidad del debate y la información pública.

La precarización de la vocación no necesariamente supone la del ingreso. Hay personas con su ideal profesional vencido que ganan mucho dinero, y hay otros que conservan la llama de su vocación aunque ganen muy poco. Los vencidos se convencen a sí mismos sobre las razones de su derrota. Y, sin quererlo, se integran a un tsunami de mediocridad que lleva a la mala praxis constante. Esta mala praxis no consiste en difamar desde el periodismo, o en incumplir los programas de las clases en una escuela, o en convertirse en un empleado judicial o policía coimero. La mala praxis estructural es no ofrecer todo para hacer lo mejor posible su trabajo. Es bajar el techo, y llevar su servicio público al piso. Solo en pocos casos la mala praxis es flagrante.

En la aviación eso se llama la teoría de los accidentes normales, que son los que se producen a medida que se va degradando la cultura operativa diaria. *Whisky Romeo Zulu*, de Enrique Piñeyro,

sobre la tragedia de 1999 en la que se estrelló un avión de LAPA, es esa teoría hecha película.

Mi objeto de estudio académico es el periodismo, y escucho en muchas ciudades a periodistas con un discurso derrotista: tienen mucha información y pueden publicar poco; sienten que el ideal que los llevó a una redacción quedó atrapado en el corralito de la publicidad oficial o de los intereses caprichosos del dueño de su medio; o, simplemente, se convencen de que la dificultad de hacer un periodismo sustentable pone a la profesión en suspenso. Son grandes los obstáculos y desafíos que tiene en este momento el periodismo (desafío político, tecnológico y económico), pero esa actitud vencida los hace todavía más grandes y difíciles. En cursos ante miembros de otras profesiones, confirmé que la telenovela de la derrota profesional está extendida. La misma voluntad vencida que siento entre algunos periodistas la escuché en otros ámbitos.

Para que una profesión sea un activo para la construcción de un país y no un lastre social, tienen que coincidir tres cosas: poder, corazón e ingresos. Si aquellos que tienen el poder en el campo profesional son los que aman el ideal y tienen ingresos razonables, esa profesión vuela y su beneficio a la sociedad se multiplica. Si, en cambio, los que tienen el poder y los ingresos tienen una actitud cínica hacia el ideal de esa profesión, ese campo profesional está degradando la sociedad. Y no hay gobierno que pueda compensar la ruina que una profesión vencida provoca en la vida de un país. Por eso es tan importante una buena profesión como un buen gobierno. Además, los gobiernos son transitorios, mientras que las profesiones son permanentes.

Las profesiones son andamios poco trabajados para el desarrollo del país. Esto se debe quizás a que se entienden como algo privado. Sin embargo, hay pocos actores más transversalmente

públicos que una profesión: son las columnas principales de la actividad laboral (privada y pública) en un país. Las profesiones gobiernan desde abajo. O, si están vencidas, des gobiernan.

¿Podría haber una corrupción tan extendida en el país sin la cocina de esos ilícitos avalada por profesionales muy destacados de varios campos?

Las facultades son el trampolín de lanzamiento de esos profesionales, así que algo tendremos que ver desde la academia. Es aquí donde se enseña a utilizar el poder social que cada profesión tiene. Ese poder social acumulado de las profesiones es mayor que el poder de un gobierno. Si las profesiones tienen la vocación como norte de su labor, no hay gobierno que lo tuerza. Diría que la ética de las profesiones es un corralito para los gobiernos, y no al revés.

Como dicen Gardner, Csikszentmihalyi y Damon, en su gran libro *Buen trabajo. Cuando ética y excelencia convergen*, un indicador claro del buen trabajo es que uno se siente bien, satisfecho con las consecuencias de sus actos, cumpliendo su vocación y servicio social, desarrollando lo mejor de uno mismo. Esa alineación de sensaciones personales es la que provoca una profesión pujante.

Una de las claves del futuro argentino es aceptar que el país no se construye desde el gobierno. Una mentalidad estatista nos fuerza a mirar sólo a los políticos, y la sociedad se vuelve adicta a las iniciativas estatales. Ellos sólo afectan parcialmente la vida social. El país se construye desde muchos espacios, y uno de los más desatendidos son las profesiones.

Por eso, las asociaciones profesionales son tan importantes como los partidos políticos. Tienen como principal función ser inspiradoras y animadoras de una comunidad de albañiles de

un valor público específico. Luego podrán realizar capacitación, defensas corporativas más o menos exitosas, pero lo esencial es la motivación, mantener ardiente un ideal profesional para poder cumplir el servicio público que le toca. Si no lo hace, será un factor más que suma a la mediocridad general.

Serás popular si acusás a los políticos de todos los males. Pero es falso. Si querés tener mejor puntería en tu indignación, dirigite a tu asociación profesional.

UNA VOZ PODEROSA ES CLAVE PARA GOBERNAR

La Nación, 20 de mayo del 2016





Ilustración: Alfredo Sabat.

Al menos como ejercicio, la historia argentina puede contarse como una sucesión de gobiernos que son reflejos invertidos del anterior. Si sólo tomamos la recuperación democrática desde 1983, vemos cómo los sucesivos presidentes intentan ser casi perfectos opuestos.

Los estilos de Alfonsín, Menem, De la Rúa, los Kirchner y Macri fueron una secuencia de volantazos en la forma de administrar y comunicar, donde cada uno pulió con detalle su quiebre con el anterior. Seguro hay más continuidad que la que vemos. La historia despejará la visión y los argentinos del futuro discernirán mejor; aún nos cuesta entender las diferencias terribles que hubo entre los hombres de la generación de 1880, que ahora vemos como un bloque compacto de ideas y políticas públicas.

Pero lo que hoy está a la vista es la diferencia extrema en la forma de actuar. Esta sociedad de opositores, de la que hablaba Ernesto Sábato, se expresa también en cómo se encadenan las curvas entre gobierno y gobierno. Por eso, Macri no innova cuando se construye como el opuesto comunicacional de Cristina Kirchner.

Los gobiernos espejo invertido del anterior abundan en toda nuestra historia. También hubo un fuerte contraste con el pausado Illia tras los huracanes de Perón y Frondizi. Illia buscó

“valorizar la normalidad de lo cotidiano”, como dijo el historiador Miguel Ángel Taroncher. El presidente radical quería terminar con las batallas de los años previos, cuyos oleajes ahogaban a los propios gobiernos que las generaban. Para Illia, según la politóloga Catalina Smulovitz, “la normalidad era también una crítica al pasado reciente”.

Con ese diagnóstico, Illia silenció su voz, pero un gobierno sin voz no es realmente un gobierno. Ya sugirió Aristóteles, hace veinticinco siglos, que un gobernante que no comunica hasta los límites de su ciudad no gobierna.

El propio Illia recordó: “Yo tenía un secretario de prensa, el señor Parodi, que a los seis meses que fue secretario de prensa me dijo: «Y por qué me ha nombrado usted secretario de prensa, ¿si yo no tengo nada que hacer!». Y le dije: «Tiene razón señor, es cierto que usted no tiene mucho que hacer»”. El señor Parodi renunció y no fue reemplazado.

La comunicación de la autoridad democrática es un desafío, pues debe equilibrar la potencia y el respeto. Pero la política es el arte de no estar solo, y por eso las alianzas son siempre la decisión clave. En este sentido, la voz es una de las dimensiones de esa política de alianzas, quizá la principal.

El Estado es una enorme estructura presente en todo el territorio, pero eso no le da una voz. Y el poder lo da la voz. Por voz me refiero a quien es escuchado, lo que incluye ser también creído. Por eso, en nuestras sociedades democráticas, el poder más decisivo no lo tienen los fierros, las estructuras, los billetes, ni siquiera las leyes. El poder nuclear es ser escuchado y creído. Por definición, es un poder inestable y frágil, hecho de un material contradictorio, mezcla de cristal y acero, que resiste las balas, y lo dañan nimiedades.

Un año atrás, en la Argentina había tres máximos tenores: Cristina Fernández, Jorge Lanata y Marcelo Tinelli. Hoy no es tan claro el podio. Macri es la voz principal, y el elenco de voces secundarias está en construcción.

La voz de Perón fue la más importante del siglo pasado. Y su poder no estaba tanto en su dominio autocrático del Estado, sino en su capacidad persuasiva, tanto individual como colectiva. Muchos enemigos lo consideraron sólo una perversa simbiosis de propaganda y reparto de dinero público, y por lo tanto el destete del Estado y la prohibición de su propaganda lo extinguirían; pero el arraigo de su voz fue más profunda que eso. Un historiador de los medios, Matthew Karush, asocia esa potente empatía social con la identificación de Perón con la cultura popular de la época de oro de la radio y el cine argentinos en los años 30 y 40 del siglo pasado.

Para gobernar se requiere una voz poderosa, que genere vinculación social con sus decisiones. No importa si se cree que esa voz se fabrica más en el hormigueo constante de las redes sociales o en el heavy metal de los medios tradicionales audiovisuales. Una voz tiene fuerza o no más allá del medio que transite. En 1972, la voz poderosa era la de Perón, quien casi no aparecía en los medios, y seguramente no era la primera vez en nuestra historia que el murmullo social superaba la voz mediática.

La voz fuerte no es la gritona, sino la repetida por otros, la que se estira con ayuda de terceros anónimos que la expanden en la interacción personal; es la que tiene eco, que reverbera en olas concéntricas. El emisor poderoso es aquel cuyo discurso es emitido sobre todo por los receptores.

Un indicador de la fuerza de una voz gubernamental es si la mayoría de los hombres y mujeres comunes de una comunidad

puede responder con eficacia las argumentaciones críticas contra ese gobierno.

Para entender la complejidad de la comunicación política, es necesario pensar que la legitimidad de un gobierno no la dan sus resultados, sino las voces que tienen el poder de explicar el sentido de esos resultados. A un gobierno le puede ir mal con la inflación y con el empleo, pero puede tener una voz social con la fuerza para absolverse a sí mismo, e incluso convencer de que sería peor con otro gobierno. Ésa no es la historia de la última década, sino quizá la de la humanidad desde Adán y Eva. No gobiernan los resultados, sino las voces. Si gobernaran los resultados, los fracasos no serían aplaudidos, algo que en política muchas veces sucede.

Además, las voces tienen su público. Algunas son escuchadas en la platea, pero poco y nada en la popular, y viceversa. A veces, las audiencias quedan atrapadas por una voz que les habla porque no hay voces alternativas. Te escucho a vos porque nadie más me habla. Hoy, ¿quién les habla, en serio, a los que menos tienen, a los hundidos? ¿Cómo salir de una voz que puede tener vocación de llegar a todos, pero queda atrapada en límites de clase? En esa audiencia puede haber voluntad de escucha, pero nadie le habla. Si la voz no te envuelve, no te llega, tenés la sensación de que estás fuera de la preocupación del gobierno, aunque no sea cierto. Si no te hablan, sentís que estás solo o sola con tus problemas y necesidades. El kirchnerismo no les hablaba a sectores sociales, de la misma forma que otros sienten que el macrismo no les habla a ellos.

Ante cada nuevo ciclo político, el periodismo tantea su lugar. En general, la discusión es si el cambio es una simulación o si hay, en serio, nuevos valores. Nada menos que Alberdi y Sarmiento, quizá los dos argentinos más brillantes de la política del siglo

XIX, se sacaron chispas discutiendo el rol que el periodismo debía tener frente a la construcción de la autoridad democrática que hacía nuestro primer presidente, Justo José de Urquiza. Sarmiento promovía un periodismo vigilante; Alberdi, uno más colaboracionista. Y desde entonces esa discusión se recicla con cada nuevo gobierno.

En esos momentos es cuando funciona la falacia de generalización, usando como ases de espada evidencias poco representativas. Si al puma le encuentran una mancha ya lo acusan de leopardo y lo meten en la misma manada. Y son animales diferentes. Lo mismo pasa en la política. Las profesoras Patricia Nigro y Agustina Blaquier lo explican en su libro *Desnudando el discurso político. Falacias, políticos y periodistas*, que es un manual de diálogo democrático.

Lo importante no es que un gobierno tenga voz, sino que también nos lleve a algún lado. Por eso, ahora es necesario expandir la imaginación histórica y romper varios espejos. Es cierto que no suele traer buena suerte, pero peor es la suerte de mirar siempre para atrás. La historia es maestra, pero también carcelera.

EL BICENTENARIO DE UN PAÍS UNIVERSAL

La Nación, 6 de julio de 2016

En Tucumán se declaró la Independencia, pero, dos años después, tras la batalla de Maipú, fuimos realmente libres. Apenas terminó, el general José de San Martín le escribió al director supremo Juan Martín de Pueyrredón: “En una palabra, ya no hay enemigos en Chile”. Días antes, la derrota en Cancha Rayada, dijo, “hizo vacilar la libertad”.

La historia de San Martín –como la de tantos otros héroes de la Independencia– es gloriosa. Pero la Nación no es sólo una cadena de batallas y constituciones, sino también un denso tejido de personas.

Todos los países de la Tierra, y en especial la Argentina, son multinacionales. Nuestro torrente fue formado con oleadas de inmigrantes de distintas nacionalidades cuyas historias desbordan nuestro actual relato nacional.

¿Cómo olvidar esos viajes humanos? La llegada de los holandeses a Tres Arroyos, los franceses al Chaco, los coreanos a Buenos Aires, los judíos rusos a Entre Ríos, los daneses a Eldorado y los finlandeses a Oberá en Misiones, las colonias alemanas en diez provincias, los indios sikhs a Rosario de la Frontera, los franceses a Margarita Belén en el Chaco, o la de los miles de bolivianos del norte argentino o del Gran Buenos Aires que se presentaron voluntarios para pelear en la Guerra de Malvinas;

el periodista chubutense Carlos Hughes narra en *Último tren a la colonia* la llegada de los galeses a la Patagonia y su amistad con los tehuelches. ¿Qué es la historia patria sino la mistura inescindible de ese tejido humano?

Un indicador de la integración es la casi extinción de la prensa inmigrante. Estos medios se apagan a medida que tienen éxito. A mediados del siglo XX, los viajeros se extrañaban por la pluralidad de lenguas que encontraban en los quioscos. Sólo los lituanos tuvieron catorce periódicos en el país. Las publicaciones española, italiana, inglesa y judía fueron columnas de nuestro periodismo. Ahora las radios locales bolivianas y paraguayas continúan ese proceso.

Los apellidos de las últimas elecciones (Macri, Scioli, Massa) dicen algo de la influencia de Italia sobre nosotros, país que no existía cuando proclamamos la Independencia. Eran fragmentos diversos, recién unificados en 1861. ¿Cuántas historias hay de cómo los inmigrantes del Norte y del Sur se italianizaban en la Argentina, al mezclarse en los conventillos? Para muchos, su primera experiencia nacional italiana fue la acusación que recibieron en Buenos Aires de ser los causantes de la fiebre amarilla que asoló la ciudad en 1871. Los acusadores no los llamaban piemonteses, napolitanos o sicilianos, sino “italianos”. Hoy gobiernan los descendientes de aquellos perseguidos sociales.

En la serie *Vientos de agua*, el talentoso Juan José Campanella intenta atrapar los intercambios humanos con España, pero éstos se remontan a cinco siglos. ¡Hemos tenido hasta caciques incas de origen español! ¿Cómo después de semejante mezcla podemos todavía separar tanto la historia de España de la de Argentina?

Y no olvidamos a los pueblos originarios. Como una muestra de cada provincia, en su reciente libro *La Rioja indígena* el historiador

Víctor Hugo Robledo describe la población riojana. La invasión inca antes de la llegada de los españoles ya revolvió, mezclaba y destruía personas y culturas, proceso que llegó al paroxismo con el *big bang* posterior, cuando los sobrevivientes indígenas se convirtieron en Juanes, Pedros y Marías.

El río argentino se desborda y eso no es defecto sino virtud. Es bueno recordar los orígenes, pues fuimos educados en el olvido de nuestra vida preargentina. Una nación fuerte pedía una identidad homogénea, la que falsea las historias personales. Si somos una nación formada por irlandeses y qoms, alemanes del Volga, judíos y árabes de muchas nacionalidades, calchaquíes, aimaras, guaraníes o quechuas, ¿cómo se puede limitar semejante caudal cultural?

El tráfico de personas durante la ominosa esclavitud también fue clave en la formación nacional. Por desgracia, nuestro país no evitó un sesgo segregacionista, en el que el color es aún discriminatorio. Toda la sabiduría histórica acumulada que llevamos en la mochila no nos salva de los tics racistas. También es frecuente escuchar argumentos provincialistas de personas con apellidos originados en lugares lejanos.

En la primera mitad del siglo XX los inmigrantes se nacionalizaban con programas de radio populares como *Chispazos de tradición*, donde los jóvenes italianos, sirios, españoles, rusos, polacos, alemanes o franceses idolatraban la figura del gaucho, un personaje que posiblemente nunca vieron y estaba alejado de las historias de sus familias recién llegadas. Eso era la historia por adopción. El inmigrante buscaba un futuro y le reemplazaban su historia. Las carambolas de la invención nacional hicieron que, incluso los creadores de estos productos culturales, fueran ellos

mismos flamantes inmigrantes, como el guionista de *Chispazos de tradición*, recién llegado de España, Andrés González Pulido.

Nuestro Bicentenario debe reflejar esa diversidad y no anular nuestra identidad. Un país que se cierra cae en la ficción. Un líder aislacionista como Donald Trump está casado con una eslovena, es hijo de una escocesa y sus abuelos paternos son alemanes.

Cuando Juan Pablo II viajó a Cuba dejó la frase “que el mundo se abra a Cuba y que Cuba se abra al mundo”. En el mismo sentido, la BBC tiene la misión de “llevar el Reino Unido al mundo y el mundo al Reino Unido”. Un buen mandato para todas las naciones: ser a la vez una y todas en la historia global.

San Martín estaría de acuerdo: condujo un ejército multinacional que luchó por la independencia de América. No hubo nunca un argentino menos provincialista que él. Debe ser por eso que su recuerdo emociona tanto.

EL FUTURO DEL PERIODISMO COMO PROFESIÓN DEMOCRÁTICA EN AMÉRICA LATINA

Ponencia presentada en Congreso de Felafacs, Sucre, 7 de abril de 2017

Es frecuente encontrar en las universidades latinoamericanas una visión poco esperanzadora del ejercicio del periodismo, y del periodismo como institución democrática. Por supuesto, como todas las grandes instituciones democráticas el periodismo tiene las huellas digitales de cada país. No es fácil hacer una teoría que abarque el periodismo en todos los países, de la misma forma que es difícil hacer una teoría parlamentaria mundial.

Pero esta visión escéptica y crítica en nuestras universidades es bastante coherente con lo que piensan en general los políticos latinoamericanos y gran parte de sus intelectuales.

Esta tradición crítica no es nueva, no la inventó el llamado nuevo socialismo de Hugo Chávez en 1999.

Esta tradición crítica acompaña al periodismo desde su origen, desde su fundación como actividad y luego como profesión. La crítica obviamente se agrava cuando el periodismo se convierte en una poderosa actividad económica a fines del siglo 19 y principios del siglo 20.

Está basada en la convicción de que la política y la economía gobiernan más al periodismo que sus estándares profesionales.

No es una crítica que pueda atribuirse a una zona ideológica determinada. Las críticas han sido crecientes tanto desde la

izquierda como desde la derecha, o desde el centro, o de cualquier clasificación que ustedes prefieran. En síntesis, la clase política en general ha aumentado su cuestionamiento al periodismo.

Hay innumerables autores y documentos que nos servirían para ilustrar esta tradición crítica. Yo elegí dos informes de las últimas décadas que nos dan el marco general de esta visión.

El primero es el célebre informe de la Trilateral Commission, elaborado en 1975, y que lleva por título principal *“La crisis de las democracias”*. En ese informe, algunos de los principales intelectuales de ese momento coinciden en decir que los gobiernos tienen mucha responsabilidad y poco poder, y los medios tienen mucho poder y poca responsabilidad. El periodismo construye sus eventos con la lógica de la mayor audiencia posible y eso obliga a las figuras públicas a actuar para esa audiencia, y no en concentrarse para obtener resultados reales. La prensa priva a los gobiernos del tiempo, de la tolerancia y de la confianza, necesarias para gobernar, y hace muy difícil escapar al torbellino de las relaciones públicas y poder abocarse a los problemas básicos.

Por eso, el informe de la Trilateral recomienda *“restaurar el balance entre el gobierno y los medios de comunicación”*. Dice que en los años recientes se produjo “un crecimiento inmenso en el alcance y en el poder de los medios” y, en gran medida por el creciente poder de los periodistas frente a los dueños de los medios, también una actitud cada vez más crítica hacia los gobiernos y los funcionarios (Crozier, 1975).

El segundo informe que quiero citar es latinoamericano y fue presentado en el 2004, realizado por el PNUD, y su título es *“La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos”*. Se condensa de alguna forma toda una visión crítica que creció en los noventa del siglo pasado. Allí se describe

un escenario regional donde “poderes fácticos” condicionan el “poder de las instituciones políticas” y, más específicamente, de los “poderes constitucionales”.

El estudio llega a afirmar que los “tres riesgos principales que podrían amenazar el buen funcionamiento del orden democrático” son las distintas formas de poder económico, la amenaza del narcotráfico y los medios de comunicación (PNUD, 2004). Uno de los principales responsables de ese informe, Dante Caputo, expresó que “la percepción (es) de que el poder está en otro lado y parte de ese otro lado son los medios de comunicación”. Ese sería según él “uno de los temas donde probablemente se juegue en gran medida (...) el futuro de la democracia” (Caputo, 2005).

OTRA VEZ LA DISCUSIÓN SOBRE LOS EFECTOS

En los años previos al informe del PNUD el mundo académico había vuelto a la discusión sobre los efectos potentes, en gran medida por la suma de la globalización, la discusión sobre la videopolítica, y la valorización de la función cognoscitiva, a partir de la cual los medios serían muy relevantes en nuestra construcción de imágenes sobre la realidad (Mauro Wolf, 1994). En esos años, la política había abrazado la lógica de los medios con mucha fuerza, incluso a veces con más convicción que los propios medios (Blair, 2007; Riorda, 2017).

La centralidad que fueron tomando los expertos en comunicación y la obsesión de muchos políticos por su imagen mediática, eran el resultado de ese sentido común de época sobre la omnipotente importancia de los medios de comunicación. Era también una centralidad del ciudadano en el sillón del living, frente a su presencia en la calle y la plaza. Esto se correlacionaba con un deterioro de las instituciones tradicionales, como el parlamento o

los partidos políticos, por la disolución de las identidades políticas sólidas, que algunos consideraban efecto del creciente poder de la lógica mediática.

Esa matriz de opinión es la que los gobiernos han sostenido en general sobre el periodismo en estos últimos años –en América Latina pero también en las democracias del norte. En el año 2007 me enteré de un enfático discurso crítico sobre el periodismo del nuevo laborista Tony Blair a través de una cita elogiosa de Rafael Correa (Blair, 2007). En esos mismos años, Barack Obama escribió en sus libros de campaña argumentos críticos que resonaban parecido (Obama, 2009).

Esa matriz de opinión es bastante coincidente más allá de la orientación que tenga el gobierno. Piensan más o menos lo mismo sobre el periodismo y los medios. Tienen una matriz de opinión común sobre el actor mediático, pero lo que cambia es su matriz de acción. Los gobiernos actúan distinto frente a los medios según el desarrollo democrático de cada país y la calidad democrática del propio gobernante.

En algunos países los gobiernos solo critican y disputan en la conversación pública frente al periodismo; en otros países, los gobiernos también agravan y toman represalias contra ellos. En ese momento, ya están cruzando la línea en la que se encienden las luces de alerta sobre el ejercicio de la libertad periodística.

En algunos países, los presidentes se mantienen en la fase democrática de la crítica, que es el cuestionamiento a los periodistas; en otros, los presidentes avanzan en la fase autoritaria de la crítica, que consiste en deslizarse hacia el agravio y la represalia contra ellos.

El deslizamiento de la fase democrática de la crítica hacia la fase autoritaria del agravio y de la represalia tiene impacto en la calidad democrática. Cuando estamos en la fase del agravio y la represalia, la libertad periodística comienza a ser restringida en forma ostensible.

En América Latina, la libertad de expresión es para todos los ciudadanos, la libertad de prensa es para los dueños de los medios, y la libertad periodística es para todos los periodistas. En nuestra región tenemos solo burbujas de libertad periodística, en algunas redacciones, y en algunas ciudades. Si analizamos en detalle la distribución geográfica de esas burbujas de libertad periodística, podríamos ver como existen provincias, departamentos, estados regionales enteros, en los que hay una libertad de expresión muy reducida. También en la libertad periodística, los latinoamericanos tenemos una distribución muy desigual. Los poderes políticos, económicos o criminales, distribuyen sus mordazas por el territorio y en muchos lugares constituyen microdictaduras donde no existe libertad periodística. Somos países *noruba*, que tienen en su interior zonas con la libertad de expresión de Noruega y otras con las de Cuba.

En una reciente investigación sobre la historia de las guerras mediáticas argentinas, queda muy claro como el proceso de deslizamiento de la etapa democrática a la autoritaria produce no solo la limitación de la libertad de expresión sino también la seria desestabilización de los otros derechos políticos básicos (Ruiz, 2014)

Pero más allá de la matriz de acción, la matriz de opinión es similar: existe un complejo mediático en la sociedad que absorbe la actividad política, la deforma, y la degrada. Recuperar la política para los políticos sería entonces una forma de profundizar la democracia y aumentar su calidad.

En especial, de defender la gobernabilidad, que parece el punto central de los dos informes citados: como asegurar la gobernabilidad de las democracias.

UNA BUENA NOTICIA PARA LOS POLÍTICOS

Tenemos una buena noticia para los políticos, en especial los latinoamericanos: el periodismo está en un proceso de “marginalización” de su poder (Donsbach, 2014) y “resquebrajamiento” de su lugar central en la esfera pública (Waisbord, 2017). “De haber tenido un lugar claro y privilegiado en la división social del trabajo informativo, el periodismo ha pasado a ocupar un lugar indeterminado en la ecología comunicacional actual”, nos dice Silvio Waisbord (Waisbord, 2017). Lo opuesto de lo que todavía muchos posiblemente creen. De hecho, en mi país en una encuesta realizada en el 2016, los argentinos respondieron que creen que los medios tienen más poder que el gobierno (Ramírez, 2016).

Si, como dice el intelectual y ex político canadiense Michel Ignatieff, “narrar, controlar e imponer tu historia a la opinión pública constituye la tarea esencial de todo aquel que se presente a un cargo público”, el periodismo es un poco menos relevante para cumplir ese objetivo (Ignatieff, 2014).

Ese complejo mediático que trozaba la actividad política filtrando con sus criterios qué era visible y qué no, que era aceptable y qué no, qué era legítimo y qué no, ahora está perdiendo centralidad. Los columnistas son menos importantes. La televisión es menos relevante.

Lo que está pasando es que está en revisión el selecto grupo de medios y periodistas que eran los relevantes para su influencia en la vida pública.

Con la revolución digital, esa especie de senado mediático, está corriéndose del centro de la escena. Han perdido el monopolio de ser la fábrica de la fama pública.

Hoy la principal agencia de noticias del mundo no se llama Associated Press, ni Reuters, ni Prensa Latina. Se llama Twitter.

El principal medio de comunicación social mundial no se llama CNN, ni BBC, ni *The New York Times*. Se llama Facebook.

La principal agencia de fotoperiodismo no se llama Magnum. Se llama Instagram.

Todos estos nuevos reyes del mercado de medios fueron creados en los últimos diez años.

Por lo tanto, en estos últimos años hemos visto la gran paradoja de que muchos políticos inflaban un factor de poder que en realidad estaba en una pendiente de deflación política. Ellos mismos lo han podido comprobar. Muchos de los gobernantes que criticaron en forma permanente a los medios de comunicación se han cansado de ganar elecciones. ¿Era entonces el periodismo un superpoder, o eran tigres de papel?

La política y la academia, que todavía no pudo procesar el impacto de la televisión sobre la vida pública (Sartori, 1998), ahora tiene que responder a este nuevo impacto de la revolución digital.

Esto no quiere decir que el periodismo haya dejado de materializar hechos políticos. Eso no es realista. Todos sabemos que no es así, y que todos los días somos testigos de nuevos hechos políticos provocados por el periodismo. Además gran parte de las acciones de un gobierno son acciones en los medios, y eso lo podría demostrar la cantidad de horas dedicadas por los funcionarios a influir en los medios. Pero es posible que lo haga en menor

medida y con menor intensidad que en años anteriores. Todas las semanas en nuestros países hay hechos políticos producidos por los medios, materializados por ellos, es claro que tienen influencia para definir el ambiente político, explicar el contexto, regular el clima político, la agenda, y pueden generar olas de opinión. Pero todo eso lo hacen ahora en un contexto mucho más fragmentado y disputado, donde no están solo sus voces exclusivas.

La actividad política de una época está siempre atravesada por el ecosistema mediático. Desde allí se define cómo se hace la política, dónde y cómo se delibera, y a qué velocidad y a qué ritmo circula la política. Una revolución en los medios de comunicación es también una revolución en las formas de hacer política. Este es un proceso que se produce a distinto ritmo en cada región de cada país, pero está ocurriendo en todos.

De acuerdo a Donsbach, la marginalización del periodismo se percibe en dos cambios centrales (Donsbach, 2014):

1. *La proporción de contenidos producidos por periodistas profesionales ha declinado en el total de actos de comunicación públicos y semipúblicos.*
2. *Retrocedió drásticamente la proporción del conocimiento global que las personas poseen de aquella parte de la realidad que no está basada en su experiencia personal, y que les era transmitida por periodistas profesionales.*

Aquella expresión de Antonio Gramsci de que el periodismo es la principal escuela de los adultos quedó desactualizada. Internet ofrece todo al adulto para informarse, y la mayoría no tiene que ver con periodismo. Para las personas, el periodismo ha perdido relevancia.

Donsbach nos alerta sobre las dos consecuencias principales para la vida pública de esta marginalización:

- Tenemos informaciones menos validadas. Dice Donsbach que la validación periodística consiste en la verdad, la relevancia y las relaciones que explican esas informaciones veraces.
- Tenemos menos conocimientos socialmente compartidos con el resto de los ciudadanos, lo que a mí me gusta llamar la base informativa común (Ruiz, 2014). Donsbach dice que para que una sociedad “pueda funcionar los ciudadanos necesitan contar hasta cierto punto con un reservorio de conocimientos, de experiencias y de valores compartidos. La República de Weimar, fundada en la década de 1920, carecía de esta coherencia, en parte debido a la combinación entre medios sesgados y una conducta fuertemente selectiva” (de las audiencias) (p. 73). (Donsbach, 2014)

Eso también lo decía Obama antes de ser presidente: “La ausencia de un mínimo acuerdo sobre los hechos hace que cualquier opinión valga lo mismo y, por tanto, elimina las posibilidades de un compromiso sensato” (Obama, 2009).

En nuestros países polarizados de América Latina, podemos hablar con personas del mismo país que literalmente viven en distintos países. No solo tienen opiniones radicalmente distintas, lo que es bueno porque demuestra pluralismo, pero el problema es que tienen hechos completamente distintos. De esa forma, no hay punto de contacto posible en una deliberación democrática. Se discute si creció o no la economía en un año, si creció o no la pobreza, si hay o no déficit fiscal, si ha crecido o no la deuda externa, si existe o no deuda con los jubilados, cuáles son los

indicadores de ausentismo en el gremio docente. La respuesta depende del alineamiento político de cada uno.

Ese mínimo acuerdo sobre los hechos, que pedía Obama, es un mínimo necesario para la convivencia democrática.

Las burbujas comunicacionales y las cámaras de eco, van produciendo ese adelgazamiento de nuestra base informativa común. Hasta Facebook ahora quiere trabajar para poder evitar la pérdida de “una comprensión común” de los asuntos públicos (Zuckerberg, 2017)

Esa sería la primera paradoja: la política considera que los medios tienen un enorme poder, en el mismo momento en que este se les está yendo de las manos.

Quiero agregar la curiosidad de que las grandes series de ficción sobre la política actual tampoco se han hecho mucho eco de la marginalización del periodismo, como se puede ver en *House of Cards*, *Scandal* o *Marsella*, donde los periodistas siguen siendo actores claves de la trama. Por lo tanto no se si los periodistas tendrán mucho trabajo como periodistas, pero quizás tienen un futuro mejor como actores.

IDEAS Y HERRAMIENTAS PARA EL PERIODISMO CÍVICO

Hay una segunda paradoja de la historia que quiero remarcar. Durante los años ochenta y noventa del siglo pasado creció con fuerza la idea de que el periodismo debía ser ciudadano, participativo, público, cívico, y los medios tradicionales hicieron movimientos de elefante para tratar de empaparse en alguno de esos adjetivos. En algunos países y en algunos periodistas, ese movimiento tuvo más fuerza que en otros. El objetivo era intentar reconectar al periodismo con la comunidad, en la que parecía crecer

la indiferencia y la desconfianza frente a los asuntos públicos (Schudson, 1998).

Esa reflexión tuvo varios orígenes que tuvieron que ver con la creciente brecha de confianza entre los públicos y las instituciones, pero también con una reducción en la venta de diarios, y cierto agotamiento en el crecimiento de las audiencias. Es decir, la crisis en el consumo de medios ya estaba instalada como problema antes del tsunami de internet.

En este contexto, desde el periodismo y la academia comenzó a producirse una literatura sobre una refundación conceptual del periodismo para conectar otra vez a los medios con las audiencias y a las audiencias con las instituciones. Se llamó el periodismo cívico, o público, o ciudadano. Tenía que ver con convertir a la institución periodismo en un poderoso órgano promotor de la conversación colectiva (Alvarez Tejeiro, 1999).

Pero la paradoja es que, en los años posteriores a ese brote intelectual, la revolución digital comenzó a ofrecer aceleradamente las herramientas para hacer posible ese nuevo periodismo. Primero crecía tímidamente hacia fin de siglo, y como un tsunami a partir de la primera década del siglo XXI, llegando a un estallido incontenible con la asociación entre celulares y redes sociales. Cada ciudadano que tenga acceso a un móvil y a internet, tiene en su mano una imprenta, una emisora de radio y una señal de televisión. Eso antes valía varios millones, ahora sale unos doscientos dólares.

El capricho de la historia hizo que primero nacieran las ideas y luego las herramientas para poder alcanzar esas ideas.

Pero ustedes me dirán que tenemos las ideas, tenemos las herramientas, pero nos falta el periodismo que las una. Pues muchas veces lo que vemos en nuestros países no nos agrada.

En especial, hay un fantasma que recorre la profesión periodística en América Latina, tanto en las grandes urbes como en las más pequeñas, que lo podemos calificar como el periodismo populista.

Este periodismo populista ha contribuido a consolidar una profesión de baja calidad, y lo puedo definir de la siguiente manera:

Un periodista populista es un político con micrófono, que tiene una explicación para todo, que no cree que tenga que aprender nada, y quiere explicar lo que ocurre con una gran carga moral; este periodista está lleno de lugares comunes, clichés, estereotipos y recita mitos sin pausa. Es el periodista que cubre como un simpatizante más las protestas con las que coincide, y no le importa entender las razones de las protestas con las que no coincide. Es un periodista de consigna, que tiene boca grande para hablar, y tiene los oídos cerrados para escuchar. Se pone por arriba del entrevistado para corregirlo; más que entenderlo, lo subestima, a veces lo desprecia, es simplificador, sensacionalista, polarizador, no reconoce matices, suele tener muy poca información y sesgada, y no tiene ninguna voluntad de ofrecer un contexto completo y matizado a nada de lo que dice.

Por supuesto, también tiene virtudes: es un gran comunicador, sabe percibir las preferencias sociales, y puede tener una especial fineza para adivinar los tiempos políticos. Por lo tanto, es un gran político, un gran comunicador, pero un pésimo periodista. La región tiene muchos grandes comunicadores que son

muy malos periodistas, y por desgracia muy buenos periodistas que son malos comunicadores.

Todas estas características los convierten a estos periodistas populistas en los primeros voluntarios disponibles para las guerras mediáticas.

Quizás la ideología más frecuente del periodismo populista es la antipolítica, el desprecio generalizado por los políticos, que suele ser tan popular. Es lo mismo que hace un partido populista, al despreciar y agraviar a todo lo que se le opone.

Una típica escena latinoamericana incluye un gobierno populista enfrentándose a un periodismo populista. Eso es un laberinto sin salida. Esa es la muerte del lenguaje democrático, la aniquilación de la palabra.

Algunos pensarán que muchas de las características de este periodismo populista son clásicos recursos del lenguaje político. Y es verdad. Pero son lenguajes que tienen objetivos diferentes. El lenguaje político tiene que agregar voluntades, minimizar matices, ocultar diferencias para armar alianzas que aumenten su poder político, y construir grandes simplificaciones movilizantes; por su parte, el lenguaje periodístico tiene que desarmar esos lenguajes políticos para mejorar el régimen de verdad que una sociedad tiene. Si el periodismo se convierte solamente en una plataforma de promoción o de circulación de los lenguajes políticos circulantes, la posibilidad de los ciudadanos de saber y entender realmente la vida pública, se hace más difícil.

LA REINVENCIÓN DEL PERIODISMO PROFESIONAL

Creo que finalmente estas dos paradojas son convergentes. Si bien el periodismo se está marginalizando, por el otro lado está recibiendo herramientas impensables para conectarse más y mejor con los ciudadanos. Este es el desafío que la profesión tiene por delante. No es un desafío de los dueños de los medios, o de los *expertos en management*. Aunque ellos por supuesto deberán ser complementarios al esfuerzo de relocalizar al periodismo en la vida democrática.

Mi intención es argumentar que el periodismo puede ser un factor de estabilización de un régimen democrático, y no de su ingobernabilidad. Y no me estoy refiriendo a construir un bloque de medios afín a los gobiernos, que les dé una voz supuestamente fuerte para sostener su legitimación.

Por el contrario, me refiero a pensar un marco profesional superador para el periodismo profesional. Hay que pensarlo desde la situación concreta del periodista latinoamericano, y sin ningún tipo de colonización teórica (Torrico, 2016)

Pero es un desafío en primer lugar para el periodismo, que debería reinventar la profesión, como ha ocurrido frente a cada nuevo tipo de medio que se creó en la historia. Por supuesto es un proceso difícil e incierto (Waisbord, 2017).

Se trata de un rediseño del campo profesional, que es una configuración compleja de actores, muchos de los cuales están entrelazados en distinto grado con el gobierno y otros con la oposición. En nuestros países, gran parte del periodismo profesional realmente existente es parte de los recursos disponibles de los líderes políticos (Riorda, 2017). Son alianzas complejas similares a las que existían en el siglo 19, donde una fuerza política tenía

que lograr acumular una dotación de recursos mediáticos para poder alcanzar y sostenerse en el poder. Sabemos que en la configuración del sistema nacional muchas veces el periodismo profesional es una rareza en el territorio y solo puede encontrarse en los principales centros urbanos (FOPEA, 2015).

Desde esta perspectiva, entendiéndolo como dice Waisbord, que una redefinición de la profesión tiene que ver con “las necesidades de la vida pública en momentos particulares”, propongo cuatro ideas para reorganizar nuestro campo profesional (Waisbord, 2017):

1. ENTENDER AL PERIODISMO COMO UNA PROFESIÓN DEMOCRÁTICA

La primera clave para esta revitalización de la profesión es entender que la relación entre periodismo y democracia no es condicional, sino determinante. Hay algunas profesiones que pueden desarrollarse al máximo en el interior de una dictadura. Se podía ser un gran arquitecto o un gran ingeniero en el interior de la Unión Soviética, o en la China de Mao, o en la Italia fascista o la Alemania nazi. Pero no se puede hacer gran periodismo en el interior de una dictadura. Existen limitaciones insalvables para consultar a todas las fuentes, obtener la documentación necesaria, y narrar con la suficiente libertad posible. Por supuesto que ha habido y hay ahora periodistas heroicos que hacen lo imposible por ejercer su profesión bajo el techo de las dictaduras, pero su producto final es incomparable con el que puede producir un periodista que vive en una democracia con todas las libertades disponibles.

Esto hace al periodismo una profesión democrática, una profesión que solo puede desarrollarse si existen esas libertades civiles y políticas. Si esto es así, la primera responsabilidad profesional

del periodismo es la defensa de la democracia, porque la profesión debe en primer lugar defender el contexto que hace posible su desarrollo como profesión (Ruiz, 2014).

De esa forma, el periodismo debe construir criterios de seguridad democrática, evitando ser artífice de la ingobernabilidad, e instrumento ciego de actores que en forma consciente o no, empujan al régimen al abismo. Los gobiernos latinoamericanos cuando comienzan su mandato se suben a un puente colgante entre dos montañas e intentan llegar como pueden hacia el otro lado. El periodismo no es defensor de los gobiernos, pero sí tiene una responsabilidad especial en su cuidado si la caída de un gobierno está atada a la caída democrática. Este argumento es muy delicado pues, como dice José Luis Exeni para el caso boliviano, el “trauma de la ingobernabilidad” se convierte en un aliciente para tolerar muchas cosas que son intolerables, lo que termina degradando seriamente la vida pública (Exeni, 2005).

En América Latina hay grandes periodistas. Quienes revisen los premios COLPIN al periodismo de investigación, o los FNPI, tendrán muchos grandes ejemplos en cada uno de los países de la región. Pero la verdad es que la construcción de la profesión periodística parece tener una velocidad similar a nuestra construcción democrática.

2. LA LEGIBILIDAD DE LOS GOBIERNOS DEMOCRÁTICOS.

El profesor francés Pierre Rosanvallon sugiere que ha retornado la visibilidad del monarca del antiguo régimen, lo que quiere decir una visibilidad sin legibilidad (Rosanvallon, 2015).

Rosanvallon considera que la presidencialización de las democracias —a la que dice contribuyó la televisión— no ha sido exactamente un proceso de democratización, sino que tiene

algo de antiguo régimen. Antiguo régimen, en el sentido de los monarcas absolutos previos a la revolución francesa. Considera que hay una mayor visibilidad presidencial, pero esa visibilidad no necesariamente está acompañada de legibilidad, de comprensión de lo que ocurre.

Luis XIV realizaba toda su vida en público en el Palacio de Versailles y la prensa de la época registraba varias de sus actividades. Pero esa visibilidad no incluía su proceso decisorio, las reuniones de su gobierno, ni nada que pudiera dar una idea cercana de su gobierno real.

De alguna forma, dice Rosanvallon, hemos vuelto a esas monarquías, donde una figura atrae toda la visibilidad, pero no necesariamente se produce una apropiación democrática, en la que el pueblo está enterado de lo que hace efectivamente ese gobierno.

La falta de legibilidad separa a la gente de la democracia. Cuando se da este contraste entre la visibilidad que crece y la legibilidad que disminuye, aumenta posiblemente la desconfianza y el desencanto.

Vemos al rey en escena, pero no entendemos la política pública. La legibilidad es la capacidad de interpretar y entender la vida pública lo suficiente para poder ejercer nuestros derechos y obligaciones como ciudadanos. Si no llegamos a este nivel, es que el periodismo no ha cumplido su rol de escalera para que la gente suba y entienda la política pública que la afecta.

Hoy la prensa es uno de los mecanismos a través del cual la sociedad se apropia o no de su presidente-monarca. Sin embargo, la prensa es muchas veces un actor que potencia la visibilidad en contraposición a la legibilidad, y así se aumenta la distancia. Si la

apropiación democrática tiene que ver con mayor proximidad, la prensa construye a veces lejanía.

A veces las rutinas periodísticas potencian esa visibilidad insustancial, y esquivan la visibilidad sustantiva, aumentando así la distancia democrática.

Las noticias nos muestran los movimientos personales y políticos de la figura presidencial y de su familia y corte real, pero en mucha menor medida hincan el diente en la comprensión cabal de la gestión pública. Si son oficialistas, se convertirán casi en la extensión del protocolo presidencial; si son opositores, no tendrán ninguna intención de entender las políticas públicas, sino solo de destruirlas. Por lo tanto, ni unos ni otros hacen un gran favor a la calidad democrática.

Es muy importante que se incorpore a la cobertura periódica de los gobiernos la distinción entre *politics* y *policy*. Como ustedes saben *politics* es la actividad política propiamente dicha, y *policy* son las políticas públicas específicas que cada gobierno lleva a cabo. Cuando la cobertura de la actividad gubernativa hace solo hincapié en la *politics* del gobierno, contribuyen a la distancia con la ciudadanía; en cambio, cubrimos esa grieta en la medida en que la cobertura es más sustantiva de las *policies*, las políticas públicas.

Un gobierno es la suma de sus políticas públicas y de su actividad política, por lo tanto es la suma de sus *policies* y de sus *politics*: se trata de abrir esa caja negra, e intentar entenderla. Entender una política pública en América Latina no es sólo utilizar los eslóganes que usan tanto el oficialismo como la oposición para rotular esa política pública, sino sobre todo entender la red de actores estatales y no estatales que conforman la cadena de valor de esa política pública.

La política pública no es la figura del poder ejecutivo, es una red compleja de actores, que hay que intentar conocer y describir. La política educativa, la política de seguridad, la política social, no son sólo decisiones presidenciales —que por otro lado tienen un grado difuso de cumplimiento dado que tenemos una baja calidad estatal. Las figuras presidenciales monopolizan el juicio sobre las políticas públicas, a veces acompañadas por los ministros, pero la realidad es que la política pública tiene una muy superior complejidad que lo que esa personalización implica. Así como la verdad en la guerra surge cuando se deja de consultar solo a los generales y se baja en la consulta por la línea de mando hasta los soldados, de la misma forma ocurre en las políticas públicas que nuestro estado ejecuta. La política pública realmente existente en un país trasciende por mucho las ocasionales directivas de un jefe de estado que suele estar muy lejos de la ejecución real de una política pública.

Entender al gobierno como una constelación de voces, y no como una voz única, ayuda a hacer más comprensible la política.

Por lo tanto, uno de los caminos para darle más legibilidad a los gobiernos es contradecir la tendencia a la personalización de la cobertura, desconcentrándola de la figura presidencial.

3. LA LEGIBILIDAD DE LA DESCONFIANZA EN LOS GOBIERNOS DEMOCRÁTICOS

Esta tercera idea tiene que ver con cómo el periodismo presenta a la sociedad opositora.

Las sorpresas del plebiscito colombiano sobre la paz, el voto a favor del Brexit o la victoria de Trump, tienen que ver con un esfuerzo insuficiente en leer los humores de amplios sectores sociales. Pocas veces la opinión de las personas ha alcanzado el

nivel de materialidad que tiene hoy con internet, pero eso no parece habernos dado una mayor capacidad de entender a la opinión pública. Tenemos mucha más información sobre ella, pero no necesariamente la entendemos mejor.

Como dice Rosanvallon, gran parte de la historia democrática tiene que ver con la desconfianza hacia los gobiernos (Rosanvallon, 2007). Este es un campo inmenso de la vida democrática.

En esta situación, el buen periodismo funciona como un eficaz agregador y racionalizador de las protestas a veces difusas en esa sociedad. Desde ese punto de vista, el periodismo puede ser también un equilibrador de las asimetrías de poder, en la medida en que en su *ethos* profesional priorice valores cívicos y sociales. Y así puede darle el poder de la visibilidad a actores que defienden reclamos justos, y equilibrarlos con los reclamos de los sectores más poderosos y organizados, cuyos reclamos son siempre muy visibles. Desde ese punto de vista, el periodismo puede evitar que “voceros autorizados monopolicen las escenas de la representación”, aunque generalmente las rutinas profesionales tienen el sesgo de cristalizar en personajes determinados la representación de los sectores.

La cobertura de las movilizaciones es una gran oportunidad para intentar una mayor legibilidad de la desconfianza. Pero muchas veces la cobertura está condicionada por su opinión previa o la de su medio. Si está a favor de esa manifestación hará una cobertura protocolar, dando la cantidad de asistentes que dicen los organizadores, repitiendo sus consignas, y dándole voz a sus organizadores; y si está en contra de esa manifestación, hará una cobertura opositora: intentará hablar con algunos asistentes para encontrar sus contradicciones, mostrará los exponentes más radicalizados de esa protesta, e intentará si puede describir

elementos que deterioren y deslegitimen esa protesta. Cualquiera sea la actitud, ni la cobertura protocolar ni la cobertura opositora sirven para describir esa protesta. No nos ofrecen la posibilidad de tener una mayor legibilidad de la desconfianza a ese gobierno. Ninguna de las dos actividades descubre sino que encubre, pues nadie nos explica. Igual que con las políticas públicas: los periodistas hablan mucho de ellas, pero son pocos los que nos ayudan a entenderla.

4. LA CREACIÓN Y ARTICULACIÓN DE LA LENGUA DEMOCRÁTICA E IGUALITARIA.

La cuarta idea tiene que ver con la creación y articulación de una lengua democrática e igualitaria.

Una lengua igualitaria y democrática quiere decir una lengua que sirve para explicar en forma comprensible los principales temas de la vida pública a todos los ciudadanos, más allá de la educación formal que tengan.

La producción de ese lenguaje es colectiva, pero el periodismo profesional tiene un rol central.

Rosanvallon habla de la palabra pública como algo parecido a una lengua muerta, donde el discurso está vaciado de sentido, y no tiene ni integridad ni hablar de veracidad. Y eso Rosanvallon lo ve tanto en los discursos de campaña electoral, como en los discursos durante la gestión gubernamental (Rosanvallon, 2015).

Sabemos que gobernar es también hablar, y que en gran medida el ámbito efectivo del gobierno, es el ámbito donde llega efectivamente esa voz. Sabemos desde Aristóteles hace 24 siglos que un gobernante que no comunica hasta los límites de una ciudad, no gobierna. Además, a nadie le sirve una lengua muerta. Rosanvallon dice que la integridad y el hablar veraz

construyen confianza, legitimidad, y agrego yo, gobernabilidad. Si las personas entienden que en el lenguaje publico hay integridad y veracidad, lo toman para expresar lo que ellos viven, les permite hablar de su experiencia política. Dice también Rosanvallon que les permite a los ciudadanos incrementar el control sobre su existencia política y construir una relación positiva con la política. Y que el lenguaje político está en el centro de la creación de un vínculo de confianza entre gobierno y ciudadanía.

Todo actor político es cocreador de la lengua. Los movimientos sociales, los grupos defensores de derechos, los promotores de intereses, todos aportan palabras a nuestro diccionario político común. Seguramente no hay actor político que haya tenido mediano éxito que no haya sido capaz de agregar palabras y expresiones al diccionario de la lengua política de su comunidad.

Por todo esto digo que, en gran medida, el buen periodismo es un proceso de recreación de la lengua. Este es un enorme desafío pues las sociedades latinoamericanas son socialmente duales, fracturadas, y la creación de una lengua igualitaria tiene que ser usada desde ambos lados de la grieta social. Son sociedades *Belgindia*, como decía el economista brasileño Edmar Bacha: una parte de la sociedad vive como en Bélgica, otra como en India. Se trata entonces de recrear una lengua igualitaria que sea capaz de tener la vida suficiente para ser apropiada por ambos lados de la grieta social.

Bolivia, por ejemplo, tiene una enorme tradición de comunicación popular, quizás la más rica de América Latina. La historia de las radios mineras e indígenas posiblemente no tiene comparación con el resto de los países de la región. Pero acá, en Bolivia y en el resto de América Latina, ahora la democracia necesita una tradición de comunicación universal, donde se llega a todos

los sectores de la sociedad. Una tradición de clase media muy fuerte en muchos países de América Latina a veces le da un sesgo clasista a ese supuesto idioma común, y evita que sea efectivamente universal en la comunidad.

También en la lengua se va preanunciando lo que me gusta llamar la dimensión periodística de los derechos, esa capacidad de los medios de fortalecer el reclamo de víctimas que piden por sus derechos

Desde este punto de vista, cada democracia tiene que crear su propia lengua política igualitaria, aquella que permite hacer comprensible a toda la ciudadanía las cuestiones cruciales de la vida pública.

Estas serían entonces las cuatro ideas propuestas para debatir sobre cómo reiniciar la profesión democrática:

- Reconocer al periodismo como una profesión democrática y establecer criterios de seguridad democrática.
- Hacer que los gobiernos sean tan legibles como son de visibles. No solo hay que ver los gobiernos, sino entenderlos.
- De la misma forma que se hace legible a los gobiernos, también se debe hacer legible la otra mitad de la vida democrática, que es la desconfianza a esos gobiernos.
- Recrear un lenguaje igualitario y democrático que le sirva a toda la comunidad, y no solo a una parte.

Para terminar, esta reinención del periodismo está relacionado con la reconexión del periodismo profesional con la comunidad entera, y no con una de sus partes. Se trata de que, así como otras grandes instituciones de la democracia, el periodismo

pueda estar un poco más alejado de los conflictos partidarios y más cercano al terreno común por encima de esas diferencias.

Después de los electores que fueron los lectores en la era de los diarios, a los oyentes de la radio del surgimiento de la democracia de masas, a las grandes audiencias de los acontecimientos mediáticos de la televisión (Katz y Dayan, 1995), la explosión digital está produciendo nuevas formas de representación política, aunque todavía nos cueste verlas con claridad.

Ese no es solo un momento de redefinición del periodismo, sino también de la democracia. Como nos enseñó McLuhan, la llegada de un nuevo tipo de medio redefine el ambiente y nuestro entorno sensorial en forma radical (Scolari, 2015). Si la vida pública tiene ahora un molde digital, no solo el periodismo sino también la democracia está buscando su nueva forma.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Teijeiro, Carlos, *Fundamentos teóricos del «Public Journalism»*, Universidad Austral, Buenos Aires, 1999.
- Blair, Tony, *The Prime Minister's Reuters Speech on Public Life*. First published: October 2007.
- Cañizález, Andrés, (coord.) *Tiempos de cambio. Política y comunicación en América Latina*, Ucab/Kas, Caracas, 2009.
- Caputo, Dante, "Control de la información y democracia", *Sala de Prensa*. Octubre 2005, Año VII, Vol. 3 (<http://www.saladeprensa.org/art636.htm>)
- Crozier, Michael, Huntington, Samuel P., and Watanuki, Joji, *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to The Trilateral Commission*, New York: New York University Press, 1975.
- Donsbach, Wolfgang, *Como entender al periodismo. Selección de la obra de Wolfgang Donsbach*, xxx Fernando Ruiz (comp.), KAS, Buenos Aires, 2014.
- Exeni R., José Luis, *Mediamorfosis. Comunicación política e in/gobernabilidad en democracia*, Plural Editores, La Paz, 2005.
- FOPEA, *Periodismo cercano/Periodismo cercado*, Fundación Adenauer, Buenos Aires, 2015.
- Ignatieff, Michel, *Fuego y cenizas. Éxito y fracaso en política*, Taurus, Madrid, 2014.
- Katz, Elihu, y Dayan, Daniel, *La historia en directo. La retransmisión televisiva de los acontecimientos*, Gustavo Gili, Barcelona, 1995.
- Manin, Bernard. *Los principios del gobierno representativo*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- Mc Nair, Brian, *Cultural Chaos: journalism, news and power in a globalised world*, Routledge, UK, 2006.

- Obama, Barack, *La audacia de la esperanza*, Editorial Península, Barcelona, 2009.
- PNUD, *La democracia en América Latina. hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, 2004. (<http://www.resdal.org/ultimos-documentos/informe-pnud-democracia.html>)
- Ramírez, Ignacio, “Anatomía de un contraste: de la centralidad gubernamental a la fragmentación”, *Revista Nueva Sociedad*, septiembre 2016 (<http://nuso.org/articulo/anatomia-de-un-contraste/>)
- Riorda, Mario, *Cambiando el eterno comienzo de la Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 2016.
- Rosanvallon, Pierre, *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Manantial, Buenos Aires, 2007.
- Rosanvallon, Pierre, *El buen gobierno*, Manantial, Buenos Aires, 2015.
- Rosanvallon, Pierre, *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*, Manantial, Buenos Aires, 2009.
- Rosanvallon, Pierre, *La sociedad de iguales*, Manantial, Buenos Aires, 2015.
- Sartori, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 1998.
- Ruiz, Fernando, “Revolución en la profesión? Hugo Chávez y su impacto en el periodismo latinoamericano”, en Angel Soto y Paula Schmidt (ed.), *Las frágiles democracias latinoamericanas*, Cadal/Atlas, Buenos Aires, 2008.
- Ruiz, Fernando, “Cinco flechas contra el periodismo (latinoamericano)”, *Comunicación*. Centro Gumilla, Primer trimestre 2010, n. 149.
- Ruiz, Fernando, “Fronteras móviles. Caos y control en la relación entre medios y políticos en América Latina”, en Bernardo Sorj, *Poder político y medios de comunicación. De la representación política al reality*

- show*, Plataforma Democrática/Siglo XXI, Buenos Aires, 2010, pp. 15-58
- Ruiz, Fernando, *Guerras mediáticas. Las grandes batallas periodísticas desde la Revolución de Mayo hasta la actualidad*. Sudamericana, Buenos Aires, 2014.
- Schudson, Michael, *The Good Citizen. A History of American Civic Life*, The Free Press, New York, 1998.
- Scolari, Carlos A., (ed.) *Entornos, evoluciones e interpretaciones*, Gedisa, Barcelona, 2015.
- Torrico Villanueva, Erick, “La comunicación en clave latinoamericana”, *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, N°. 132, 2016.
- Waisbord, Silvio, “Crisis y posprofesionalismo en el periodismo contemporáneo”, en Eugenia Mitchelstein y Pablo Javier Boczkowski (comp.), *Titulares, hashtags y videojuegos. La comunicación en la era digital*, Manantial, Buenos Aires, 2017.
- Wolf, Mauro, *Los efectos sociales de los media*, Paidós, Barcelona, 1994.
- Zuckerberg, Mark, “Building Global Community”, 17 de febrero del 2017.

EL POPULISMO DESTRUYE LOS MATICES, EL PERIODISMO LOS RECUPERA

La Nación, 3 de mayo del 2017

Entre las series que han invadido nuestras vidas, en las de trama política nunca faltan periodistas en roles principales. Si en la vida real, el periodismo se siente un poco marginalizado, en *House of Cards*, en *Scandal*, *Marsella* o en *Superviviente designado*, los periodistas son actores permanentes e influyentes, a quienes los políticos temen, sufren e intentan utilizar en distintas dosis.

En la no ficción pasa lo mismo. Y por eso a veces los gobiernos tienen la tentación de anular a ese actor molesto, demonizarlo y derribarlo del escenario. Si Cristina Kirchner tenía *6,7,8* para la demolición de reputaciones periodísticas, Donald Trump tiene *Breitbart News*, un sitio digital de donde sacó a una de sus espadas ideológicas principales, Stephen Bannon, y le creó un nuevo puesto en la Casa Blanca, jefe de Estrategia.

Pero los presidentes kirchneristas y Trump, entre otros, no fueron originales. Intentar definir al periodismo profesional como enemigo político es tan viejo como el periodismo profesional. En nuestro país, a esa acusación la podemos rastrear desde fines del siglo XIX, cuando el periodismo comenzó a considerarse una profesión.

El presidente Trump estrenó una retórica enemiga del periodismo que, según dijeron en la última reunión de la Sociedad

Interamericana de Prensa, “no tiene precedentes” en ese país, y eso puede influir sobre la protección que los jueces y los funcionarios federales realicen del espíritu de la Primera Enmienda. En nuestra América no nos vamos a asustar por eso. El ranking del agravio contra los periodistas posiblemente lo lidera el ex presidente ecuatoriano Rafael Correa, seguido de cerca por los últimos presidentes venezolanos y argentinos. El nicaragüense Daniel Ortega también está muy activo en la competencia. Y en Bolivia, Evo Morales rotula a los medios como el cartel de la mentira y su gobierno realiza producciones audiovisuales contra ellos. Incluso entre sus seguidores se argumenta que, por ese rol de los medios, habría que hacer otra vez el referéndum electoral que Morales perdió en febrero de 2016, donde se cerró la posibilidad de su reelección. Acabo de regresar de Bolivia y me dijeron que no hay que descartar nada.

Pero lo que ocurra en Estados Unidos es importante para nosotros. Y hoy, en el Día Mundial de la Libertad de Expresión, es bueno recordarlo. La Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos defiende una profesión en el mundo y no sólo a los periodistas de ese país. La evolución histórica convirtió a los periodistas de Estados Unidos en la vanguardia profesional. Hasta hace algunas décadas, el periodismo francés aparecía como un modelo alternativo, pero ya no. El mundo periodístico es unipolar.

En una de las contribuciones al anuario del Comité de Protección de Periodistas, una de las principales organizaciones de defensa de periodistas del mundo, se sugiere que la situación de la prensa en Estados Unidos se puede volver similar a la que sufrió en los Estados del sur durante el conflicto por los derechos

civiles de los afroamericanos, cuando una coalición de funcionarios, jueces, policías y ciudadanos acosaba a los medios.

En el contexto internacional, tampoco suma para construir un ambiente más propicio para el periodismo el ascenso de Rusia y China; al menos, la estrella cubana se opaca y el líder regional del progresismo hacia atrás no sigue contribuyendo en el barrio a debilitar los principios democráticos.

Los gobiernos tienen el derecho de cuestionar a los medios y a los periodistas, pero no de agraviarlos ni de tomar represalias contra ellos. Por supuesto, siempre hay que tener en cuenta que la palabra gubernamental referida a un medio o a un periodista es estruendosa, puede ser pesada y estigmatizante, y que algunos medios y periodistas pueden razonablemente autocensurarse para evitar una descalificación pública. El respeto institucional exige cuidado en la gestión de esa palabra oficial, para no promover una situación de autocensura que puede restar buena información y opinión al debate público.

El tic habitual de calificar a los medios como “partido de la oposición” es una forma de instalar públicamente una segunda intención en el trabajo periodístico, y por lo tanto restarle credibilidad. Pero esto forma parte de las reglas del juego de la deliberación democrática. El periodismo no puede esperar criticar sin ser criticado.

Su salvaguarda es permanecer en el corralito de la profesión. El periodismo tiene que hacer un trabajo mayor en ser explicativo y reducir al mínimo los adjetivos en sus áreas informativas. No necesitamos una avalancha de adjetivos denigratorios sobre Trump y sus políticas públicas. Se necesitan hechos, explicaciones, contexto, en suma, periodismo. A mí me encanta insultar a la gente que me insulta, pero eso no es periodismo. Como persona

me sentiría mejor, pero la vida pública estaría peor. Y no se puede ser al mismo tiempo periodista en la redacción y barrabrava en las redes.

El populismo destruye los matices, el periodismo los recupera. En este contexto, rescatar los matices no es una expresión de tibieza de carácter, sino de plena confianza en la verdad, que es el primer mandato de un periodista. Una práctica habitual de un periodismo polarizado y populista es que se comunica con su audiencia a través de implícitos. No requiere explicar los adjetivos con los que denigra a sus opositores, se dan por explicados, pues nuestro público los aprueba sin cuestionar. La audiencia nos entiende. Eso no hace más que agrandar la fosa con aquellos que están en el bloque opositor, y ratifica su masividad.

Así, a los medios profesionales se les va bloqueando el acceso a los sectores moderados del gobierno y eso arranca una espiral de endogamia que no para de crecer. La grieta no es sólo de empatía, sino también de conocimiento. No sólo crece el odio mutuo, sino la ignorancia mutua. Y cuesta distinguir quién es más populista, ¿el gobierno o el periodismo? Y esa es la degradación completa del lenguaje democrático, un verdadero laberinto para el ciudadano. Y si también éste se enfervoriza en el populismo -que es lo más frecuente-, ya estamos ante un Triángulo de las Bermudas de la verdad, donde el gobierno, los medios y los ciudadanos son todos cómplices de la venta y el consumo masivo de pescado putrefacto. Como tantas cosas que nos ocurren como sociedad, somos semi-víctimas y semivictimarios.

La polarización es funcional a las redacciones *feedlot*, donde todos -no sólo los editores- pasan su día laboral frente a una computadora, tratando de remar las permanentes olas de interés de la audiencia digital. El lugar de un cronista es la calle, su

estado es la movilidad. La verdad no llega a las redacciones por arte de magia, hay que salir a buscarla. Si el cronista no sale a la calle, ¿qué lo diferencia de un tuitero?

El periodismo de los Estados Unidos tiene una cultura de la autocrítica que permite ajustar su práctica según las necesidades de la vida pública. Eso no le evita equivocarse, pero el proceso de corrección está siempre en marcha.

Al sur del río Bravo, ese proceso está todavía incipiente.

MÁS INFORMACIÓN, MEJORES IDEAS

La Nación, 7 de junio del 2017

Las noticias falsas son una epidemia frecuente que hoy es muy visible, pero no hay que perder de vista una epidemia peor: las ideas falsas. Y esto también puede tener que ver con el periodismo, pues la escritura de editoriales y el periodismo de ideas es un campo subestimado de la profesión, pero es una cantera principal del futuro argentino. Por supuesto que un político, pensador y periodista como el italiano Antonio Gramsci nunca lo subestimó, pues consideraba el periodismo como la escuela de los adultos. Gramsci tenía claro que las ideas falsas son la etapa superior de las noticias falsas.

El país lleva décadas de prosperidad prometida y nunca alcanzada, por lo que nuestro debate público tiene fallas serias. La democracia casi colapsa en sus primeros años después de la última dictadura, entre otros lastres, por la poca actualización de los planes económicos de los partidos políticos. Los partidos empezaban la nueva historia de nuestra libertad política con ideas económicas antiguas, y eso puede seguir ocurriendo.

La falta de autocrítica bloquea nuestro aprendizaje y nos devuelve siempre al callejón del atraso. Las economías menemista y kirchnerista ¿han sido suficientemente analizadas para evitar que un nuevo pensamiento mágico nos gobierne? Cuando los nuevos equipos asumen la política económica ¿ya incorporaron

los ajustes a su visión intelectual para no cometer los mismos errores?

Esto no incluye sólo a políticos y funcionarios, sino que puede faltar un debate académico, científico, ilustrado, abierto, lo que hace que muchas veces los centros de estudios sean *freezers* donde se conservan ideas cristalizadas, protegidas por caudillos académicos. Puede ocurrir que las universidades hablen de libertad intelectual, pero sean ambientes con restricciones reales a esa libertad.

El pluralismo duele, te saca de tu zona de confort. Y eso el país lo paga, pues los sucesivos elencos gobernantes no disponen de la ebullición de ideas necesarias para entender y encarar mejor los problemas públicos. Se aferran a mitos que glorifican como verdades reveladas, mientras desconocen o ningunean a las víctimas de sus errores. Las ideologías -ya lo sabemos- siempre viven en un jardín intelectual de certezas absolutas.

El periodismo es crucial en este bloqueo, porque las ideas se renuevan desde varios andamios a la vez. Además, el futuro del periodismo no depende sólo de monetizar una audiencia digital, sino que también tiene que irradiar cierta luz, innovar en las ideas. Los medios que lideran el cambio, por ejemplo, los estadounidenses Quartz, Vice News, Vox.com, el francés Mediapart o el mexicano Pictoline, no son sólo innovadores en técnicas, visuales o de estilo. Tienen también una mirada fresca sobre la realidad; son comunidades intelectuales creativas. La refundación del periodismo de la que tanto se habla es, sobre todo, mirar mejor la comunidad de la que se forma parte. Ser periodista es uno de los carriles a través del cual se acompaña la vida de una comunidad, y ese caminar tiene que dar sentido, tiene que ofrecer esperanza, no sólo verdad. La BBC siempre ha dicho que está para

formar, entretener e informar. Ahora agrega que también tiene que inspirar.

La Argentina tiene una tradición enorme de periodismo de ideas. Ni hablar del trabajo principal de Sarmiento y Alberdi durante la mayor parte de sus vidas. Una de las grandes cumbres del periodismo de ideas se dio cuando el propio Alberdi dedicó a “la prensa constituyente” el que es posiblemente el libro más influyente de nuestra historia, *Bases y puntos de partida para la organización nacional de la República Argentina*. Un diario como *La Nación* llegó a tener en la Redacción, en el mismo momento, a Leopoldo Lugones, Alberto Gerchunoff y Roberto Payró, mientras se anunciaba el ingreso de una joven que venía de Rosario que se llamaba Alfonsina. El diario *Crítica* acumulaba intelectuales y plumas como un vagón de subte a las seis de la tarde de un día laborable. Y *La Opinión*, de Jacobo Timerman, hizo lo mismo con la extrañada generación del setenta.

Está bien poner en el centro del trabajo periodístico a la información, más aún por la tozudez que tienen las noticias falsas. Pero no olvidemos que necesitamos mejores ideas, que son las que nos dan luz.

En el Día del Periodista es bueno recordar que el buen periodismo intenta combinar la dureza de la verdad con la luz de la esperanza.

EN TIEMPOS INCIERTOS, LA PRENSA SE REVALORIZA

La Nación, 15 de abril del 2018

No sería descabellado pensar que las *fake news* explican la mitad de la historia de la humanidad. Es probable que tres hechos tan decisivos como la difusión de la Masacre de Boston –que motorizó la revolución colonial en Estados Unidos–, la Toma de La Bastilla en París y el Levantamiento en Madrid del 2 de mayo de 1808 contra los franceses hayan sido provocados por noticias falsas.

En nuestro país, por ejemplo, la segunda instalación de Juan Manuel de Rosas en el poder fue preparada por una *fake news* criolla. En 1833, el gobernador Balcarce quiso aplacar la guerra mediática enjuiciando a periódicos de distintos sectores. Entre otros, el juicio iba a ser dirigido contra un periódico llamado *El Restaurador de las Leyes*, vocero más radical de los rosistas. Estos difundieron la noticia falsa de que el juicio iba a ser contra el mismo Rosas, llamado precisamente “El Restaurador de las leyes”, e incitaron a sus simpatizantes a defenderlo. Un testigo de la época describió así el tumulto y sus consecuencias: “Se quiebra el principio de autoridad y la multitud queda dueña de la plaza”. Ese mismo día el gobernador Balcarce perdió su silla.

Si las *fake news* son clave en el devenir de la historia, ni hablar de la ficción. Casi toda la obra de Shakespeare entra en el género de tragedia informativa: acontecimientos dramáticos provocados por noticias falsas. Fuera de la ficción, no tuvo que aparecer

Facebook o cualquier otra red o plataforma digital para que muchos actos electorales acabaran también en tragedias informativas. La deliberación preelectoral ha estado históricamente contaminada de noticias falsas, y los votantes deciden muchas veces bajo una densa neblina.

Precisamente, esta abundancia de malas hierbas ha sido uno de los incentivos para el desarrollo del periodismo en el mundo moderno: una profesión que nos debe ayudar a entender y a tener una referencia de verdad. La paradoja positiva es que si está más claro para todos que siempre hay neblina, hoy resulta más evidente que ayer la importancia de contar con un periodismo sólido y sustentable, algo que muchos se animaron a subestimar en estos años. Para ellos, la necesidad de preservar un periodismo fuerte era más una exigencia de una industria y una profesión antiguas que un servicio que la sociedad necesita más que nunca.

Los “términos y condiciones” de la relación de los medios con cada red social y con cada megaplataforma de servicios digitales se reescriben semanalmente. A veces nos enteramos de ellos, a veces nos informan y no nos enteramos, y otras no se informan. Para el usuario, y para la mayoría de los medios, esos han sido siempre datos de la naturaleza que no se podían cambiar. Hoy está creciendo la percepción de que son convenciones en las que la sociedad debería tener alguna voz, por lo menos para fijar estándares mínimos.

Tal como está organizado hoy, el escenario digital le da una potencia nuclear al periodismo y al mismo tiempo le aspira y sustrae la publicidad, su fuente de sustento. Ese es el dilema crítico que los editores del mundo debaten a diario.

Ahora estamos frente a un nuevo ciclo de percepciones sobre el mundo digital, y esto va a provocar la reescritura de algunas de estas reglas. Hay más preocupación que antes por los peligros que supone. Si antes hablábamos sobre la extraordinaria capacidad de tener servicios personalizados, ahora hay más voces que temen el control personalizado que eso implica. ¿Cuánto te está controlando aquel que te ofrece servicio en todo momento y lugar?

Sin embargo, desde el punto de vista del periodismo, todo indica que este nuevo ciclo trae una revalorización por partida doble: por un lado, la sociedad puede volver a darle importancia a una actividad periodística que funcione como referencia informativa; y, por otro lado, los propios directivos de medios pueden volver a confiar en que un mejor periodismo produce un valor mayor para la audiencia y por lo tanto aumenta la posibilidad de *engagement* y monetización.

Un indicador de este nuevo ciclo es que hay una nueva tendencia marcada en las redacciones a buscar métricas que guían al periodismo hacia una mayor producción de valor. Por esto, entre otras cosas, se dice que se cambian los *clicks* por los *clocks*, en referencia a la medición del tiempo que el usuario le dedica a consumir noticias, lo que quiere decir que cada vez más el objetivo es ofrecer una mejor experiencia al lector.

Todos estamos tratando de entender qué es Facebook, incluso Mark Zuckerberg. El tan citado artículo de la revista *Wired*, “Inside the Two Years That Shock Facebook and the World”, muestra que esa red social cambió en estos dos años su percepción sobre lo que efectivamente es. Es, entre otras cosas, el medio de comunicación más importante del mundo. Como muchas veces ha ocurrido, no necesariamente es el inventor quien mejor entiende su invento. Y por eso tener diálogos activos entre todos los actores,

sociedad civil y editores, tanto con Facebook como con el resto de las grandes empresas tecnológicas, va a ayudar a reescribir en lo que sea necesario esos términos y condiciones. Para eso, en esta hora, los dos objetivos principales son transparencia y diálogo.

El problema es que esta creciente preocupación social alimenta una ola regulatoria que puede llegar a ser un tsunami. Los parlamentos del mundo se sienten legitimados a fijar reglas en este ámbito. Como suele ocurrir, con las buenas intenciones de proteger la vida privada, la seguridad, evitar manipulaciones electorales, las noticias falsas y defendernos de todo el espectro de males digitales, podemos terminar avasallando una etapa de libertad de palabra inédita en la que nos han puesto a cada uno en la mano un speaker corner.

La primera guía telefónica que se publicó en la historia debe haber sido un escándalo. Difundir el nombre, la dirección y el teléfono de todos era un avance abismal sobre los datos personales. Pero, en su proceso adaptativo, la sociedad neutralizó y equilibró los potenciales perjuicios de ese tipo de intrusión personal.

Por suerte, están alerta los relatores de libertad de expresión mundiales, como informó días atrás Edison Lanza, el relator de Libertad de Expresión de la Organización de Estados Americanos, durante una jornada que realizó junto con el Foro de Periodismo Argentino (Fopea) y el Centro de Estudios en Libertad de Expresión (CELE).

Proteger la libertad alcanzada en el entorno digital es lo más importante. Como dijo la ex senadora Norma Morandini en esa jornada, es el principal insumo del periodista.

EL PERIODISMO Y LA FÁBRICA DE LOS DERECHOS

Clarín, 3 de mayo del 2018

Cuando Voltaire hizo la campaña contra las torturas o Víctor Hugo contra el antisemitismo en el ejército, ambos fueron las voces de las víctimas exigiendo derechos para los franceses.

En una sociedad democrática eso ocurre todos los días. Pero para la mitad de la población mundial, que vive bajo autoritarismos diversos, la voz de las víctimas está amordazada.

Por eso hay muchos beneficios de la libertad de expresión, pero algunos son vitales para la calidad democrática.

Si la democracia es un proceso de construcción de derechos, hay que analizar cómo esos derechos se fabrican.

Para ello afirmaré que el periodismo es un engranaje importante en esa fábrica. Como sociedad, cambiamos de opinión en forma constante. Aquello que antes nos parecía una barbaridad, ahora lo podemos exigir como un derecho.

Siempre la contraparte de un derecho ausente es una víctima y los medios suelen ser la principal mesa de entrada de su apelación pública para que se los reconozcan.

Por eso el periodismo es una institución clave en la posibilidad de que esas víctimas dejen de serlo y sus derechos sean realmente existentes.

Por supuesto, en la fabricación de un derecho hay primero que resolver quién es la víctima y quién el victimario. Y en una sociedad pluralista las políticas editoriales de los medios pueden ser antagónicas: un medio puede definir a un sector como la víctima y a otro como el victimario.

De hecho, toda política editorial es una carta de derechos, una lista de víctimas a las que se va a defender y una lista de victimarios que se va a denunciar.

Las víctimas primero suelen irrumpir por medio de conflictos y luego aspiran a hacer llegar su mensaje hacia la sociedad. De eso dependen para dejar de ser algún día víctimas.

Si bien son ejemplos históricos incomparables, tanto las Madres de la Plaza de Mayo como las Madres del Dolor, en su recorrido histórico, han tenido una dimensión periodística central.

Las víctimas necesitan la empatía social, que los ciudadanos salgan de su indiferencia y se acerquen a la indignación.

Eso es lo que hace que un derecho sea realmente existente. Puede estar formalmente reconocido, votado en el Congreso y, por lo tanto, en la letra de los códigos que los jueces usan. Pero, a pesar de todo eso, ese derecho puede estar dormido, flotando en la indiferencia social.

Eso ocurre porque los derechos son móviles. Si hay una gran inseguridad en las calles, los derechos de los presos serán más difíciles de defender socialmente. Si hay un incidente y mueren presos hacinados, sus derechos se reflotarán.

Hay una oscilación permanente en el ejercicio de los derechos y el periodismo tiene incidencia en esas oscilaciones. En esa marea a veces se privilegia a unas víctimas y a veces a otras.

La libertad de expresión es amplia si permite que las víctimas puedan defenderse cuando tienen a la marea de la opinión en contra. Si sólo hay libertad de expresión para ir a favor de la marea social, será muy frecuente que muchas víctimas sufran la sequía de sus derechos.

Existen víctimas porque algún derecho no ha sido socialmente reconocido y/o respetado. Y, por lo tanto, las víctimas son la luz de la democracia para poder reformarse y combatir las injusticias.

Por eso, sólo es realmente libre el periodismo que escucha a las víctimas.

Si esa relación prospera, el derecho avanza y si no, esas víctimas tendrán dificultades para que sus derechos tengan efectiva vigencia social. En ese caso, la democracia pierde su innata capacidad reformista.

CÓMO ESTÁ LA GRIETA EN EL PERIODISMO

Clarín, 7 de junio del 2018

Todo el discurso justificador del periodismo esconde una pulsión más básica: la curiosidad de una persona de ver, escuchar, aprehender, observar, en fin, de hacer legible la realidad que lo rodea. Después se puede decir, y es verdad, que también es por la democracia, por la comunidad, por los que no tienen voz, pero en primera instancia es por el placer de hacer periodismo.

Por eso, como dice Edwy Plenel, fundador del gran medio francés Mediapart, “toda visión cínica, pragmática y oportunista del periodismo traiciona el oficio en sí”.

Pero esta pasión tiene énfasis diferentes de acuerdo al momento histórico. El cambio de gobierno del 2015 fue un cambio de régimen en algunas áreas, en especial en el periodismo, cuando salimos de un corset político asfixiante.

Ahora hay que cerrar el tiempo del desprecio, evitar el periodismo de combate y retirar a sus caudillos.

En el siglo XIX, Juan Bautista Alberdi rechazaba esa prensa que “cree que un adjetivo es un argumento y que un ultraje es una razón, que la fuerza del escritor está en el poder del dictionario y cuando más grita más persuade”.

Estamos en un momento alberdiano donde se busca una prensa que ensanche horizontes para sacarnos del laberinto de

nuestra historia reciente, donde todos los caminos son tan conocidos como rechazados.

Por eso, es necesario iluminar este momento histórico. Hace cien años se decía en Buenos Aires que una ciudad sin periodismo era como un niño en una pieza oscura.

Si se puede sugerir, el énfasis que se necesita hoy es el de hacer a la sociedad más legible, para entender la polarización social remanente. Indagar y bucear en las ideas profundas de las personas, escuchando para llegar a esas creencias sociales. Por eso, para el periodismo el principal problema no son las noticias falsas sino las ideas falsas, que se enraizan en la vida social y bloquean el progreso comunitario.

La encrucijada nacional actual desafía no a un gobierno sino a una clase dirigente, de la que forma parte también el periodismo. Los gobiernos lideran la salida de las crisis, pero son las clases dirigentes las que nos sacan de ellas.

Un problema es el periodista populista, que es un político con micrófono, que explica todo, no aprende nada, y todo lo dice con gran carga moral, repleto de lugares comunes. Pero tiene sus virtudes: es un gran comunicador, percibe las preferencias sociales, y tiene especial fineza para adivinar los tiempos políticos. Es entonces un gran político, un gran comunicador, pero un mal periodista.

El periodismo realmente existente no puede ser un vendaval de opiniones, como si eso fuera una señal de libertad de conciencia. En un contexto autoritario podría serlo, pero ahora la libertad es una oportunidad para mejorar tu opinión no para decir lo primero que se te ocurre aprovechando el micrófono. La opinión

de un periodista no es completamente libre, depende de la información que tenga para fundar lo que dice.

Frente a esta evidente mala praxis, la profesión necesita refundar su autoridad social y para ello tiene que tocar ese núcleo de creencias profundas de las personas, en todos los estratos sociales.

El periodismo suele hablar desde y para la clase media, y en una sociedad latinoamericana eso es hacer sólo la mitad del trabajo, pues no podemos contar bien sin abarcar la totalidad social. Y, como decía Albert Camus, “contar mal las cosas es incrementar las desgracias del mundo”.

PERIODISMO MILITANTE, POPULISTA... O PROFESIONAL

Clarín, 3 de septiembre del 2018

Hasta 1983, nuestro periodismo tuvo tradición de denuncia, no de investigación, como decía el recordado periodista y profesor Martín Malharro. Los medios eran el eco de investigaciones judiciales y políticas más que sus descubridores.

Como excepciones está José Mármol, el creador de *Amalia*, la primera novela argentina, quien investigó el acuchillamiento en una calle de Montevideo del líder mediático de la oposición a Rosas, y lo publicó en 1849; y José Hernández, el creador del *Martín Fierro*, quien investigó en 1863 el asesinato del Chacho Peñaloza.

Hubo periódicos de denuncia, como *El puente de los suspiros*, que publicó en 1878 nombres, incluso dibujos, de los capos rufianes de la trata de mujeres, mientras decía: “Vuestros explotadores no tienen derecho alguno sobre vosotras. Dejad de ser esclavas para ser señoras”. Ese puente existía, ubicado en las actuales Viamonte y Carlos Pellegrini.

En sus estudios, Malharro encontró brotes de investigación en los grandes diarios, como una serie de artículos de enero de 1935 del diario más importante de ese momento, *La Prensa*, cuyo primer título fue: “En Ciudadela funciona un emporio del juego clandestino cuya existencia es ignorada solamente por las autoridades”. Las investigaciones de la ‘década infame’, bautizada por

el periodista José Luis Torres, fueron hechas por opositores políticos, no por los medios.

El periodismo de investigación arrancó a fines del siglo XIX en Estados Unidos, sobre todo con periodistas mujeres que escribían en revistas para mujeres. Y en el siglo XX fueron una fuerza decisiva. En *El sueño del celta*, Mario Vargas Llosa recupera dos periodistas de investigación reales, que impactaron en mundos tan distintos como el Amazonas y el Congo: ambos creían que “el mundo, la sociedad, la vida, no podían seguir siendo esa vergüenza”.

Hoy los cuadernos de Centeno son cubiertos por tres tribus de periodistas: los profesionales, los populistas y los militantes, incluso a veces en el mismo medio. El militante tira solo para un lado: daña a sus enemigos políticos y nunca a los afines. El periodismo populista, en cambio, está más nutrido con la antipolítica, tiene poco rigor y maximiza el impacto sobre el público: es la indignación banalizada.

Por su parte, los periodistas profesionales son militantes de los valores comunes, como la defensa de la democracia y la lucha contra la corrupción. Así lo dice el artículo 3 del Código de Ética de FOPEA, la principal organización del país: “Los valores esenciales de los periodistas que adhieren a este Código son el respeto a los principios de la democracia, la honestidad, el pluralismo y la tolerancia”.

Así, los cuadernos de Centeno navegan en un escenario donde los periodistas profesionales son los que trabajan, pero los populistas y los militantes gestionan el debate. Esto hace que la información fluya de una forma que hace difícil construir una verdad social que pueda reformar nuestra democracia. Pero la Constitución sabe a quién alentar: en su texto sólo dos veces se usa

la palabra «secreto», una palabra fuerte en una república que es el gobierno de la luz. Una es cuando se habla del voto secreto, y la otra es el secreto de las fuentes. Así, el diseño de la república liga al voto con el periodismo profesional como uno de sus vínculos sagrados.

Puede ser que las redes sociales expandan más la voz de los periodistas populistas y militantes, pero necesitamos que los profesionales sigan remando. La Constitución lo pide y la sociedad lo necesita.

EN PERIODISMO, EL TIEMPO ES VELOZ... SIEMPRE

Clarín, 19 de diciembre del 2018

• Qué cambió y qué no en dos siglos en el periodismo? ¿Hacia dónde va? Explorando distintos momentos podemos sacar algunas conclusiones.

La primera sorpresa es que un periodista del siglo XIX tenía la misma sensación de vértigo de un profesional actual. No importa si ese editor tardaba solo cinco minutos en caminar desde su casa a la imprenta o a la Casa de Gobierno, lo que hoy le llevaría dos horas. Sus comentarios, y la percepción de sus lectores, era la de vivir en una sociedad de la información, donde se corre demasiado y las urgencias regulan la vida. “Sin calma, ni meditación”, decían.

Las formas de financiar al periodismo sí cambiaron. Mejor dicho, se han ido agregando nuevas en cada época, mientras mantienen las anteriores. Cada nuevo ecosistema periodístico descubre originales fuentes de ingresos, aunque no en forma inmediata. La radio tardó entre diez y quince años en convertirse en un medio rentable, y la televisión se benefició por ser continuadora de la radio dado que los empresarios de la radio impulsaron la televisión.

Ahora, llevamos casi 25 años de periodismo digital y todavía no hay modelo de negocio. Pero esa mochila no es de los periodistas. La fórmula siempre surgió de la creatividad empresarial.

La relación entre periodismo y política sí está cambiando, porque su influencia estaría retrocediendo. En sus orígenes porteños, el periodismo fue una institución fundamental, consagrada en los sucesivos documentos fundamentales. Aquellos enanos gráficos, del tamaño de un libro pero con muy pocas páginas, eran percibidos como gigantes institucionales y armas poderosas. Hacia mediados del siglo XIX, el periodismo se reconocía como una extensión indispensable de la representación popular. Ahora todavía es importante, pero muchos representados, con el uso que hacen de las redes sociales, no son precisamente ciudadanos mudos.

A principios del siglo 20, una figura política mundial que vivió unos meses en la ciudad, George Clemenceau, estaba impresionado por la influencia de la prensa porteña: “en América, como en Europa, la prensa es el primer poder después del gobierno. Digo después, porque es preciso creer el texto de las constituciones”. La llegada de la radio y la televisión amplificó ese impacto y se difundió la idea de que esos medios generaban una revolución de una magnitud antropológica. Pero hoy eso puede estar cambiando: en el ecosistema digital, la influencia del periodismo se ha marginalizado. Los políticos, las marcas, o las celebrities, no necesitan al periodismo para llegar a la sociedad. Tienen otras autopistas alternativas que los pueden llevar a la visibilidad pública.

En cambio, el foco profesional no cambió. El mismo dilema que tenían hace 200 años los grandes editores Camilo Henríquez o Julián Álvarez, lo tienen sus colegas de hoy: ¿cómo comunicar a la sociedad los temas que tiene que saber y que ésta preste atención y actúe en consecuencia? Para eso, los periodistas de todas las épocas han tenido que ir mejorando sus métodos de recolección de

información pero, al mismo tiempo, tener estrategias de entretenimiento para construir estructuras de atención en las que queden atrapados los sucesivos lectores, oyentes, televidentes y usuarios.

Como siempre, el futuro del periodismo será de los que entiendan qué es lo esencial y qué lo secundario y, por lo tanto, no exijan a la historia lo que ésta ya no puede dar.

LA POLÍTICA ES UN HOSPITAL, NO UNA GUERRA

La Nación, 16 de enero del 2019





Ilustración: Javier Joaquín.

Elige a tu enemigo” es la máxima que guía hoy la comprensión de la política. Esta idea viene de la historia profunda, pero se reforzó cuando el pensador alemán Carl Schmitt encandiló a derechas e izquierdas con su amigo-enemigo como cubito de caldo concentrado para entender la acción política.

En el siglo XIX la identidad entre guerra y política encontró su referente en un militar prusiano llamado Carl von Clausewitz. Y, a principios del siglo XX, un pensador italiano tan influyente como Antonio Gramsci reforzó la metáfora y usó la “guerra de posiciones” de la Primera Guerra Mundial como idea para una revolución cultural que superara la estrategia violenta para la construcción del socialismo.

Pero hoy este prisma guerrero nos hace subestimar dimensiones centrales de la política, y además puede haber contribuido a cavar una fosa de profundidad oceánica entre la actividad política y los ciudadanos. Hace veinte años que se estudia la “espiral del cinismo” que se difundiría en la sociedad cuando el periodismo analiza la política como una guerra, en que uno gana y otro pierde.

La metáfora de la guerra es insuficiente porque la política es más interesante que pelearse con alguien. La política es también un hospital, adonde llegan las víctimas de todo tipo y se las rescata, se las atiende, se las cura, se intenta reparar su dolor y se realizan

cuidados paliativos. Desde esta perspectiva, el éxito político ya no es la derrota del enemigo o adversario, sino el rescate o la mejoría de la víctima, entendida como todo ciudadano o ciudadana a los que se les reconoce una demanda legítima para reclamar.

Hay políticos destacados que desarrollaron el arte de curar: el oncólogo uruguayo Tabaré Vázquez, quien atendió pacientes como presidente, o el clínico Arturo Illia; fueron médicos los chilenos Salvador Allende y Michelle Bachelet, ambos incluso sirvieron como ministros de Salud. Quizás parte del mito peronista tiene que ver con la eficacia de la política pública del primer ministro de Salud de la historia argentina, el santiagueño Ramón Carrillo, durante el primer gobierno de Juan Perón. La primera médica argentina, Cecilia Grierson, fue una pionera en la lucha por los derechos de las mujeres, entre ellos, el sufragio femenino. Ni hablar de la vocación pública del médico Roque Pérez, quien presidió el Comité de Salubridad que gobernó Buenos Aires durante la fiebre amarilla en el trágico año 1871, servicio que lo llevó a la muerte por esa enfermedad ese mismo año. Eso sí que fue alta política.

Si la política es un hospital, el triage de la guardia sería la zona clave donde los periodistas se cruzan con la política. Allí se clasifica a las víctimas, se les da rápida entrada o se las posterga, se jerarquizan sus dolencias, o se las devuelve a sus casas negando que sean víctimas.

La metáfora del hospital no es mejor que la de la guerra. Las dos dejan afuera aspectos relevantes de la política. Pero pensar la política como un hospital de víctimas potencia aquello que está devaluado en el análisis: qué es lo que efectivamente se hace por las personas, que es lo que más honra, más atrae y más se necesita de la acción política. Por supuesto, siempre hay que tener en

cuenta que la protesta más ruidosa no es necesariamente la voz genuina de las víctimas. Una de las tensiones de la vida pública es la disputa por representarlas. Puede haber mucha protesta en la calle, una gran tensión, y quienes llevan los carteles no están defendiendo necesariamente a las víctimas. Al contrario, pueden estar agravando su situación. Los líderes de organizaciones vecinales, empresarias, sociales y políticas que defienden diferentes personas o grupos sociales pueden manipular, instrumentar o, solamente, errar en su representación. Como cualquier hospital que por mala praxis agrava la salud de un paciente, lo mismo puede ocurrir con la política, empeorando el estado de las víctimas.

En definitiva, analizar la política como un hospital no erradica los conflictos que existen, sino que les da sentido: mi enemigo no sos vos, sino el dolor de las víctimas. Así como en el fútbol, para no desorientarse, hay que mirar la pelota, en la política la obsesión debe ser mirar a las víctimas.

Pero tu odio al enemigo político te puede derribar aunque le ganes. Si logró sacarte de tu foco de rescatar a las víctimas, logró vaciar el sentido de tu acción política. Y si pasa eso, podés decir como U2 en su tema *Sunday, bloody Sunday*: “Hay muchas pérdidas, ¿puede alguien decirme quién ha ganado?”.

LAS LIBERTADES Y LAS ALAMBRADAS EMOCIONALES

Clarín, 3 de mayo del 2019

Hace doscientos años, en 1818, había solo siete periodistas en Buenos Aires, de los cuáles apenas dos trabajaron todo el año, y otros dos fueron fusilados al año siguiente. Los medios eran sostenidos desde el Estado y publicaban avisos de compra y venta de esclavos. Pero, a pesar de todo eso, el periodismo era ya reconocido como esencial, tanto para la ilustración del pueblo que salía de la etapa colonial, como para la calidad de las nuevas instituciones democráticas en desarrollo.

Ahora también la realidad y el ideal son imágenes difíciles de conciliar en el periodismo y el resto de las profesiones. Pero ambas imágenes son igual de verdaderas. La vida de un profesional siempre incluye su hemisferio normativo y su hemisferio material y, tanto en lo individual como en lo colectivo, se mezcla, como decía un editor porteño a fines del siglo XIX, “lo sagrado de la política y lo profano del comercio”.

Médicos, abogados, contadores o periodistas, siguen ideales orientados a un valor social. Y, para poder ayudar a equilibrar la tensión económica, cumplen un rol importante las instituciones profesionales (por caso el Foro de Periodismo Argentino (FOPEA). Intentan ser referencia para comunidades de practicantes que buscan orientar su trabajo hacia esos valores sociales, más allá de las condiciones materiales realmente existentes.

Por lo tanto, el desarrollo de una profesión se da tanto en la realidad de su práctica, como en la evolución de sus ideales. Pero a veces parece que el ideal periodístico se estancó, que son un conjunto de lugares comunes y frases hechas que se recitan como un himno gastado, como si fuera el rezo laico de una iglesia vacía de fe.

La realidad material del periodismo también puede cambiarse desde sus ideales. Hace dos siglos se hablaba de la libertad de imprenta. Luego nuestra proto-constitución de 1815 reguló incluso la creación de un periódico opositor, y la Constitución de 1853 consagró “publicar sus ideas por la prensa sin censura previa”.

Durante el siglo veinte, se precisaron conceptualmente las diferencias entre libertad de prensa y libertad de expresión (recogido en el artículo 19 de la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU de 1948). Ya en la segunda mitad del siglo pasado comenzó a recorrer su camino el llamado derecho a la información.

Pero ahora, en el ecosistema digital, el nuevo norte de la profesión periodística es el derecho a saber de la ciudadanía.

El ideal de que las personas tengan la información necesaria y más sensible sobre lo que pasa necesita un ajuste adicional. Hoy no basta dar la información, hay que explicarla, ponerla en contexto y hacerlo con un lenguaje accesible.

Por eso, el derecho a la información se tiene que convertir en el derecho a saber. Hoy el periodismo explicativo es tan decisivo como el periodismo investigativo. De hecho, desde 1985 los premios Pulitzer incluyen una categoría de periodismo explicativo. La nueva frontera del acceso a la información ya no es tanto que me den la información, sino que me la expliquen.

Pero el periodismo tiene que atravesar varias barreras para alcanzar ese ideal. Nos sobran alambradas emocionales, públicos herméticos, burbujas blindadas e ideas cristalizadas. La libertad de palabra del ecosistema digital pierde mucha fuerza por esos tabiques que impiden la plena circulación de la información. Parece que tenemos libertad de hablar a quienes no nos van a escuchar.

Por eso, una competencia esencial en la profesión es construir esa escucha. Poner más énfasis en la capacidad de llegar y explicar la información a diferentes públicos. Crear un ambiente de concordia y credibilidad que aliente la real apertura de las audiencias a lo que consideramos, como profesionales, que estas tienen que saber.

EL PERIODISMO Y SU RELACIÓN CON LAS PALOMAS HERIDAS

*Discurso pronunciado en la ceremonia de entrega del premio de Periodismo
Social a Fanny Mandelbaum en el Rotary Club, 12 de julio del 2019*

Quisiera aprovechar esta oportunidad que me dan ustedes para entender una de las claves de lo que el periodismo hace en la sociedad. Por eso, no vamos a hablar de lo que el periodismo es, o de su forma de trabajar, de lo que pasa en su interior, o en su interna si ustedes quieren. No vamos a mirar hacia adentro, vamos a mirar hacia afuera.

Quiero hablar de lo que el periodismo hace o deshace afuera, en la sociedad, en especial en su relación con la democracia. La democracia avanza cuando tenemos más derechos. Cuando en nuestra vida los derechos funcionan como escalones para nuestra proyección y expresión individual y social.

En la historia europea se puede analizar una secuencia histórica de construcción de derechos. Podemos decir que primero vinieron los derechos civiles, luego los políticos y luego los sociales. En América Latina la secuencia es un poco más alborotada, más contradictoria. Ganamos derechos sociales, y perdemos derechos civiles, ganamos derechos políticos, y perdemos derechos sociales. No se nos da tan bien lo de una secuencia ordenada.

Pero la verdad es que los derechos son móviles, la ciudadanía es móvil, estamos permanentemente ganando o perdiendo derechos. Y en esa movilidad de los derechos, el periodismo tiene un rol importante.

La historia de los derechos humanos, dice la historiadora Lynn Hunt, “demuestra que al final la mejor defensa de los derechos son los sentimientos, las convicciones y las acciones de multitudes de individuos que exigen respuestas acordes con su sentido interno para la indignación”.

Por eso, el periodismo cumple un rol clave. Allá donde se construye un muro de indiferencia a la injusticia, se consolida un embalse de víctimas que no reciben sus derechos. Y el periodismo puede tanto colaborar con la construcción de ese muro, como con la destrucción de ese muro.

Todo depende de lo siguiente: qué percepción y qué relación establecen los periodistas con las víctimas. Y de eso Fanny nos puede dar cátedra. Su vida profesional es una patrulla en defensa y rescate de las víctimas. Siempre buscando “palomas heridas”, como diría Lito Nebbia.

Hay distintas etapas en esa relación. Primero puede pasar que las propias víctimas no se reconozcan como tales. Y muchas veces es la persuasión de un periodista lo que lo convence. “Tenés un derecho. Pedílo. Yo te ayudo”. Las víctimas pueden dudar porque saben que el camino de la discusión pública, incluso en una democracia, puede ser muy árido, los puede golpear muy duro. Recuerden el caso de Juan Carlos Blumberg, el papa de Axel Blumberg, los golpes que sufrió. O la misma Susana Trimarco, la mamá de Marita Verón, o de tantos otros y otras.

Pero después viene lo que se llama *standing*, que es cómo permanecer en los medios, cómo seguir siendo una voz en defensa de las víctimas, y no solo aparecer fugazmente para luego caer en bolsas de olvido, como decía Hannah Arendt.

Y este permanecer es un juego difícil, porque Fanny puede poner toda su enorme voluntad y cariño para hacer visible a las víctimas, pero si a sus jefes no les interesa el tema, o si la audiencia no demuestra interés, a Fanny se le va a hacer difícil sostener el tema.

Por eso, acá las víctimas tienen que convertirse en celebrities, en expertas, en competentes para explicar y, de alguna forma, emocionar a las audiencias. Esto no es, como algunos pueden pensar, un ataque de protagonismo, sino una necesidad imperiosa para intentar obtener su derecho.

Las víctimas tienen que atraer la atención, y eso no es fácil, por más que las Fannys del periodismo hagan lo posible para que eso ocurra.

Y algunas víctimas tendrán mucha dificultad en hacerse visibles. Recuerden la obra *El enemigo del Pueblo*, de Henry Ibsen. Ese enemigo del pueblo es en realidad el médico del pueblo que descubre que el balneario está contaminado y afecta a todos los turistas que vienen al pueblo. Es el enemigo porque dice la verdad, pero puede afectar la economía del pueblo porque va a ahuyentar a los turistas. Todos sabemos que la vida está llena de verdades incómodas, que mejor es no hablar de ellas, no enunciarlas.

Por eso, hay víctimas que tienen la suerte de ir a favor de la corriente, y otras víctimas que tienen la mala suerte de ir en contra de la corriente, como este médico del pueblo. Si el periodismo acompaña a unas palomas heridas y no a otras, estará promoviendo unos derechos, y estará perjudicando otros.

Nos podemos remitir al caso Dreyfuss y ver allí cómo un escritor, Emile Zola, se enfrentó desde un diario a la corriente

para defender los derechos de un oficial francés de origen judío que estaba siendo falsamente acusado.

El impacto público que logró el *Yo Acuso* de Emile Zola logró defender los derechos del oficial Dreyffus y seguramente también de muchos más.

La historia está llena de libros que cambiaron la historia. *Brevisima relación de la destrucción de las indias*, de Bartolomé de las Casas, promovió la discusión sobre los derechos de los pueblos indígenas.

La novela de Rousseau, *Julia o la Nueva Eloisa*, impactó sobre una nueva sensibilidad que puede haber preparado el camino para la declaración de los derechos del hombre y el ciudadano. De la misma forma que lo hizo otra novela en el mismo momento, *Pamela*, de Samuel Richardson.

Estas novelas fueron capaces de romper la indiferencia, de construir empatía entre sectores sociales que antes se ignoraban mutuamente.

Otro libro clave fue *Memorias de un cazador*, de Ivan Turguenev, el que logró el reconocimiento del sufrimiento de los campesinos rusos.

En Estados Unidos, *Los derechos del hombre*, de Thomas Paine, o *La Cabaña del Tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe.

Si los escritores o los periodistas tienen éxito, se rompe la cárcel de la indiferencia. Y las víctimas ya son reconocidas socialmente como víctimas.

Eso quiere decir que las víctimas han logrado cambiar la mirada de la sociedad. Nos han puesto lentes nuevos, donde todos

nosotros vemos ahora cosas que antes no veíamos, aunque estuvieran delante nuestro.

El avance de los derechos de las mujeres nos cambió los lentes. Vemos ahora cosas que antes no veíamos. Si hace 30 años un gabinete de un gobierno no tenía ninguna mujer, no era eso un tema de discusión. Hoy es un escándalo. Raúl Alfonsín solo tuvo una mujer ministra y solo durante 2 meses (Susana Ruiz Cerutti). Y había muchas militantes radicales y potenciales ministras. Todos los demás ministros fueron hombres, siempre. Eso, hoy, sería un escándalo.

Bartolomé de las Casas, Emile Zola, Rousseau, Thomas Paine y los periodistas como Fanny nos cambian la forma de mirar las cosas.

Pero eso todavía no es el derecho. El fin de la indiferencia social es una condición necesaria, pero no suficiente para que tengamos realmente un derecho.

Después de haber roto la indiferencia social, hay que romper la indiferencia institucional. Fanny tendrá muchos casos en su carrera donde su lucha logró llegar a la sociedad pero no al poder legislativo, o no al poder ejecutivo, o no al poder judicial.

Incluso puede haber pasado que se logró también romper la indiferencia institucional. Pero el estado no reacciona. Tenés una ley que te apoya, tenés un decreto que te apoya, tenés un fallo de un juez.

Pero vos sabés que, aunque los derechos se formalicen en un papel, ese no es el final del camino. América Latina está repleta de constituciones que nos garantizan derechos, y hay muchos ciudadanos latinoamericanos que están muy escasos de muchos de esos mismos derechos.

Cuantos jubilados, por ejemplo, después de todo el reconocimiento de la injusticia cometida, y con sus derechos reconocidos por la ley, por los decretos y por los fallos judiciales, siguen esperando Justicia.

Es aquí donde se llega a la batalla decisiva. Después de vencer la indiferencia social y haber convencido a la sociedad, después de vencer la indiferencia institucional ya te avalan el legislativo, el judicial, o el ejecutivo. Pero eso no te alcanza.

La clave es terminar con la indiferencia estatal.

Que el estado se active, sobre todo el *street level burocracy* -los funcionarios que están más próximos y cercanos a los ciudadanos-, pues está en las manos de ellos el ejercicio de nuestros derechos. Me refiero a los policías que están en la calle, los maestros que están en las escuelas, los funcionarios que te atienden en tus trámites, los médicos que te atienden en un hospital.

Las constituciones y las leyes prometen, pero son ellos los que cumplen o no esas promesas. Esos papeles son solo los enunciadores de los derechos. Son los estados y sus burocracias los que efectivamente realizan los derechos.

Recuerden al Rey Lear, de Shakespeare, quien, al momento de distribuir sus propiedades, pregunta a sus tres hijas. “¿cuál de vosotras me ama más?”

Dos de sus hijas, que no lo querían nada, le expresaron en forma grandilocuente su amor. Mientras la tercera, Cordelia, que era quien realmente lo amaba, se negó a ese juego, pues le parecía un torneo de falsedades donde se necesitaba “una mirada pedigüeña y una elocuencia que, le dice Cordelia a su padre, celebro no tener”

Las constituciones y las leyes latinoamericanas son como las hijas mentirosas del Rey Lear. Prometen en forma elocuente todos los derechos a los ciudadanos y ciudadanas, pero esa promesa de amor democrático muchas veces no se cumple. Porque ese cumplimiento depende del Estado, no de una Constitución.

Las hijas mentirosas del Rey son las eficaces enunciadoras del amor. Pero solo Cordelia realiza ese amor, lo cumple.

La democracia no es solo el enunciado de derechos, es la realización efectiva de esos derechos.

Y eso es lo que Fanny ha hecho toda la vida: intentar la realización efectiva de los derechos. Ser una luz de justicia para que todos los ciudadanos y ciudadanas, sin importar provincia, sexo o condición disfruten lo que la constitución nos promete.

Por lo tanto ¿Se acuerdan que les dije que el Rey Lear prometió donarles las tierras de su reino a aquella hija que le confesara la verdad de su amor, aquella hija que lo quisiera más?

Yo creo, Su Majestad Rey Lear, si usted me permitiera opinar, yo le sugiero, enfáticamente, que se las done a Fanny.

EN DOLORES, ¿NACE UN NUEVO CÓDIGO PENAL MEDIÁTICO?

Perfil, 17 de septiembre del 2019

La insalubre tarea de publicar información sobre funcionarios corruptos es a lo que se dedica el periodista Daniel Santoro desde hace treinta años, dos matrimonios, cinco hijos, un infarto, una embolia pulmonar, nueve libros y muchos premios.

Hay negacionistas de la corrupción que no lo quieren. La corrupción gubernamental tiene un recorrido muy largo en nuestro país y en América Latina, pero en cada momento histórico tiene alzas y bajas, y nombres y apellidos concretos, sin distinción de género.

El periodismo construye castillos de indicios, con sus recursos de investigación escasos, basados en una configuración de fuentes con las que tiene diferentes grados de confianza. Lo hace con tiempos rápidos, a diferencia de otras instituciones y agencias públicas que tienen mucho más tiempo y recursos. Pero esos delicados castillos de indicios son los que la Constitución protege, porque sirven para alertar sobre las opacidades de los distintos poderes.

La práctica de intercambiar información de un periodista con su fuente no es nueva, y menos criminal. Los periodistas cambian figuritas con muchas de sus fuentes, intentando alimentar una relación de confianza. Innumerables veces la

relación de un periodista con su fuente es de beneficio informativo mutuo. Las fuentes informan y son también informadas por los periodistas. Es un mercado de información privilegiada, que permite a veces avanzar juntos a una comprensión mejor de una situación uniendo los retazos informativos que cada uno tiene. En el periodismo investigativo esto es habitual entre políticos, funcionarios judiciales, funcionarios estatales y de inteligencia, todo pelaje de informantes (como D'Alessio) y periodistas. De hecho, es frecuente que una documentación que obtuvo un periodista la comparta con una fuente para que esta, por ejemplo, verifique su autenticidad. Es un tablero de reglas difíciles y borrosas donde se va a pescar y a su vez, para participar, hay que llevar pescado. Alguno está podrido y otros no.

Escribió Santoro: “mi trabajo es escuchar a todos los que me llaman aunque debo reconocer que muchas veces pierdo el tiempo porque se trata de locos o fabuladores, falsos informantes, y/o personas despechadas”.

Así como Santoro fue un puntal en la investigación de la corrupción menemista, también lo fue durante la kirchnerista. Mientras ignoran la cantidad de investigaciones verdaderas que publicó en los últimos quince años, sus críticos se concentran en una sola, que resultó falsa. La infalibilidad periodística no es un dogma de fe. Por lo tanto, no hay posibilidad de ejercer el periodismo durante treinta años y no haberse equivocado más de una vez.

Santoro publicó que Máximo Kirchner y Nilda Garre tenían cuentas en el exterior. Esa información no era verdadera. Desde entonces, Santoro publicó seis desmentidas de esa información, algo no frecuente en el periodismo argentino, que suele ocultar sus errores bajo la alfombra. No es una hipótesis para descartar,

ni siquiera por un militante de La Cámpora, que existan cuentas aún no conocidas de miembros de la familia Kirchner, pero esas cuentas no existían.

LAS ACUSACIONES DE RAMOS PADILLA

Para procesar a Daniel Santoro, el juez federal de Dolores, Alejo Ramos Padilla, presentó una interpretación curiosa sobre el trabajo de un periodista. En su tesis principal, el juez denuncia una estrategia de “legitimización autorreferencial” donde se hace que “la causa judicial legitime la nota de prensa, mientras la nota de prensa legitima, al mismo tiempo, la causa judicial”.

En el llamado Operativo Puf se da ese “curioso círculo de legitimaciones”, parecido al que denuncia el juez Ramos Padilla. En la conversación telefónica del dirigente político Eduardo Valdés con un exfuncionario preso, el pasado 17 o 18 de enero, y en su estadía en un centro de salud con el padre del juez, ese político ataba los cabos de ese “curioso círculo de legitimaciones”. Otro interlocutor con otro funcionario preso aclara: “Allá en Dolores agarraron viaje”; y repite más preciso: “Ramos Padilla agarró viaje”. En este plan previo, Horacio Verbitsky recibiría la información para publicar en la prensa, y la denuncia iba a llegar al juzgado de Dolores. Dicho y hecho: el 28 de enero entró la denuncia al juzgado de Ramos Padilla y el 8 de febrero, a la 1.03 de la madrugada, Verbitsky reveló en su *Cohete a la Luna* el artículo “Extorsión”, donde revelaba el caso D’Alessio. Por eso, más de diez días antes ya estaba previsto que Ramos Padilla investigue, Verbitsky y Raúl Kollman publiquen, Valdés amplifique y el coro de voceros afines pontifique, en un “curioso círculo de legitimaciones”, en términos del juez Ramos Padilla. Este fue un

proceso modelo de auto legitimación entre poder judicial y medios de comunicación.

En el análisis de Ramos Padilla los círculos de legitimaciones incluyen actividades de inteligencia, publicación de libros periódicos, declaraciones judiciales y publicaciones en diarios de circulación masiva. El juez señala que esta estructura obtiene información en forma ilegal y la introduce, la ‘blanquea’, en el circuito legal, ya sea judicial o periodístico.

Esa interpretación del juez federal de Dolores sobre los “círculos de legitimaciones” es errada. Más allá de los casos locales que se puedan analizar, la experiencia internacional es rica en cómo se complementan los distintos sectores. En la sociedad abierta, la combinación entre sectores judiciales, legislativos, estatales (incluidos servicios de inteligencia) y periodísticos ha sido una de las claves en la realización de denuncias. Esa convergencia de intereses para buscar y revelar información sensible ha servido para poder dar a conocer a la sociedad temas de gran interés público. Por lo tanto, no parece una práctica para criminalizar.

En la historia del periodismo tuvo un rol relevante la información provista por sectores encargados de la seguridad y de la inteligencia. Forma parte de la rutina de los periodistas profesionales que investigan temas de alto interés público. Solo en Estados Unidos se pueden enumerar cuatro casos muy notables: la revelación de las mentiras de gobiernos sucesivos de Estados Unidos sobre lo que pasaba en Vietnam, fue informada por *The New York Times* gracias a la revelación ilegal de un funcionario que trabajaba en el área de defensa, Daniel Ellsberg; el propio Watergate fue revelado en forma ilegal por un directivo del FBI, Mark Felt; Chelsea Manning era miembro del ejército y en forma ilegal pasó información sensible a Julián Assange; y nada menos que

el funcionario de inteligencia Edward Snowden extrajo en forma ilegal información que publicó *The Guardian* y luego otros grandes medios sobre cómo la lucha contra el terrorismo había avanzado sobre la privacidad de las personas. Snowden todavía no puede volver a los Estados Unidos pero el reconocimiento a su acción es cada vez más amplio. En ningún caso, los periodistas que publicaron esa información obtenida por sus fuentes ilegalmente fueron condenados. Al contrario, son algunos de los hechos que más prestigio les dieron a esos medios de comunicación y periodistas. En América Latina, los servicios de inteligencia tienen todavía los límites más borrosos, y esa zona pantanosa la recorre un elenco de personajes que, en el fondo, suelen ser más misteriosos que poderosos.

El juez parece igualar el concepto de “dinero ilegal” con el de “información ilegal”. Y por eso criminaliza que la información obtenida ilegalmente sea difundida en el circuito legal. La información puede ser ilegalmente obtenida, pero no por eso es ilegal. Así que no es un delito trasladar al circuito legal información que ha sido obtenida por otros en forma ilegal. El problema sería que se estuvieran violando temas muy sensibles de seguridad nacional, o que esa información no tenga un evidente interés público.

De acuerdo al análisis del juez, así como un lavador de dinero ingresa al circuito legal dinero negro, un periodista ingresa información mal habida. Esa interpretación del juez criminaliza al periodismo. Incluso a veces, los periodistas ingresan al circuito de información pública comentarios off the record dados por jueces y fiscales sobre sus causas en trámite, algo que los magistrados no están autorizados para hacer. ¿Habría que penalizar a los periodistas por dar información obtenida en esa forma ilegal?

De hecho, con su interpretación el juez Ramos Padilla crea una sección mediática nueva al código penal: el cuestionamiento al “blanqueo de información” ilegal; la descripción de la “legitimación autorreferencial”, donde cuestiona la relación informativa intensa entre el poder judicial y el periodismo; la investigación criminal a periodistas y/o medios sobre “la acción psicológica” que realizarían; o adjudicar a un periodista la intencionalidad extorsionadora y coaccionadora de la fuente. Esta nueva sección del código penal destruye “nichos de intensa protección constitucional”, a pesar de la supuesta intención del juez de Dolores, que repite que su objetivo es proteger al periodismo como exige la Constitución Nacional. Resulta intimidante además que el juez haya pedido a la Comisión Provincial de la Memoria que, por su experiencia en el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires durante la dictadura, investigue las notas que Santoro escribió para discernir la “acción psicológica”. Además de anacrónico, el juez es intimidante: Ramos Padilla elige, para analizar el trabajo de un periodista profesional, a esa Comisión Provincial por estar entrenada en leer documentos de la dirección de inteligencia de una dictadura.

EL ESTAFADOR

El juez dice que Santoro no estaba involucrado en ningún pedido de dinero. En ninguno de los chats aparece Santoro orientando partidariamente sus investigaciones. Por eso, en ningún caso se le atribuye segundas intenciones en sus acciones. Si Santoro orienta su investigación en un personaje es para poner foco en su trabajo. No solo en la ciencia, sino también en el periodismo se trabaja con hipótesis. Por los dichos de D’Alessio queda claro que Santoro es periodismo. Santoro busca primicias, entrevistas con personajes

claves, documentación, todos actos de periodismo puro. Por eso, como todo periodista profesional, su labor es previsible y, por lo tanto, también sufre mayor riesgo de manipulación.

En varias de las conversaciones, D'Alessio deja claro que sabe cómo engañar a Santoro, por eso es absurdo que el juez adjudique a Santoro la intencionalidad de D'Alessio. Este se convirtió en “una fuente de extrema confianza”, como dijo el mismo periodista. D'Alessio es el estafador, Santoro el estafado. Si el juez no entiende eso es porque no quiere. Su lealtad a la fuente lo hizo manipulable por ella: “me utilizó. No lo hizo de manera torpe ni burda; fue sutil, calificado, altamente profesional y lo cierto es que todos podemos ser alguna vez engañados y/o utilizados”, dijo Santoro.

En el reciente libro *Háblame de tus fuentes. Aprendizajes de veinte reporteros de investigación iberoamericanos* (2017), editado por Luisa García Téllez, se habla de las “fuentes estables” como aquellas a la que un periodista “le solicita información para diferentes casos. Hasta es posible que la fuente se dirija al periodista para informarle de casos que le interesa que se hagan públicos”. D'Alessio era una “fuente estable” para dos decenas de periodistas argentinos. En ese libro, algunos de los mejores periodistas de América Latina, cuentan casos sobre cómo crearon confianza con sus fuentes y la tensión difícil que a veces se produce entre lo profesional y lo humano.

Santoro escribió en su libro *Técnicas de periodismo de investigación. Métodos desarrollados en diarios y revistas de América Latina* (2003): “las relaciones que conviene establecer son profesionales, aunque reconozco que en 20 años de carrera he visto nacer cierta simpatía mutua con algunas fuentes habituales, luego de comprobar que no venden pescado podrido” (p.66).

Hay tres acusaciones principales contra Santoro, una más endeble que la otra, pero siguen vigentes porque la forma en cómo se discute en el país hace que esa endeblez no se note.

PRIMER DARDO

El juez pretende llevar a Santoro a la cárcel por extorsionador en base a una conjetura fonoaudiológica. Como Santoro, hablando de la situación legal de Lula en Brasil, mencionó por error la sigla OPS en dos programas de televisión seguidos, el 4 y 5 de abril del 2018, en lugar de OAS (que era la constructora que le habría dado el departamento al líder brasileño), Ramos Padilla considera que fue parte consciente de la extorsión al empresario argentino propietario de OPS. En esas mismas horas, Santoro tenía esa sigla en la cabeza porque estaba preparando un artículo para *Clarín* sobre ese empresario y su empresa OPS, que la tituló “El nuevo Lázaro Báez debe 800 millones y lo investigan por lavado de dinero”, que se publicó el 6 de abril. La confusión de Santoro con esas siglas resultó tan crónica que, en el propio acto de la indagatoria ante el juez, volvió a equivocarse las siglas. Por haber dicho una “P” donde iba una “A” el periodista vive hoy con el riesgo de ir a la cárcel.

Es posible que se hayan entusiasmado con la posibilidad de destruir a un periodista emblemático de *Clarín*, que tantas investigaciones había realizado en los últimos quince años. Esta letra confundida es evidentemente insuficiente para una condena, pero igual el juzgado no cesa la búsqueda para encontrar nuevas razones para ampliar el procesamiento.

EL SEGUNDO DARDO

La segunda razón que escribe el juez para llevar a la cárcel a Santoro es por coacción. El juez federal de Dolores dice que forzó una entrevista con un directivo uruguayo de la petrolera estatal venezolana PDVSA contra su voluntad siendo cómplice consciente del plan extorsionador de D'Alessio. En la propia declaración ante el juez, este directivo, Brusa Dovat, dice que Santoro le preguntó dos veces si estaba de acuerdo con hacer la entrevista y le explicó en qué consistía.

El juez se aferra al intercambio de chats entre D'Alessio y Santoro previo a la realización de esa entrevista:

Dice D'Alessio: “estoy ablandando a uno que...yo me estoy quedando y estoy viendo a ver si el jueves te lo puedo sentar....te aseguro un titular de *Clarín* en un domingo y mucho más”.

Tan afuera estaba Santoro de cualquier vocación extorsiva que le responde que se va de vacaciones, que lo pueden hacer a su retorno. Por eso D'Alessio rápidamente organiza el encuentro con Brusa Dovat lo más cerca que puede de la casa de Santoro.

Dice D'Alessio: “lo voy a intentar citar en Palermo a las 12, convencerlo de que es su mejor opción y a las 2 venís vos a hacerle la entrevista, ahí en la esquina de tu casa sin que sepa obviamente que vivís por ahí. Digo, para que te quede cerca. Lo que vos digas, ¿ok?”.

Ahí el juez leyó una frase que parece haberlo impactado:

Dice D'Alessio: “Podemos almorzar en Sarkis e ir ablandándolo. Te da todo. Yo hice mi parte”.

Y el juez escribe emocionado: “se exhiben aquí concretas y claras referencias de D'Alessio a Santoro acerca de que se hallaba

utilizando ‘técnicas’ para vulnerar la voluntad de Brusa Dovat y lograr que se preste a brindar un relato”.

Si la palabra ‘ablandar’ es una “técnica para vulnerar la voluntad de Brusa Dovat”, el juez debe saber que persuadir fuentes es uno de los trabajos principales de un periodista de investigación. Por supuesto que ablandar puede ser aplicar una picana eléctrica, meterlo en el submarino, o secuestrarle un hijo, pero ninguna de esas ‘técnicas’ se aplica en público en un restaurante. La palabra ‘ablandar’ la deben haber usado desde terribles dictaduras hasta la Madre Teresa de Calcuta para convencer a una de sus misioneras de la Caridad. En el contexto en el que recibía esa palabra Santoro, el sentido unívoco de ese diálogo es el de persuadir a una fuente para convencerlo de que dé un testimonio que el periodista cree de interés público.

Pero el juez piensa distinto. Por el chat del “ablande” Ramos Padilla adjudica a Santoro el conocimiento de la “maniobra coactiva”. Para el juez “queda claro el conocimiento que tuvo en la ocasión de la maniobra ilícita que se estaba perpetrando y que con su aporte estaba contribuyendo al plan criminal desarrollado”. La desviada aplicación del código penal que el juez hace contra el periodista está sostenida en una de un millón de interpretaciones de la palabra ‘ablande’ que cada uno puede hacer. Además, hay que aclarar que todas las pruebas son palabras que usa D’Alessio. Nunca han sido las palabras de Santoro las utilizadas por el juez para incriminarlo.

El juez encuentra otra “prueba” con el siguiente chat posterior de D’Alessio: “Ok. Si le saco más información te aviso. Más allá de que esté en pánico, que quiera recular y todo, no hay vuelta atrás”. A partir de este chat, el juez dice: “frases como ‘no hay vuelta atrás’ y otras similares que se han citado y se expondrán

más adelante dan cuenta que el imputado antes, durante y después de la entrevista supo de las circunstancias que rodeaban a aquel suceso....y de este modo (contribuyó a) consolidar el plan ilícito de la organización....”.

Brusa Dovat en esa entrevista publicada y filmada del 30 de enero pasado es locuaz, da respuestas coherentes, contextualiza para que el periodista entienda cada hecho de corrupción que le está explicando, y no parece rehusar ninguna respuesta.

En la película *El Informante* se ve todo el trabajo de ablande que hace Al Pacino para que su fuente, Russell Crowe, denuncie a una empresa tabacalera. En el caso de la fuente de Santoro, Brusa Dovat fue a buscar a un periodista, Rolando Graña, del grupo América, para que lo ayude y este le presentó a D'Alessio. No era una fuente que estaba escapando de los periodistas, sino que buscaba su ayuda. Aprovechando ese interés de Brusa Dovat de relacionarse con los periodistas, el estafador D'Alessio se metió en el medio y lo atrapó en su juego extorsivo.

El juez califica a Santoro como cómplice primario por realizar “una ayuda imprescindible para la comisión del delito”. Esta acusación le cae nada más a Santoro pero en pocas horas lo entrevistaron Rodrigo Alegre, para *Telenoche*, y Eduardo Feinman para *A24*. No señor juez, Santoro no era una ayuda imprescindible para la comisión del delito. D'Alessio ya tenía pautadas entrevistas con otros periodistas. Si no era Santoro el entrevistador, otros periodistas muy conocidos, y en medios de mayor difusión, estaban haciendo fila para entrevistar a Brusa Dovat.

El estafador Marcelo D'Alessio utilizaba “el poder de Santoro” para sus extorsiones. “El poder de Santoro” construido en base a treinta años de ejercicio del periodismo era usado con precisión por D'Alessio. Dice el juez: “El periodista Daniel Santoro tuvo

un rol fundamental en el desarrollo de estas acciones, ya que no solo se amenazaba a las víctimas con sus publicaciones -o escra-ches. Estas notas de prensa en algunos casos efectivamente fueron realizadas y allí aparecía volcada la información producida ilegalmente por Marcelo D'Alessio y la organización aquí investigada”.

D'Alessio utilizaba “el poder de Santoro” en muchos casos conocidos, y seguramente en algunos que no sabemos aún. Ese poder es, sobre todo, un poder moral, el prestigio construido con décadas de trabajo profesional. Y todo periodista corre ese riesgo. Está lleno en periodismo, en la política, y en todos los espacios, de quienes ganan la confianza de personas prestigiosas y usan su prestigio para abusar y delinquir. Pero aquella persona cuya reputación fue usurpada no puede ser perseguido con el código penal como si él fuera un extorsionador. Solo el direccionamiento que hace el juez, en consonancia con las escuchas previas, permite entender esta acción.

EL DARDO MÁS CRUEL

Pero lo más hiriente que sufrió Santoro no tuvo repercusión judicial por su evidente falsedad: la acusación de espiar a sus colegas. Lo doloroso no fue la acusación, sino que algunos de los colegas le dieran credibilidad a esa denuncia. Es peligroso que todavía haya grupos paraestatales que hagan perfiles ideológicos de periodistas, pero eso es una de las deudas más estables de la democracia desde 1983. El propio Santoro fue víctima varias veces del espionaje ilegal, pero en dos tuvo pruebas por lo que lo denunció en el 2006 y en el 2014. También la revista Veintitrés lo acusó, desde una infame portada, de ser un espía ruso, cuyo indicio principal era que su segunda esposa nació en Rusia. Ser periodista

de investigación en América Latina no es un trabajo del que uno sale indemne.

Cualquier periodista habla con sus amigos sobre sus colegas, en especial si son conocidos, incluso con sus fuentes cercanas. Lo mismo pasa en cualquier otro ámbito de trabajo. Es común en una conversación tener un capítulo sobre nuestros colegas. Por eso, es una canallada dar vuelta a esa conversación habitual para convertirla en un acto de espionaje como si fuera la seguridad del estado cubana o la vieja Stasi germanoriental. D'Alessio formateaba en un "perfil ideológico" los comentarios que escuchaba de Santoro. ¿Cómo alguien puede decir que eso lo convierte a Santoro en un espía? Gustavo Silvestre dijo en Radio 10 que Santoro "extorsionaba con sus notas en el diario *Clarín*", y en esa conversación Horacio Verbitsky agregó: "imagináte, estás trabajando con un tipo que crees que es un colega y de golpe te desayunás que en realidad es un espía". Por supuesto, ni Verbitsky ni Silvestre llamaron a Santoro para verificar nada. De ahí en adelante, un elenco de abogados, académicos, dirigentes políticos y periodistas activó el coro del linchamiento público. Como el linchamiento parece ser irresistible, la abogada Graciana Peñafort agregó en redes: "¿Sabés a quien espiaba Daniel Santoro para darle información a D'Alessio? A sus propios compañeros de trabajo". Y Verbitsky repitió: "Santoro es el operador judicial del grupo Clarín que, según abundantes constancias en la causa, formaba parte del dispositivo montado por D'Alessio y los servicios de la AFI para intimidar y extorsionar". Y, a pesar de que Verbitsky considera a D'Alessio "un bocón, fanfarrón patológico", decide repetirle cuando dice que "Santoro trabajó para la KGB". Verbitsky ha desarrollado una actitud agresiva contra periodistas profesionales que investigan las prácticas de corrupción de los políticos que él defiende. Así lo hizo contra Julio Nudler, Santoro,

Diego Cabot o Hugo Alconada Mon. Además, en este contexto de tensión política, que haya publicado el domicilio de uno de esos periodistas, no fue un gesto amable.

Periodistas embolsados en el anticlarinismo militante no tardaron nada en el linchamiento mediático, pero también lo hicieron varios de los periodistas que dicen sostener la buena costumbre de no ser obedientes a la grieta en la búsqueda de información, quienes dudaron sin ningún indicio real. Prefirieron el equilibrio político a la verificación de la verdad. Eso también es poner la política por sobre el periodismo. También a ellos la grieta los corrió del eje. Un juego de simetría con los dos lados de la grieta lleva a una igualación que construye una tercera mentira. La comunidad de periodistas tiene que reconstruir una amistad profesional alrededor de los valores centrales, en primer lugar, la verdad.

OTRA VEZ DOLORES

El juez sabe que para procesarlo solo necesita probar la probabilidad positiva de la participación en el delito. Y toma dos medidas amenazantes: la amenaza de que podría detenerlo por la posibilidad de que entorpezca el proceso, y un embargo enorme para alguien que el mismo juez verificó que mantiene a su familia con su salario y no tuvo ningún fin de lucro en su relación de fuente con D'Alessio. Santoro tiene razón en sentirse amenazado.

Dolores es casi una ciudad mítica para el periodismo argentino. Esta fue prácticamente una ciudad tomada por los periodistas durante el juicio por el asesinato de José Luis Cabezas. Gabriel Michi describió ese clima en un capítulo hermoso de su libro *Cabezas. Un periodista. Un crimen. Un país*. (Planeta, 2017). Es un retroceso tremendo que un periodista profesional tenga que

viajar a Dolores con una muda de ropa y un libro de largo aliento, ante la expectativa de quedar preso por su trabajo. D'Alessio es una cosa y Santoro es otra. Santoro es la víctima, no el victimario. Si el juez no entiende eso es que no es un juez. En el expediente no hay nada para procesar a Santoro y, como diría el Rey Lear de Shakespeare, “de la nada sale nada”.

EL BUEN PERIODISMO ES CAMBIO SOCIAL

Perfil, 24 de noviembre del 2019

Los recientes sucesos latinoamericanos nos recuerdan que la democracia en la región es precaria, que está jaqueada por una profunda fractura social. Como se decía hace algunos años, las nuestras son sociedades belgindia, donde algunos viven como en Bélgica y otros como en India. Es el dato más actual e importante de nuestra vida en común, a la que ningún país latinoamericano ha podido escapar. Además, mucha gente que vive entre esos dos países internos se siente bloqueada, humillada, sin esperanza en un futuro mejor para ellos o sus hijos.

El diagnóstico de por qué somos belgindia incluye al periodismo. Hay una masiva extracción de clase media blanca en las redacciones que tiende a priorizar ese prisma para entender la actualidad, y su mirada no incluye a amplios sectores subalternos. Cubrir la pobreza para un periodista suele ser un trabajo de corresponsal de guerra o de antropología: sale hacia los márgenes y vuelve luego a su espacio normal. Pero eso en América Latina es muy problemático pues nuestros márgenes sociales son amplísimos, a veces incluso mayoritarios. Siempre es claro desde dónde se comunica. Los sectores populares son una audiencia secundaria en la recepción del discurso periodístico, y un lanzador inexistente en la emisión de ese mismo discurso.

URBANITAS

El periodismo habla desde zonas urbanas progresistas de buen pasar, y hasta su humor tiene que ver con esa realidad específica. En los medios se habla sobre todo de las enfermedades de la clase media, de sus derechos, de sus diversiones, de sus barrios. Así, la voz de los medios no suele abarcar toda la mancha urbana, sino que cada zona tiene su cotización mediática muy diferenciada. Por lo tanto, no solo es distinta la cobertura de salud en América Latina, sino también la cobertura mediática. Eso implica, como corolario, una desigualdad crónica de ciudadanía. Bajo el techo de la misma democracia, hay ciudadanos muy desiguales.

¿Para qué los sectores populares van a escuchar a los periodistas, si estos no les están hablando a ellos? En Argentina, los resultados electorales son un indicador de esto. Es evidente que el discurso de gran parte del periodismo profesional no es escuchado, no llega, o no es creído, que es lo mismo, por una amplia franja de la sociedad. El voto clasista es la consecuencia de dos conversaciones muy diferentes en la pirámide social, y los medios principales solo contienen una sola. Hay un eslogan adecuado para definir la meta: un medio generalista de calidad es la comunidad que se habla a sí misma. Si eso no ocurre, hay que cambiar.

Y esto únicamente podría cambiar cuando las redacciones y la comunidad profesional sean un espejo demográfico de nuestra sociedad. Así como se avanzó con la incorporación de las mujeres, resta avanzar con la incorporación de periodistas provenientes de los sectores populares. Si eso no ocurre, es difícil contener a todo el país en la conversación mediática. En los últimos cuarenta años, en las redacciones estadounidenses se hizo una marcha forzada para que su composición sea un espejo de la comunidad a la que

sirve. Las antiguas redacciones blancas, anglosajonas y masculinas, ya casi no existen.

La pantalla televisiva suele ser un retrato deformado de la cara social. En la mayoría de nuestros países la diversidad de colores de piel se reduce en los noticieros. Cada vez existe una presencia más plural, pero todavía suele ser reducida.

Además, la construcción de una conversación realmente inclusiva no es solo la incorporación de esas nuevas caras y voces, sino que será entre todos los que tengan oportunidades de voz en los medios que se irá construyendo una mirada más integral. Puede ocurrir que las nuevas voces sean apenas réplicas de otras voces ya establecidas. Por eso, no se trata de hablar sobre los excluidos, en un discurso quejoso de redención, sino de incluirlos en forma efectiva y producir una nueva síntesis de la conversación nacional.

Hay que aprovechar las crisis. Como dijo un informe sobre los acontecimientos recientes en Chile, presentado por la profesora Claudia Lagos Lira y otros profesores de la Universidad de Chile, se “reventó la frontera de lo moral y socialmente aceptable”. Siempre ocurre que esas barreras invisibles gobiernan la sociedad, regulan el cumplimiento de las leyes, son el corralito de lo posible y de lo que no lo es. Y esas líneas invisibles cambian con la historia, separan épocas, y nos vuelven irreconocibles las costumbres de generaciones anteriores, incluso las nuestras de hace unos años.

El periodismo incide en la construcción y demolición de esas barreras invisibles. En la memoria histórica de nuestra prensa, existieron momentos en que esas barreras se cruzaron. Eso ocurrió con la temática obrera a fines del siglo XIX. Las organizaciones de trabajadores construyeron un bloque de publicaciones, dándole

gran relevancia a que cada sindicato tuviera su periódico. La fe ciega que muchos de sus dirigentes repudiaban en la religión, ellos la tenían en la palabra impresa: “¡Bandera de combate, foco de luz que irradia cerebros, ala amparadora de todo dolor! Eso es nuestro periódico”, decía la publicación obrera argentina *El Pintor* a principios del siglo XX.

De a poco, esa ola de prensa obrera alternativa fue incidiendo en la gran prensa de la época, hasta que finalmente permeó su agenda. Nada menos que el diario *La Prensa*, en 1901, impactó con una serie de notas sobre las condiciones de la clase obrera. Hasta el diario anarquista *La Protesta* reconocía esa mayor atención unos días después: “La prensa que ayer estaba dispuesta a negarlo todo, hoy ante la inflexible demostración de los números pone el grito en el cielo y manifiesta la esperanza de que la acción del gobierno...tratará de mejorar la situación”. Esa preocupación que, como suele ocurrir, viajó desde la prensa alternativa hacia la principal, terminó en una ola de opinión que llevó al gobierno a elaborar el célebre “Informe sobre el Estado de las Clases Obreras Argentinas”, redactado por el médico Juan Bialet-Massé, que se convirtió en un hito en la formación de la conciencia social argentina.

Cambio y militancia. El periodismo decisivo en el cambio social no es el militante, sino el profesional, el que abre y explora los temas abarcando sus diferentes perspectivas. Para romper el estigma sobre el otro, que frena el cambio social, se requiere dar el paso de conocerlo, y un periodista es un mecanismo viviente de aprendizaje permanente. Es fácil saber cuándo un periodista decidió retirarse, aunque siga trabajando: cuando ya no aprende más. Por definición, una amplia mirada, y esa curiosidad periodística que cruza barreras, son un vector del cambio social. Si esa

curiosidad está atrapada en el corralito de una guerra mediática, o en la mirada sesgada de una clase social, su potencia se reduce al mínimo.

Por su parte, el periodismo activista puede ser cerrado, militante, blindado, e incluso difusor de medias verdades o fake news. En cambio, lo más reformista es describir la realidad con la mayor cantidad de matices posibles; así se expone y convence con más fuerza que un megáfono monocausal. El trabajo de un periodista profesional es siempre más sustentable y llega a más audiencia, no solo a los convencidos. Los derechos se consolidan solamente cuando son apoyados por una mayoría social que desborda las fronteras partidarias.

Varios de los medios de referencia en América Latina surgieron de la elite, pero aquellos que han logrado construir una cultura de buen periodismo se han convertido en promotores de transformación social, dando a luz de a poco una visión más integral, y menos sectaria, de la sociedad de la que forman parte. El buen periodismo, necesariamente, es una institución de cambio social reformista.

Hay una segunda forma de invisibilidad que es cuando las voces de “abajo” pueden ser cooptadas por organizaciones políticas o sociales. Esos sectores son “representados” por referentes que los invisibilizan. Una cobertura mediática integral permitiría romper ese bloqueo de conocimiento, llegar a los sectores sociales en su propia textura y no convertidos en bloques de fuerza políticos e ideológicos, subalternados por su propia dirigencia.

Siempre los mejores medios han sido un equilibrio virtuoso entre verdad y esperanza. Y la esperanza, como dice Katherine Viner, editora en jefe de *The Guardian*, es, “sobre todo, una fe en nuestra capacidad de actuar juntos para hacer un cambio”.

El gran desafío de América Latina es fortalecer las democracias y avanzar en el cambio social, y en eso el periodismo tiene un rol. Va a ser difícil sostener las libertades si no se transforma el horizonte para una amplia franja social. Esto es como andar en bicicleta: si no avanzás, te vas a caer.

LAS EXPERIENCIAS DEL PERIODISMO CON LA VERDAD

Perfil, 7 de diciembre del 2019

La verdad, siempre” es el lema del semanario enterriano *Análisis*, quizás el medio argentino que, desde una provincia y en condiciones muy difíciles, más y mejores trabajos realizó de periodismo de investigación en el país en los últimos veinte años. El lema es simple y contundente, pero también sabemos que la verdad es una construcción difícil y precaria, siempre provisoria. Nadie lo sabe mejor que Daniel Enz, editor de *Análisis*, quien va construyendo sus castillos de indicios con una paciencia y una prolijidad pasmosas.

En esa construcción de la verdad posible, la relación con las fuentes es el cemento. Se narran sospechas, diría el periodista Gerardo “Tato” Young, quien publicó un apasionante libro que se llama *Los horribles. De Galimberti a Angelici. Operadores, espías y otras miserias de la política y el periodismo*. “La política y los tribunales están repletos de esos hombres y mujeres que comercializan información y conectan gente. Suelen atender en confiterías, en hoteles, incluso en estacionamientos, pero muy rara vez en alguna oficina”, describe el autor. “Estar, ver, oír, compartir, pensar. Es una fuente de información alimentada por otros. De eso se trata todo. Nuestro trabajo y el suyo (las fuentes). Lo que no significa que seamos lo mismo”, explica. “Este tipo de fuentes acepta las citas con los periodistas por dos razones básicas: contar lo que les interesa que se diga y de paso averiguar qué sabemos sobre eso mismo que les preocupa”, aclara Young.

CRÍTICA Y OPINIÓN

En varios de los más importantes casos del país, desde el atentado a la AMIA a la muerte de Alberto Nisman, el trabajo de los periodistas –dice Young– no era buscar verdades, sino “descartar las farsas que intentaban vendernos”. Y los especialistas en eso eran los agentes de inteligencia. Young eso lo tiene claro dado que reveló en dos de sus libros las prácticas del superagente Antonio Jaime Stiuso. Un periodista no es un hacker, ni un espía, ni un operador, pero merodea la misma ciénaga.

Hubo al menos dos veces en que desde el Estado se investigaron los contenidos de un medio periodístico; en sendas dictaduras.

La primera fue en 1930, cuando el jefe de Orden Político de la Policía Federal de la dictadura del general José Félix Uriburu, Leopoldo Lugones (h), el hijo del gran escritor, interrogó en la cárcel al director del diario *Crítica*, Natalio Botana. A ese medio, sus críticos lo llamaban “el órgano oficial del hampa”.

Esa dictadura creía que expurgaba al periodismo de un tumor maligno al acusar de crueldad manifiesta a ese periodista y analizar los contenidos de ese medio de comunicación.

El segundo caso fue en 1977, cuando el coronel Ramón Camps, jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires de la última dictadura, secuestró a Jacobo Timerman y puso a un equipo de funcionarios y analistas de inteligencia a estudiar las ediciones del diario *La Opinión*.

Así como había hecho Uriburu, ahora Camps también consideraba que estaba dando la batalla decisiva por erradicar la subversión. Tras haber exterminado a la guerrilla, ahora tenía que exterminar las ideas culturales que la provocaron, “el verdadero

trasfondo de la publicación a través del análisis de contenido de todos los números de *La Opinión*”, según Camps.

En esos interrogatorios en los sótanos le preguntaban a Timerman, entre otras cosas, por qué publicaba los pedidos de hábeas corpus. El equipo de Camps asistía al interrogador con un prolijo análisis de contenido de las ediciones del diario.

PERIODISTICIDIO

Ahora ha vuelto la fraseología periodisticida de hablar de “acción psicológica” y de “información ilegal”; pero es imposible que pueda instalarse en los tribunales sin ofender la alta protección constitucional que la profesión tiene. Introducir el delito de acción psicológica en una sociedad abierta debería ser un delito en sí mismo.

Como el periodismo es la “fábrica de fama”, de la que ya hablaba el semanario *El Mosquito* a fines del siglo XIX, son innumerables las personas e instituciones que quieren influirlo. Por eso, intentar criminalizar la influencia de un medio de comunicación es ridículo. Un medio es un espacio muy diverso de intentos de influencias cruzadas. Y cuanto más pluralista, más cruzadas esas influencias.

La argumentación que usan los críticos que respaldan la judicialización del periodismo profesional utiliza casos como el de Julius Streicher, periodista nazi, condenado en los Juicios de Nuremberg, o el de los periodistas de Ruanda que fogonearon el genocidio desde la Radio de las Mil Colinas, condenados por el Tribunal Penal Internacional. Y la estación final de ese tren de argumentos es el lawfare.

La diferencia esencial es que vivimos en una sociedad democrática. Por supuesto que en nuestra democracia no debe haber carnet de impunidad ni fueros particulares para los medios, pero criminalizar los procesos de persuasión en una democracia es como prohibir hacer pases en el fútbol: son la esencia de las reglas del juego. Y, a pesar de que algunos solo entiendan la política en forma literal como amigo/enemigo, la democracia no es la guerra.

Rafael Bielsa, en su reciente libro, *Lawfare. Guerra judicial-mediática. Desde el primer centenario hasta Cristina Fernández de Kirchner*, que escribió junto a Pedro Peretti, analiza las guerras mediáticas alrededor del Grito de Alcorta, movimiento fundacional de la organización de los pequeños y medianos arrendatarios rurales, y las enmarca en la franquicia lawfare, buscando dar una perspectiva histórica a las discusiones actuales sobre la relación entre Poder Judicial y medios de comunicación.

El argumento de fondo de Bielsa es que la denuncia de corrupción contra un partido que promueve derechos está pensada para revertir esos derechos. Como si no fuera relevante, no analiza el tema de la corrupción (“ese es otro capítulo, otro libro”, aclara en la página 21). Argumenta que esas denuncias tienen “el sentido político de dañar la imagen de líderes locales que luchan contra las corporaciones y el establishment”.

Es viejo en la historia política utilizar denuncias judiciales para el asesinato reputacional, pero si el argumento del lawfare se consolida, significará un carnet de impunidad para los que malversan dineros públicos levantando las banderas políticas adecuadas.

De alguna forma, el discurso del lawfare está ligado al negacionismo de la corrupción. Igual, hace mucho que estamos en la era de la consonancia corruptiva: si estamos de acuerdo con las

políticas de un gobierno, no nos preocupa la corrupción que lo rodea. El lawfare, ahora, cristalizaría esa consonancia corruptiva.

Siempre en nuestra historia democrática hubo redes de influyentes que se coaligaron para falsear los valores ciudadanos. Por eso, el avance que hay que proteger es el de la difícil y lenta profesionalización para que el Poder Judicial construya justicia y el periodismo construya verdad.

La autobiografía de Mahatma Gandhi se llama *Historia de mis experiencias con la verdad*. Para un periodista ese título es muy apropiado. No hay ninguna palabra que identifique más el objetivo del periodismo que “verdad”, por lo que, si esa palabra se devalúa, en la misma medida se degrada la profesión. Lo mismo ocurre con las experiencias de los jueces con la Justicia.

NO SE OLVIDEN DE CABEZAS, UN LEMA PARA EL BUENO PERIODISMO

Perfil, 8 de febrero del 2020

La frase “No se olviden de Cabezas” está en la primera carta pública que escribieron los padres de José Luis hace 23 años. Esas cinco palabras entraron al imaginario argentino como una cuña en nuestra historia. Pero creo que no son solo pasado. También están cargadas de futuro.

PERSISTENCIA

Para pensar qué puede significar esa frase hoy, además de la persistencia de la lucha judicial, es útil analizar qué pasó con el colectivo periodístico del que José Luis Cabezas formaba parte: aquella redacción de la revista *Noticias*, la que tenía un equipo de enorme potencia, con las direcciones sucesivas de Jorge Fontevicchia, Teresa Pacitti y Héctor D’Amico.

La trayectoria posterior de los integrantes de aquella redacción histórica es un cubito de caldo que sintetiza cómo se dispersó la comunidad de periodistas argentinos en las más de dos décadas que pasaron desde entonces. Varios de los hitos periodísticos de la democracia argentina fueron logros de ellos. En el libro *Noticias de Fuego*, de Gustavo González, que ya la integraba y fue luego uno de sus directores, se describe esa “escuela Noticias” de hacer periodismo.

Pero la política fue alumbrando distanciamientos ideológicos, huracanados vientos sociales, y nuevas concepciones de la

profesión, que fueron llevando por distintos caminos a los integrantes de esa redacción, y de tantas otras, como las de *Página/12* y de *Clarín*, donde periodistas con larga trayectoria en esos medios se convirtieron en algunos de los principales críticos de sus colegas de entonces.

Hoy, a aquellos periodistas, se los encuentra con roles y protagonismos destacados en las tres Coreas –en las que hay obviamente, diferentes grados de profesionalidad– lejos de aquellas comunidades laborales que compartieron en los tiempos de Cabezas, donde la gran mayoría eran excelentes periodistas, apasionados por la información, y sagaces buscadores y refina-dores de indicios.

Ya sabemos que esto no es nuevo, que varias veces en la historia ha pasado que redacciones extraordinarias que convivían de pronto tomaron caminos opuestos. Esto pasa con las familias, ¿cómo no pasaría eso en un grupo profesional?

MILITANTES Y PROFESIONALES

La primera *Gaceta de Buenos Aires*, tras la muerte de Mariano Moreno, tuvo dos directores enfrentados, Vicente Pasos Silva y Bernardo de Monteagudo, y cada uno sacaba una edición en día diferente. Los periodistas que fueron rivadavianos se convirtieron en los primeros rosistas, y hubo furibundos periodistas militantes del rosismo que se convirtieron en incitadores públicos de su asesinato. Más cerca en el tiempo, el diario *La Opinión* también tuvo una dura fractura entre la generación de Jacobo Timerman y la de Horacio Verbitsky durante la otoñal primavera camporista.

Por eso, en Argentina, la novedad no es el periodismo militante, sino el profesional. La construcción democrática pasa ahora

por la recreación de una base profesional mínima y común que pueda ofrecer una base informativa que la ciudadanía pueda compartir más allá de su orientación política. Desde esta perspectiva, para mí es obvio que el periodista más democrático es siempre el más profesional.

Cuando en 1997 la sociedad respondió al llamado de Justicia por la muerte de un periodista, eso fue un indicador claro del grado de confianza que había llegado a tener el periodismo en Argentina. Era un momento de gloria. Las facultades se llenaban de alumnos que querían ser periodistas. Los argentinos confiaban y creían, en general, en los periodistas. Hoy es difícil que la sociedad acompañe al periodismo como lo hizo aquella vez. No estamos en nuestra etapa de gloria.

AUTOCRÍTICA

Este cambio en la confianza social nos exige una autocrítica profunda. Por supuesto que lo primero que señalaremos serán las prácticas de los otros. Pero la autocrítica es revisar las propias. Por ejemplo, el periodismo argentino debe abandonar la práctica de militar hipótesis judiciales, donde solo son tenidos en cuenta los indicios que señalan al culpable que casualmente coincide con mis enemistades políticas. El caso AMIA y el caso Nisman han llevado esta práctica a niveles marcianos, donde dos expedientes perfectamente compuestos, circulan en el discurso social con su elenco de voceros, abogados, peritos y fervientes creyentes.

El caso Santiago Maldonado fue también el paroxismo de la militancia de hipótesis. Y la discusión en redes está llena de periodistas, entre ellos algunos que pueden ser prolijos en su trabajo profesional, pero sienten las redes como un espacio de mayor relaxo en las formas llegando a parecer barrabravas digitales,

saboteándose ellos mismos el refinado trabajo que acaban de hacer.

El periodismo no está para eso. La relación entre verdad y democracia no es una entelequia, es una aorta vital para el funcionamiento de la vida pública abierta. Y esta profesión tiene una responsabilidad especial en que sea una relación fuerte. Si la información es partidaria, facciosa, clasista, no general, retrocedemos varios casilleros en el servicio al pueblo.

LOGROS

José Luis murió por hacer bien su trabajo. Esas fotos no fueron por azar. Fue la obsesión de un equipo por obtenerlas. Las fotos que sacó en la playa de Pinamar, junto a Gabriel Michi, en febrero de 1996, él sintió que eran fotazas, pero las vio recién cuando salieron publicadas. En aquel momento, solo sacó el rollo, lo metió en un paquete con un rótulo que decía Freddy Okaman, y las llevó a la terminal para que un autobús de línea lo llevara a Buenos Aires. José Luis no las había visto, pero sabía la potencia que tenía lo que habían hecho con Michi.

Era un logro periodístico, que además, ayudaba a correr un poco la impunidad con la que se rodeaba esa mafia, por lo que también fue un logro democrático. Como pasa cada día en algún lugar del país, desde Tierra del Fuego a Jujuy, un periodista entrelaza sus logros personales y sus aportes a la comunidad a la que sirve.

Es verdad que la situación laboral actual es muy difícil. Que las empresas periodísticas sufren un desfinanciamiento profundo, a no ser que opten por acuerdos políticos, o con algún otro factor de poder, lo que suele limitar su capacidad profesional.

Pero el “No se olviden de Cabezas” es un estándar del cual no habría que bajarse. Así como él sintió esa foto, no la vio, también nosotros podemos sentir que estamos haciendo bien nuestro trabajo si nos bancamos la mirada de José Luis.

EL PERIODISMO Y LA BURBUJA BUENOS AIRES

Perfil, 24 de febrero del 2020

En el futuro argentino no se ve hoy un horizonte federal, aunque su reclamo ocupa todas las tribunas. Y una de las garantías de ese bloqueo conceptual es que, si algo es unitario en el país, es el periodismo. Los medios basados en la ciudad de Buenos Aires dominan el debate sobre la realidad del país. El resto de los medios son espectadores de esa conversación nacional. No hay un solo medio fuera de la megalópolis que tenga una incidencia nacional sostenida, más allá de algún fugaz gol de agenda. Son escasas las noticias de medios provinciales con impacto en la conversación que escucha el país entero.

Solo algunos canales de TV de Buenos Aires tienen una llegada considerable a las audiencias provinciales. Eso no ocurre con los diarios o las radios porteñas que llegan bastante menos a esas audiencias. Pero la influencia sobre el gobierno nacional sí está monopolizada por los actores mediáticos porteños. *Clarín*, *Página 12*, *La Nación*, *Perfil*, *Clarín* o *Infobae* tienen más impacto sobre el gobierno nacional que la acumulación de las cabeceras provinciales. En el ranking de medios digitales de Comscore aparecen recién en el séptimo puesto (*diario Uno*) y octavo (*La Voz del Interior*).

Un periodismo federal territorializa la información sobre las políticas públicas, hace valer lo mismo el interés de un ciudadano o ciudadana más allá de su provincia de residencia. Pero eso ha

ocurrido solo por excepción en nuestra historia. El federalismo es la igualdad democrática expresada territorialmente, y el unitarismo suele promover la desigualdad en la intensidad de ciudadanía de acuerdo al lugar de residencia.

Durante un siglo y medio un país creado por las provincias ha parido un gobierno nacional que las puso como dependientes suyas, en un curioso proceso histórico de retroversión del poder. Además, si la prensa no es federal, también es más difícil el surgimiento de un pensamiento federal. Si no está en la agenda la desigualdad regional en las políticas públicas, es más difícil que se produzca una discusión y reflexión reformista. Si no tenemos usinas potentes de pensamiento federal puede ser en alguna medida porque apenas está en la agenda periodística.

Y esas voces que tienen alcance nacional no tienen un contenido federal. Hablan casi siempre de Buenos Aires y de lo que pasa allí. Aquí es extremo, pero en otros países también hay grados de unitarismo. Incluso quienes trabajan en la BBC en la capital del Reino Unido hablan de la “burbuja Londres” para tratar de evitar el imán de trabajar sobre todo desde la capital.

Quizás nos deberíamos remontar a la Confederación Argentina, liderada por Justo José de Urquiza, para encontrar un momento histórico cuando el periodismo de las provincias tuvo incidencia nacional. Eso era porque Urquiza financiaba medios en varias provincias para defenderse del periodismo porteño. Después de esos primeros años de organización nacional, el periodismo porteño restituyó por completo su hegemonía excluyente. Así, en lo mediático, lo nacional es lo porteño.

MEDIOS INSOLENTES

Fue casi una insolencia con nuestra historia mediática el intento de la cordobesa Cadena 3 de tener una voz nacional, logrando una escucha interesante entre los porteños; *Página 12* y *Perfil* tienen iniciativas en provincias; *TN* y la *CNN* están haciendo esfuerzos interesantes para rastrear información en todas las provincias, a través de corresponsalías diversas, pero eso no construye una voz nacional. Por su parte, las históricas estructuras de corresponsales de *La Nación* y *Clarín* están alicaídas.

Los noticieros nacionales son, en realidad, locales. Una vida en Capital Federal vale más segundos televisivos que una vida en San Salvador de Jujuy o en Viedma. Un corte de calle en Puente Pueyrredón vale más que un accidente fatal en Tucumán.

Por supuesto, siempre existe una hipervisibilidad de las capitales, algo que también se da en las provincias, donde sus respectivos interiores suelen sufrir invisibilidad en los medios ubicados en los principales centros urbanos.

Pero, la lógica del mercado es siempre una construcción cultural e histórica. Un medio podría resultar realmente exitoso justamente porque es capaz de contener la conversación nacional en la forma más pluralista posible desde lo social y lo geográfico.

La interpretación que se hace de la “lógica del mercado” lleva a concentrarse en los grandes núcleos urbanos (sobre todo la burbuja Buenos Aires) y en la clase media y alta. En un artículo anterior, analizamos cómo esa supuesta “lógica del mercado” también puede alejar al periodismo de un reflejo inclusivo de todos los sectores sociales.

A los ciudadanos de cada provincia los informan periodistas locales, pero la conversación que incide en el gobierno nacional es

la de los periodistas ubicados en Buenos Aires. Federalismo sería que en la conversación nacional existiese la incidencia de varios criterios periodísticos regionales, y no solo el criterio porteño.

Así como la profesión médica tiene que llegar a toda la sociedad, más allá de la rentabilidad de su servicio, o la profesión de los abogados tiene que ofrecer servicios de justicia a todos, la profesión periodística es un servicio que debe llegar a todas las fronteras geográficas y sociales. Los medios públicos son una alternativa federal, pero su servicio tiene limitaciones, como es el caso de la TV Pública que no tiene ningún corresponsal fuera de Buenos Aires. Por eso, fue valiosa la iniciativa de su último gerente de *Noticias*, Néstor Sclauzero, de traer conductores de las provincias para poder ir construyendo esta voz federal que el país tanto necesita. Sería muy positivo que las nuevas autoridades pudieran consolidar un diálogo interno que encuentre formas posibles de ampliar la perspectiva federal de su pantalla informativa.

Además, para la televisión pública, el federalismo no es una opción sino una exigencia jurídica. La ley 26.522, en su artículo 3, inciso 2), establece como un objetivo “la promoción del federalismo”, y en el artículo 122, inciso 6), establece que debe “difundir las actividades de los poderes del Estado en los ámbitos nacional, provincial, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y municipal”. Todo contribuyente, más allá de dónde viva, paga la cuenta de los medios públicos, y por eso no puede haber un desnivel tan notorio en el servicio periodístico que reciben. Así como los hospitales y escuelas públicas deben ser inclusivas al máximo, de la misma forma pasa con los medios que son propiedad de los estados. Si estos medios se dedican solo a difundir la voz del gobierno nacional, o reproducen la lógica de los medios comerciales de la

Capital Federal, no cumplen su rol, son superfluos y carísimos -en esta situación de inmenso déficit del gasto estatal.

PANTALLAS NACIONALES

La pantalla es nacional si en ella está el país, no solo el núcleo urbano Buenos Aires. Pero los medios ubicados en la capital no extienden su cobertura más allá de las zonas centrales de la ciudad. Incluso, en la medida en que entramos al Gran Buenos Aires la cobertura se extingue, a no ser que sea hacia el corredor norte, que es una extensión mediática de la capital porteña. Federalizar es también tratar a los partidos del Gran Buenos Aires en forma diferenciada, dado que tienen dimensiones provinciales. No es lo mismo San Martín que Florencio Varela, o Moreno.

Si, a la burbuja Buenos Aires, se le agrega cierta burbuja de clase media en la que está encapsulado el periodismo argentino, esto nos ayuda a entender algo de su dificultad para conectarse con todo el país, y todos los sectores sociales. Y también nos marca el camino para el futuro.

Un ejemplo interesante es cuando la jefatura de gabinete presenta su informe mensual en el Congreso de la Nación, y la cobertura suele extraviarse en las chispas del debate y la anécdota política, y no aprovecha la enorme cantidad de información de cada zona del país que se distribuye en esos importantes actos institucionales. En esos informes que preparan los sucesivos jefes de gabinete hay muy abundante información, pero varias veces he rastreado la información periodística posterior y esa riqueza de datos no suele aparecer ni en los medios porteños ni en los del resto de las provincias.

Esto me confirma la creencia, ratificada en cientos de conversaciones estos años con periodistas de todas las provincias del país, que tampoco el periodismo desde las provincias se articula para hacer frente a este abuso de geografía dominante que hace, por inercia histórica, el periodismo desde Buenos Aires.

De todas formas, la visión federal no es solo una estructura de corresponsales, sino una nueva visión. Se puede tener una gran estructura de corresponsales y una visión unitaria. Si los periodistas del norte o del sur hacen las mismas preguntas al presidente o un ministro sobre el juego político que podría hacer un periodista porteño, eso no es federalismo porque la pregunta tenga distinta tonada. Una visión federal del periodismo implica adoptar criterios periodísticos que territorialicen las políticas públicas. Se puede tener corresponsales en todas las provincias, pero no analizar en forma federal una política pública, como puede ser la Ley de Solidaridad Social y Reactivación Productiva, o cualquier otra relevante de la actualidad. Federalismo periodístico es, desde este punto de vista, entender qué región paga y qué región cobra, cómo se distribuyen geográficamente los ganadores y los perdedores, y cuál es el contorno de esas estructuras que generan esa distribución entre las distintas jurisdicciones. La construcción de una visión federal es hacer visible el actual unitarismo en el cual los presidentes -cualquiera fuera- distribuyen como reyes recursos que vienen de sus distintos reinos.

Por eso, la visión federal del periodismo no es solo una eficaz recolección de noticias locales, sino sobre todo un enfoque territorial para las noticias nacionales. El Foro de Periodismo Argentino (Fopea) está promoviendo discusiones en todo el país y va a hacer llegar sus propuestas a las autoridades nacionales. Entre otras, se discute que, tanto la presidencia, como las vocerías de los

ministerios nacionales presenten la información de las políticas públicas en forma federalizada. También se harán propuestas para federalizar la pauta oficial, y para federalizar las conferencias de prensa tanto del presidente como de los ministros.

El federalismo periodístico implica entender cómo impacta una política pública en cada provincia, no en una visión general que cubre el país como si en cada lugar repercutiera de la misma forma.

A veces, las estrategias de comunicación gubernamental desde el estado nacional consolidan la hegemonía unitaria. La información que transmiten a los periodistas no suele tener la política pública territorializada. Son cifras y contenidos “nacionales” donde no aparece discriminada su aplicación regional y provincial. El federalismo periodístico implica entender cómo impacta una política pública en cada provincia, no en una visión general que cubre el país como si en cada lugar repercutiera de la misma forma.

Así, el presidente y los ministros del gobierno nacional deberían federalizar sus prácticas informativas. Es probable que un periodista de Salta, Chaco o de Río Negro pueda hablar con el ministro del gobierno nacional solo si este viaja a esa provincia y tiene interés de que su visita esté presente en la agenda. Si no, será muy difícil. Por lo tanto, los ministros nacionales son sobre todo interpelados por los periodistas residentes en Buenos Aires, los que no suelen tener una visión federalizada de la política pública. Son poquísimos los medios de las provincias que tienen corresponsales en Buenos Aires.

Dos o tres gobernadores que se reúnan tienen todo el derecho de convertirse en una noticia nacional. Pero la única vez que eso podría ocurrir es si se reúnen con el presidente.

La crisis que existe en las agencias periodísticas puede haber agravado el problema. El cierre de *Diarios y Noticias* (DYN) en el 2017 y la situación difícil en *Noticias Argentinas* (NA) han hecho a los medios de las provincias más dependientes de los medios de Buenos Aires y, sobre todo, han afectado la cantidad de información de una provincia que circula en las otras. Entonces, la información proveniente del centro político y social del país ha crecido aún más en importancia relativa con respecto a la generada en el resto de las provincias.

Resta entender qué impacto tienen las redes sociales en la federalización de la agenda mediática nacional, con su capacidad de visibilizar la conversación en cada territorio. Pero no parece tener un impacto sostenido, más allá de ocasionales y fugaces viralizaciones.

Si, a la burbuja Buenos Aires, se le agrega cierta burbuja de clase media en la que está encapsulado el periodismo argentino, esto nos ayuda a entender algo de su dificultad para conectarse con todo el país, y todos los sectores sociales. Y también nos marca el camino para el futuro.

LOS PERIODISTAS Y LA EPIDEMIA DEL CORONAVIRUS

La Nación, 18 de marzo del 2020





Ilustración: Javier Joaquín.

Hace 151 años Buenos Aires fue asolada por la fiebre amarilla. Esa tragedia cambió la faz de la ciudad: desplazó su eje del sur al norte, impulsó una forzosa migración interna que expandió el crecimiento de nuevos barrios como Recoleta, Belgrano o Flores, y planchó otros como San Telmo o La Boca. En la reacción política y social frente a esa epidemia los periodistas tuvieron un rol central. Inédito antes y después. El presidente era Sarmiento, pero su rol fue menor. Como ocurre en las situaciones extremas, son los líderes de las ciudades los que ejercen la representación. Y no los líderes formales, sino los reales. Son momentos en los que la representación política de la gente pierde toda abstracción. Mandan los que demuestran capacidad de resolver y, solo mientras lo sigan demostrando. Los mandatos son fugaces, cambiantes, imprevistos.

La discusión sobre la causa del brote fue interminable. Se acusaba al Riachuelo, a que se tomaba el agua contaminada de los pozos de la primera napa, a los excrementos que habían utilizado para asegurar el empedrado en las calles, a los italianos que llegaban de los barcos, a los veteranos que regresaban de la guerra del Paraguay. Y cada acusación generaba conflicto y violencia. Los inmigrantes recién llegados eran estigmatizados y se los culpaba de la epidemia asegurando que eran ignorantes y supersticiosos y que por eso no tomaban medidas preventivas ni se dejaban atender por los médicos. Las autoridades en un primer

momento subestimaron los brotes y permitieron que se realizara el gigantesco Carnaval que todos los años llenaba las calles de gente, paralizando la ciudad. Y eso potenció la epidemia.

Pero, apenas enterrado el Carnaval, el contagio y los muertos se multiplicaron sin distinción de clases. Tantos que se tuvo que organizar a las apuradas un nuevo cementerio, con una donación de terrenos del Colegio Nacional de Buenos Aires, en lo que hoy es la Chacarita. Los representantes de la ciudad no dieron la talla. Las sesiones parlamentarias no se podían hacer por la ausencia de los legisladores, quienes se iban de la ciudad para escapar de la peste. Y, en esa circunstancia, los directores de los diarios de Buenos Aires, impulsados por el más popular de todos, Héctor Varela, director de *La Tribuna*, decidieron actuar y ocupar ese vacío de acción pública. También el editor de *La República*, el chileno Manuel Bilbao, fue uno de sus principales impulsores. La iniciativa consistió en crear un comité que gobernara la ciudad durante la epidemia de fiebre amarilla.

Existía una experiencia de 4 años antes, cuando la ciudad había padecido una epidemia de cólera, y ya se había armado una comisión de salubridad, aunque esa vez los periodistas no participaron. Ahora el procedimiento fue extraordinario. Desde los diarios convocaron al pueblo de la ciudad a la Plaza de la Victoria (actual Plaza de Mayo) para el lunes 13 de marzo. Ese día, los directores de la prensa porteña llegaron desfilando rodeados de una banda de música. Subieron las escalinatas de la Catedral de Buenos Aires, y desde allí arengaron a los miles de porteños presentes. Fue un acto políglota porque la ciudad de 1871 era ya un mosaico de lenguas, por lo que varios de los directores hablaban en italiano, inglés o yiddish. Fueron 14 diarios los que confluyeron; 6, de comunidades extranjeras. Entre los diarios

había dos recién nacidos, con 1 y 2 años de vida respectivamente: la nación y *La Prensa*.

El acto fue un éxito. Las crónicas dicen que hubo 8000 personas en la plaza, mucha más gente que la que solía votar en una elección. Y los directores se hicieron votar, a mano alzada, para integrar una flamante Comisión Popular de Salubridad, que se encargaría de gestionar el combate a la fiebre amarilla. Una vez aprobado el nuevo “gobierno”, los directores pidieron al pueblo presente que no se moviera de la plaza, mientras ellos iban en sendas delegaciones a pedir presupuesto al presidente Sarmiento, que estaba en el Fuerte en la misma plaza, y al gobernador, que tenía su sede en la calle Moreno. Al rato volvieron las delegaciones a la plaza y anunciaron que contarían con esa asignación presupuestaria de emergencia. De esa forma, se inició una acción pública que duró más de 60 días y gobernó de hecho la ciudad hasta el fin de la peste. Pedían donaciones. Las rechazaban si les parecía que los más acaudalados no eran suficientemente generosos. Distribuían alimentos. Atendían a los pobres. Resolvían qué casas se quemaban, las familias que se desalojaban, los conventillos que se destruían. Organizaban los equipos de asistencia. Decidían quiénes eran los que tenían alguna esperanza de salvarse. Organizaban el traslado de los muertos. Incluso llegaron a resolver la evacuación de la ciudad.

En la Comisión también se integraron médicos. Así, dos profesiones asumieron la gestión de la crisis. Y su acción no parece haber sido un acto de oportunismo político, sino puro servicio a la comunidad. Se publicaban en los diarios los domicilios de los miembros de la Comisión para que quien necesitara pidiera ayuda. Directores y periodistas estaban al servicio de la ciudad. Como muchos otros, el redactor de *La Nación*, Ricardo Gutiérrez,

que había sido médico en la Guerra del Paraguay, recorría la ciudad atendiendo a las víctimas; 4 años después fue el impulsor del Hospital de Niños, que hoy lleva su nombre. Quien fue elegido presidente de la Comisión, el médico Roque Pérez, falleció por la epidemia. También murió Francisco López Torres, director de *La Discusión*. López Torres se había opuesto al principio a esta idea diciendo que era crear una liga de intereses particulares, pero luego se plegó y fue muy activo en la defensa de la ciudad contra la peste. A *La Tribuna* se le murieron 15 empleados, incluso Varela cayó enfermo.

Esa era una ciudad de alrededor de 200.000 habitantes, entre los que la mitad eran extranjeros, y solo el 10% sabía leer y escribir, según el censo de 1869. Ningún diario vendía más de 5000 ejemplares. Se suspendieron las clases, los comercios, los tribunales, el vencimiento de las deudas, las misas, pero siempre hubo diarios. La primera noticia de la peste fue el primer día de febrero, con 4 muertos en San Telmo y, su mejor cronista, el periodista catamarqueño Mardoqueo Navarro, dio por terminada la fiebre amarilla en su diario personal el 22 de junio. Durante 3 meses, los diferentes sectores hicieron un paréntesis en sus guerras mediáticas. Se ocuparon de la comunidad. El nosotros al cual sirvieron no fue sectario, no era un mensaje solo para los nuestros, sino que intentaron esa vez llegar a todos. No hubo política facciosa frente a la epidemia. Y el resultado fue el éxito.

Hoy la amenaza del coronavirus puede exigir, adaptada a esta época, un espíritu similar. Una nueva actitud que cierre una grieta que la sociedad y el periodismo no toleran más. Las columnas de este nuevo tiempo podrían ser la calidad de la información y el servicio a la comunidad. Nada más que eso es lo que identifica al buen periodismo. Un siglo y medio después, el

periodismo sigue siendo un eje central de la vida pública. Por eso, cómo este responda a las crisis es una de las preguntas fundamentales para saber si los costos del drama serán enormes o estos se minimizarán gracias a la responsabilidad de todos.

CÓMO VOLVER MEJORES DESPUÉS DE LA PANDEMIA

La Nación, 30 de abril del 2020





Ilustración: Sebastian Dufour.

Aunque hasta Pericles murió por la peste de Atenas, nosotros, los actuales inquilinos de la Tierra, le habíamos perdido el miedo a eso que tanto temían los antiguos. En la medida en que este beso de la muerte se expanda, nos sentiremos más cerca de ellos, entendiendo mejor nuestra escuálida condición humana, y recordando de golpe una historia llena de pandemias que cambiaron la civilización. Este miedo recobrado es un aprendizaje brutal y global. Nos debería ayudar a volver mejores. Pero, como suele ocurrir, la humanidad olvida y, a los pocos días de terminada la epidemia, podríamos volver a nuestra vida y espíritu habituales.

Sin duda, algunas escenas ya nos acompañarán por siempre. La naturaleza recuperando su espacio frente a la presión humana. Los aeropuertos desiertos. Las avenidas hechas peatonales de varios carriles. Los balcones convertidos en atriles de asambleas vecinales. El retorno de las aduanas provinciales y del permiso para entrar y salir de las ciudades. Y otros registros muy personales: un convoy militar ruso entrando en Italia, un patrullero en el barrio porteño de Saavedra tocando sirena en una tarde de sábado para detener a una joven que caminaba tranquila con sus auriculares, policías con trajes sanitarios blancos persiguiendo estudiantes en un parque tucumano. Cada uno guardará sus recuerdos, que nutrirán la leyenda.

Nuestra última gran experiencia previa fue hace un siglo. La llamada fiebre española, que asoló a Europa en 1918 y 1919, al principio no fue una noticia local que impactó en nuestro país. El investigador cordobés Adrián Carbonetti explica que, si bien las primeras noticias de la peste en Europa que mataría millones en el mundo, se publicaron en mayo de 1918, la primera reacción de los porteños, según *La Nación* de aquellos días, fue burlarse del peligro y salir a pasear por la ciudad. Si logramos estar fuera de la guerra también estaremos fuera de la peste, se pensaba. Solo cuando en los primeros días de octubre de ese año hubo un pico de muertos en la ciudad, cerraron las escuelas y se prohibió la asistencia a los cementerios, se intentó la limpieza del Riachuelo y, seguramente con hostilidad, organizaron el control sanitario a los inmigrantes que bajaban de los barcos.

Después, en enero de 1919, sucedió la Semana Trágica, donde Buenos Aires estalló de furia política y social bajo un calor infernal. Y en ese contexto, nadie se acordó del virus, que permaneció agazapado. Pero con el frío del invierno de 1919 hubo un rebote, y allí la mortalidad fue mayor, sobre todo en las provincias del norte del país. Aquí hay un aprendizaje concreto. Quienes estudian las epidemias parecen coincidir en que su capacidad de infectar puede ser muy igualitaria entre integrados y excluidos, pero la desigualdad se refleja con crudeza en los índices de mortalidad. Allí la epidemia tiene impacto desigual de acuerdo con las condiciones de vida e infraestructura de salud. Los virus, como un torrente de agua, recorren los vericuetos y nichos sociales en los que se estructura una sociedad determinada, haciendo diferentes estragos en cada uno.

Por eso, el periodismo no es solo transmisor de informaciones oficiales, de consejos médicos y de disposiciones policiales. Como lo está haciendo en muchos casos, tiene que describir cómo la

epidemia circula por el laberinto social; analiza en qué sectores etarios, sociales o territoriales está avanzando con más fuerza y en cuáles con menos; nos saca a cada uno de nuestra burbuja y nos inserta en la experiencia comunitaria y mundial. Sin ese nivel de comprensión colectiva, no hay victoria. En todos los países, menos en la dictadura china, se reconoció en estos días el rol del periodismo. Una reciente nota de *Folha de São Paulo* reflejaba encuestas de varios países donde crecía la confianza en los periodistas.

Y esto es importante pues es un actor que contribuye a la fabricación de los consensos y, en una democracia, la acción colectiva es construida sobre la base del entendimiento que alcanza una sociedad; como diría el pensador alemán Jürgen Habermas, el entendimiento funciona como mecanismo coordinador de la acción. Una de las claves en esta forma de encarar los asuntos públicos es construir una base informativa común, donde el periodismo profesional, más allá de su orientación ideológica, verifica información de interés público, la jerarquiza y la ofrece para la orientación social. Es un momento de fuerte autocontrol en la opinión de los periodistas, pues puede haber errores graves. Esto nos puede hacer volver mejores una vez que termine, frenando un poco cierta borrachera de opinión periodística.

También resulta interesante aprender de la historia que gran parte del desastre que produjo la fiebre española tuvo que ver con países que tenían una censura de guerra, y esa desinformación fue un impulso para el virus. Unos años después, el economista y Premio Nobel indio Amartya Sen estudió el rol de la libertad de prensa para defender la salud pública, justamente en China. Sen investigó las hambrunas en China y, en el mismo momento, la falta de hambrunas en la India, y señalaba a la libertad de prensa india como una de las razones. La libertad de prensa es darles voz no solo a los periodistas, sino también a una enorme variedad de

víctimas, por lo tanto sacar esa libertad a los periodistas silencia a esas víctimas, como pasó en China durante las hambrunas. Y pasó también a fines de 2019 con el comienzo de esta epidemia en Wuhan. También ocurre que la amplia libertad de prensa mejora la información que tienen los ciudadanos, pero de la misma forma mejora la que tiene disponible el propio Estado, enredado en su propia burocracia.

El pensador israelí Yuval Noah Harari escribió en el *Financial Times* que esta pandemia exige recrear la confianza, entre otras instituciones, en el periodismo, para que la población organice su acción colectiva de forma que no se perjudique a sí misma, y no despusite la tentación autoritaria del Estado policial. Nada más poderoso en una democracia, sugiere Harari, que una ciudadanía bien informada.

Y eso parece estar pasando, como también reconocen las autoridades políticas que tenían una visión crítica del periodismo. El periodismo comprende su desafío y por eso los principales medios del mundo y de la Argentina levantaron los muros de pago y abrieron su contenido a todos los lectores, a pesar de que el sector vive una economía también de emergencia. Cuando la web cumplió sus 30 años, entramos en la fase jacobina de la revolución digital. Los cambios de hábitos que caminaban lento en este apagón analógico se hacen en minutos. Y quizás en el futuro nos pase lo mismo con el cambio climático, cuando alguna conmoción acelere dramáticamente la velocidad de ejecución de una agenda ya instalada de transiciones necesarias para tener un planeta más limpio, pero que se cumplieran con mucha lentitud. Son hechos que cierran la discusión y aceleran los cambios. Así, en fin, volver mejores implica hacerlo con una mayor conciencia de comunidad. Quizás ese es un aprendizaje de los antiguos que nosotros habíamos olvidado.

EL PERIODISMO PROFESIONAL Y LAS NECESIDADES SOCIALES

Anuario FOPEA, 3 de mayo del 2020

Los golpes a la legitimidad del periodismo, los que han sido por errores propios y por ataques desde afuera, nos han afectado la capacidad de ampliar una alianza social que apoye nuestra necesaria libertad profesional. Quizás por eso es necesaria una renovación conceptual que consolide un nuevo consenso alrededor de los periodistas que realizan su trabajo con dignidad.

Al recorrer nuestro país vemos que, a veces, el periodismo parece haber quedado encerrado en sectores políticos, cuando su labor no es partidaria. O en sectores sociales medios y altos, a pesar de que en América Latina las sociedades son mucho más amplias que eso. Y ambas limitaciones pueden dejarnos encarcelados en agendas temáticas estrechas. Además, si el gran prestigio de otras épocas, que llenó las facultades con jóvenes que querían ser periodistas, nos convirtió en poderosos agentes de opinión, una cierta borrachera de opiniones podría haber colaborado en la reducción de legitimidad actual.

FOPEA está en todas las provincias argentinas y en cada una de ellas describe, desde el Monitoreo de Libertad de Expresión, el mapa de las restricciones profesionales. Ya sea por la acción de poderes políticos o económicos, o por las limitaciones que imponen algunos dueños de medios, nuestro escenario es difícil. Por ahora, desde FOPEA todavía estamos a mitad de camino. Somos eficaces

para alertar de las agresiones puntuales, pero nos falta avanzar sobre las limitaciones estructurales. En muchas zonas del país, aunque casi no haya agresiones contra los periodistas, su situación real es de una mínima libertad profesional, y eso todavía no lo visibilizamos en forma suficiente.

Como decíamos, el periodismo necesita un mayor apoyo social. A pesar de nuestra evidente necesidad de mayor autocrítica, muchos de los ataques recibidos fueron tan injustos como exitosos y nos han alejado de gran parte de la ciudadanía que ahora debemos recuperar para que nos vuelva a creer y poder servirla. Por eso, es necesario explicar mejor para qué estamos. Y eso significa sostener con fuerza que pedir libertad profesional no es un capricho corporativo. En realidad, la libertad de los periodistas de trabajar con calidad es un mecanismo insustituible para que los distintos sectores puedan expresar sus necesidades sociales.

Esta libertad no es un lujo para ricos, poderosos o sobresatisfechos, o una “libertad burguesa” como se decía antes, sino que son libertades esenciales para representar, con autonomía profesional, las necesidades, ideas e intereses de toda la ciudadanía, y no solo de los que están al lado del poder y no lo necesitan. Esto incluye poder contribuir a hacer efectivo el derecho de todos a opinar, proponer, debatir, criticar, vigilar, calificar e influir. La idea de algunos de que solo los que son votados pueden realizar esas acciones públicas mutila la expresión democrática del pueblo. Además, siempre ha ocurrido que las restricciones al periodismo son sostenidas por la voluntad autoritaria de restringir determinados derechos.

Así, en cualquier región del país y en cualquier medio, la limitación a nuestra libertad profesional es un apagón masivo

a amplios sectores sociales que perderían la capacidad de decir algo en público e insertarse en la conversación ciudadana. En nuestra historia, cada vez que el periodismo se cerró, una oscuridad represiva cayó sobre una parte o toda la sociedad argentina; y, por el contrario, las aperturas políticas fueron también una expansión notable de la libertad profesional.

Como dice Pierre Rosanvallon, la desconfianza hacia los poderes, sean electos o no, es una dimensión democrática clave de la historia contemporánea. Y esas expresiones se debilitan si no aparecen en el espacio del periodismo, dado que este transporta al foro público muchas más voces ajenas que propias.

Uno de los roles esenciales de nuestra labor profesional es bucear en las opacidades del Estado que pueden ser fuente de corrupción, ineficiencia o autoritarismo. El Estado debería ser lo más transparente posible para los ciudadanos, y por eso los periodistas son iluminadores permanentes de esas áreas oscuras.

También hay opacidades en la sociedad que permiten la explotación, el abuso o el agravio a sectores sociales por parte de privados. El mercado puede ser un espacio de creación de riqueza y de destrucción de personas al mismo tiempo, por lo tanto, la transparencia es una exigencia que el periodismo debe reclamar aquí también.

En última instancia, de alguna forma, podemos llamar calidad periodística al proceso por medio del cual el periodismo contribuye a domesticar al Estado y la economía. Y, para poder hacer eso, necesitamos libertad de expresión. La libertad profesional de los periodistas puede ser una fenomenal herramienta de transformación social, en un proceso de ampliación de voces que debemos reconocer como heterogéneas y nunca tratar de imponer su homogeneización.

Así, calidad y libertad de expresión son las dos banderas históricas de FOPEA. Alguien podría ver estos dos objetivos como contradictorios, pero para nosotros se refuerzan mutuamente. Por un lado, se trata de defender al periodismo. Y, por el otro, de criticarlo. Por eso no hacemos corporativismo. Sabemos que en los medios hay muchos actores a los que no les interesa la calidad profesional. A nosotros, sí. Y estamos convencidos de que promover el proceso autocrítico nos hace más fuertes para defender la libertad de los periodistas.

¿DÓNDE ESTÁ EL SECTOR PRIVADO?

La Nación, 2 de junio del 2020

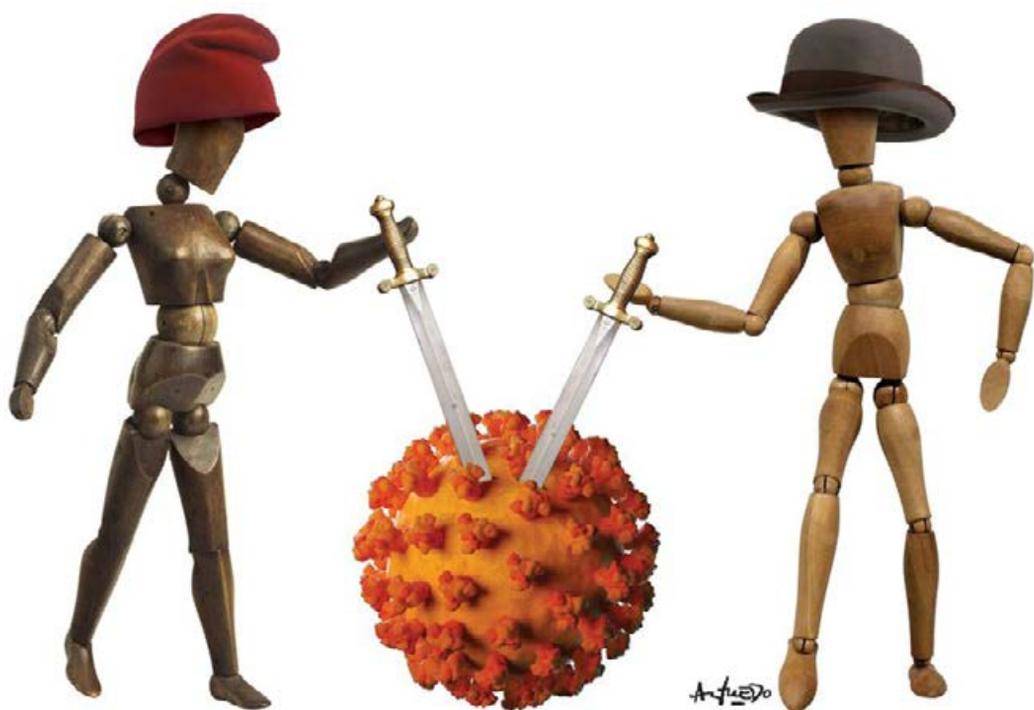




Ilustración: Alfredo Sabat.

Los historiadores aún discuten si la peste negra parió al Renacimiento. Fue un virus mortal del siglo XIV que viajó de Asia a Italia y mató a alrededor de un tercio de la población de la Europa medieval, un impacto superior a cualquier guerra. Según la gran historiadora Barbara Tuchman, para las elites esa pandemia fue producto de los astros –en especial cierta convergencia entre Saturno, Júpiter y Marte–, y para los pueblos fue un enojo divino por los pecados humanos. Por eso, los llamados flagelantes recorrían las ciudades castigando sus cuerpos para pedir el perdón de Dios, y luego terminaban su ruta de sangre acorralando judíos para asesinarlos por la *fake news* de que envenenaban los pozos.

En esa época, el rol de la Organización Mundial de la Salud lo cumplía el médico del papa. Guy de Chauliac rodeó a Clemente VI de barriles de aceite ardiendo para evitar con nubes de vapor que el virus matara al pontífice. Claro que no era una medicina para todos. Siete siglos después, varias de las explicaciones de la actual ola de muerte también dicen que es un castigo a los hombres por sus acciones. Entre las acusaciones más moralistas hablan de codicia o frivolidad, y entre las más politizadas, de capitalismo, iniciativa privada o neoliberalismo. Usan la pandemia para ajustar cuentas con aquello que no les gusta. Pero una cosa es que tengamos que cambiar para defender mejor la salud colectiva y otra, que la culpa sea humana.

Por eso, no es tiempo de flagelantes, que crean chivos expiatorios para destruir lo que detestan, sino de incentivar la imaginación sobre lo público. Esa sería la revolución de la pospandemia, nuestro Renacimiento: encontrar una nueva hibridez en la relación público-privado que potencie las energías sociales.

En China, la mordaza estatal agredió la salud de su población. Y todos aprendimos que la falta de libertad de expresión en China es un problema para la salud mundial

Esta discusión ya ocurre. En China, la mordaza estatal agredió la salud de su población. Y todos aprendimos que la falta de libertad de expresión en China es un problema para la salud mundial. Por otra parte, los Estados asiáticos democráticos pudieron aplicar técnicas de contención diferentes que las de los países europeos, entre otras cosas por un diferente tramado de lo público. Los alemanes dudaban de las técnicas de trazado digital de la proximidad que usaron en Corea del Sur por temor a su intromisión en la privacidad. Aunque sabemos hace rato que vivimos en una sociedad bluetooth, donde los dispositivos dialogan más que las personas, todavía no lo asumimos.

En Estados Unidos, esa hibridez entre lo público y lo privado recorre distinto cada estado hasta ver escenas distópicas en las que familias con fusiles de asalto protestan, frente a la legislatura, contra una gobernadora que les exigía la cuarentena. Al ver esas imágenes tuve que confirmar que no estaba viendo la serie *Sobreviviente designado* en Netflix; mientras, en Nueva York, las fosas comunes remiten a *La guerra de los mundos*, de Orson Welles. Es hora de reconocer que la ficción ayuda a entender algo de estos sucesos extraordinarios. En la geografía de América Latina se tensa al extremo la hibridez entre lo público y lo privado, y se ve, desnudo, el real tejido colectivo. Insertamos un fraseo de ciencia

ficción como aislamiento social y obligatorio en la Argentina, jornada nacional de sana distancia en México, inamovilidad social obligatoria en Perú o el estado de excepción constitucional de catástrofe en Chile. Pero esas órdenes emitidas desde el centro del Estado recorren en forma desigual el laberinto social.

Es transparente cómo la voz del Estado es obedecida o no, adónde llega y adónde no su real gobierno. En parte del Amazonas se habla de etnocidio, mientras en otras zonas del Perú los comités de autodefensa organizan las cuarentenas, y cada barrio popular de América Latina tiene su mezcla híbrida de organización comunitaria y ayuda estatal. Hasta la sociedad incivil participa, como las pandillas salvadoreñas, tiranas de territorios, intimidando a batazos a los vecinos para que cumplan con la cuarentena. El desafío de imaginar lo público es, en gran medida, repensar el Estado. Y aquí es donde hay un actor ausente en la narrativa social, el sector privado, lo que mostraría que nuestro estatismo puede tener más que ver con una cultura extendida que con determinada posición ideológica.

En estas intensas semanas, hubo pocas iniciativas privadas de impacto en la conversación pública. ¿Será que tantos años de buscar salidas individuales a los problemas colectivos nos dejan sin saber pensarnos juntos? Hasta nos cuesta entender que no hay contradicción entre un gobierno de CEO y otro de científicos. Ambos son ingredientes esenciales en una gestión eficaz de lo público, por lo que es preocupante que alguno no esté. Este país sería una potencia mundial si dejara de encontrar pantanosos antagonismos donde no los hay. Pero, a pesar que pareciera que desde la sociedad solo surgen microgestos de “responsabilidad social”, sabemos que pensar la producción, la salud o la educación son ejercicios constantes del sector privado. Por ejemplo, según el

Ministerio de Salud de la Nación, alrededor del 70% de los contagiados por el virus tienen cobertura de obras sociales y prepagas, mientras que el 30% tienen cobertura estatal exclusiva. Este es un buen ejemplo de que una de las claves del progreso es tener gran parte de nuestro interés colectivo gestionado en forma privada.

Esto es lo que la doctrina social de la Iglesia llama principio de subsidiariedad. La sociedad no está regida por una centralización estatal ilustrada, sino por el esfuerzo de todos en un trabajo subsidiariamente organizado, donde la instancia superior no reemplaza lo que la inferior puede hacer. Si se piensa lo público como coto exclusivo del Estado se mutila la fuerza social. Por eso, recrear lo público es, sobre todo, dinamizar el mercado y la organización social.

También desde el periodismo podemos tener una visión Estadocéntrica, dejando en la sombra la gestión privada de lo público. Por ejemplo, ese rol esencial de la medicina privada en la lucha contra el virus queda subestimado en el discurso público, como ocurre con la educación privada, la creación de empleo, la economía popular y muchas áreas de la vida social.

Una cosa es que el Estado sea la última instancia de protección de lo social, como dice con razón el reconocido intelectual boliviano Álvaro García Linera, y otra, que subsumamos y ninguneemos lo privado en la construcción de lo colectivo. El esfuerzo privado para los objetivos públicos no tiene una equivalencia narrativa en nuestros debates con el lugar de lo estatal. Y eso es también por una estatización del discurso donde los actores privados no logran articular voces fuertes y creíbles.

Ya estábamos en emergencia económica antes del virus, por lo que el apilamiento de tormentas podría competir por ser una de las mayores crisis desde la organización nacional. Pero en esta

nueva hora cero la sociedad parece estar dándole una oportunidad a la política para un acuerdo real, una de cuyas claves es pensar que el déficit de imaginación pública es más grave que el déficit fiscal. Dice Tuchman en *Un espejo lejano*, su análisis del origen de la sociedad occidental moderna, que la peste negra “tal vez fue el comienzo no reconocido del hombre moderno”. Hoy este abismo quizás ayude a una reinención de lo público que evite un recurrente fracaso al que nos llevarían los falsos flagelantes.

EL PERIODISMO NO PUEDE CHOCAR DOS VECES CON LA MISMA GRIETA

Infobae, 7 de junio del 2020

La pandemia puede redefinir nuestra democracia. Las tensiones previas y las que vendrán impactan en cada una de nuestras instituciones y actores principales. Y en esta reinención nacional el periodismo será un actor positivo si adhiere con firmeza a sus mejores estándares profesionales.

Para ello hay que entender el poder del periodismo, no negarlo. Es una profesión poderosa que tiene una enorme capacidad de servicio. Pero mal usada puede ser un pasivo para la comunidad. Ya decía Albert Camus que “contar mal las cosas es aumentar las desgracias del mundo”.

Dentro de lo que se llama periodismo profesional hay muchos que no lo son. Están en otro juego. Usan el periodismo para otros objetivos. Pero la percepción de la población los pone a todos en la misma bolsa, y eso perjudica a los profesionales. No es lo mismo un panelista que opina sin control de lo que se acaba de enterar y juega a la volea con cualquier tema, que un periodista que talla una planilla excel todas las madrugadas para ir construyendo una nota que publicará en varias semanas; y no podemos comparar un comentarista militante que solo cuestiona a un lado de la grieta y es incapaz de analizar un dato por fuera de su baldosa política, con un periodista que escucha, está abierto a matizar su opinión y entender algo nuevo.

Así como un docente puede ser un aporte o una desgracia para sus alumnos, lo mismo ocurre con los periodistas con respecto a su audiencia. Un periodista que solo consulta a las fuentes con las que simpatiza, cuyas opiniones son endebles porque solo escucha a los que piensan como él, que no distingue entre la crítica y el agravio, que es incapaz de comunicarse con alguien que piensa distinto, no es un buen periodista. Puede ser un referente de opinión, un militante, un político con micrófono, un recitador de homilías, las que son todas actividades legítimas en una democracia. Pero nunca un buen periodista.

Hoy, la redefinición de la democracia argentina necesita más que nunca periodistas profesionales. La pandemia nos sirve como una gran terapia colectiva. Nos desnudó en forma imprevista. Y no estábamos preparados para esto. Es una situación límite que nos revela. Y por ahora, la buena noticia es que gran parte de la sociedad está premiando la búsqueda de consenso.

Es una oportunidad para el buen periodismo, si sale a reconocer las voces de todo el país otra vez, en todos los niveles sociales. Los medios no pueden ser solo foros de una parte de la clase media urbana, sino que tienen que conectar con lo que podemos llamar el círculo azul: personas situadas en cualquier lugar de la pirámide social dispuestas a mantener una relación honesta con la información. Ese es el público premium de un medio, cualquiera sea.

Por eso, la profesión no puede volver a los viejos tics. Si recae en la grieta, es un nuevo retroceso. Es el lugar de la deliberación pública informada donde se cocinan los nuevos consensos mínimos que pueden hacer avanzar al país. Por eso, necesitamos un periodismo para esa conversación nacional.

Para ello hay que fortalecer al periodismo que investiga la corrupción, no el que solo amplifica denuncias de otros que verifica solamente con las fuentes que coinciden con su línea editorial. La democracia necesita perros guardianes, no perros rabiosos.

También necesitamos corregir nuestros errores sin pensar que eso debilita nuestra credibilidad. Los medios de referencia mundial que todos admiramos tienen políticas muy activas de correcciones. Y eso aumenta su credibilidad. Nosotros copiamos muchas de sus prácticas, pero esa nos cuesta. Los que se animen a hacerlo van a liderar el cambio profesional en nuestro país.

Además, el uso de la grieta para impulsar audiencia es una malversación de la profesión y un daño consciente a nuestra vida pública. En estas semanas está creciendo el desquicio polarizante que nos acompaña desde hace años en el país. Las voces extremas tienen más alcance.

Pero el periodismo no puede ser arrastrado por esa espiral del odio. Sería una pendiente sin freno a una sociedad de haters.

Nuestro test individual para saber si en forma consciente o no estamos engrietados es si perdemos la capacidad de dialogar y entender a los antagonistas. Caerte como periodista en la grieta te lleva a una doble tragedia profesional: perdés capacidad de entender a tu sector antagonista porque reducís tu acceso a esas fuentes, y perdés tu capacidad de comunicar en forma creíble a la gran parte de la sociedad que adhiere a tus antagonistas. Tu periodismo pierde, entonces, calidad e impacto social.

La sociedad de la postpandemia necesita profesionales, no ejércitos mediáticos enfrentados.

Finalmente, es un test personal de vocación periodística. Si hay vocación, hay apertura a los datos y a su honesta interpretación. Ya vimos que la grieta te obliga a poner entre paréntesis tu práctica profesional. Y ahí la sociedad pierde su ancla informativa, que son los periodistas profesionales de referencia en cada lugar del país

LAS VÍCTIMAS DE LOS HALCONES

La Nación, 30 de julio del 2020





Ilustración: Alejandro Agdamus.

Si ya tenés una larga experiencia en tu vida laboral es que viviste el Rodrigazo, la crisis de 1981, la hiperinflación, el 2001 y la debacle actual. Ya sabés que los golpes económicos argentinos no son caídas, son nocauts. Y, si creés que zafaste de las garras de esos cinco colapsos económicos y sociales, no te la creas mucho porque vendrá una sexta. Imaginate entonces los de abajo cómo estarán.

A pesar de la sucesión de nocauts, es imposible no emocionarse cuando se ve el esfuerzo enorme de las familias que en su chaperío hogarizado de barrio humilde cuidan a sus hijos frente a las mil tormentas que los acosan. Nacidos en las cavas de la subciudadanía política, social y económica, ni ellos ni sus padres tuvieron oportunidades. Otros, en cambio, las tuvimos todas. Y podríamos decir que, quienes han tenido buena luna en su llegada al mundo, entre las oportunidades que tienen está la de ayudar a los que arrancaron sin suerte. Pero “mantener la mirada hacia el pobre es difícil”, dijo el papa Francisco hace unas semanas. Y ahora se trata de una mirada política, no solo humanitaria. Nadie se puede sentir bien, agregó Francisco, “cuando un miembro de la familia humana es dejado al margen y se convierte en una sombra”.

En América Latina, hay que escuchar más y renunciar rápido a una visión de país ideal. Hay que hacer el país posible con tus antagonistas

Por eso, en América Latina, hay que escuchar más y renunciar rápido a una visión de país ideal. Hay que hacer el país posible con tus antagonistas. Es la era de la soberanía del diálogo, donde la grieta es contra los que no quieren cruzar la grieta. Se trata de construir un país de mínimos, con respeto a las instituciones. Y ya sabemos que, desde México hasta la Argentina, los momentos más plenos de la historia coinciden con el cierre de conflictos persistentes. Habría que intentarlo. No creamos que sabemos cómo van a reaccionar personas con las que nunca hablamos. Los dialoguistas no son ingenuos ni cómplices si defienden su identidad real al mismo tiempo que rompen con la voluntad de no convivir con su antagonista.

Es la política la que tiene que crear las condiciones para iluminar a esas personas que hoy son sombras, y evitar el fracaso constante que nos hunde en el darwinismo social. Pero su lógica divisiva bloquea los esfuerzos. Ahora lo que ocurrió en la región es que si un gobierno decidió cuarentena estricta, la oposición pide liberar; y si el gobierno optó por liberalización, la oposición pide cuarentena. No importaba si eran derecha o izquierda –Bolsonaro en Brasil o López Obrador en México– la lógica fue la misma. La desconfianza siempre es motor de la política. Y ya lo decía François Guizot, gran político francés del siglo XIX, “la oposición gobierna sobre la parte del pueblo que desconfía del gobierno y aspira a cambiarlo”.

El 3 de marzo tuvimos nuestro primer caso de Covid-19 y luego los distintos países fuimos entrando como fichas de dominó a una cuarentena para gestionar el riesgo y evitar tener que

gestionar el pánico. Incluso algunos países de la región iniciaron cuarentena domiciliaria sin haber tenido un solo caso en el país. El público ya estaba cansado de esperar cuando empezó a llegar el famoso pico. Es como en esos partidos donde la concentración de los jugadores fue muy larga; o cuando los estudiantes se quedan sin dormir los días previos al examen; son situaciones donde se abandona por cansancio. Y ese tedio excita la disputa política. En varios países de América Latina la riña política buscó cuarentenas de países cercanos para tirarles al gobierno de turno. De todas formas, para la hora del Covid-20, si aprendimos algo es que la cuarentena se suaviza si tenemos internet. Podemos superar la distancia social y la inmovilidad con la presencialidad digital. Pero, si se desconecta esa red mágica, ni Dios nos mantiene un día enclaustrados. El mundo soporta una pandemia mucho mejor que un apagón de la red. Esto sería una noche muy oscura.

Otro caso es la presencialidad política. En la pandemia, la gestión de los líderes es frenética. En una entrevista con Joaquín Morales Solá, el Presidente dijo que su número de celular lo tiene todo el país, y hasta los argentinos varados le reclaman a su WhatsApp. El esquema radial fue marca de época del presidente Kirchner, pero ahora es radialidad más WhatsApp, más virtualidad, más un ritmo de trabajo frenético en una situación de pandemia mundial. El vértice supremo de la decisión de las políticas públicas vive una aceleración extraordinaria. Pero esa velocidad afecta directamente la política pública, lo que es propio de una crisis de esta magnitud.

Ese decisionismo desciende en forma difusa a los niveles inferiores del Estado. Cada semana, la “burocracia del nivel de calle” parece comenzar con una instrucción diferente, y así la política pública es necesariamente errática. El Estado, desde este punto

de vista, es gelatina. Depende así, más que nunca, del apoyo de la sociedad, que es quien coopera con su buena voluntad a la difícil ejecución de las políticas públicas. En la pandemia solo hay obediencia si hay consenso. También Guizot prevenía que “el poder está a medias vencido cuando el público juzga que está equivocado”.

Cuando Thomas Hobbes diseñó en 1651 la portada de su libro político clásico *Leviathan* parece haber puesto dos médicos en la frontera de la ciudad cuidándola de la peste. Se entendería así que esa protección la pensó como una de las funciones esenciales del Estado. Y hoy lo vivimos así en todo el mundo. Nuestros Estados democráticos juegan su legitimidad en la forma en que inducen la acción colectiva de sus millones de personas. Pero los gobernantes democráticos están conduciendo al filo del autoritarismo, y entienden bien que se los puede acusar en el futuro de abusos que luego la mayoría ciudadana negará desde su anonimato social haber promovido. Por supuesto, las democracias no deben temer. Prevalecerán sin duda. Solo tienen que confiar en sí mismas. Y aquí es importante decir que el periodismo es una de las instituciones necesarias para alentar esa confianza o dilapidarla.

Además, la democracia ofrece mayor flexibilidad que los autoritarismos entre los niveles de gobierno. En la reacción contra el avance del virus, la cooperación multinacional perdió terreno frente a los gobiernos nacionales, estos frente a los provinciales, estos frente a los municipales y, si es necesario, ya hemos visto que se entra en la etapa barrial de la reacción. Las democracias tienen el imán de la política en la base y, los autoritarismos, en la cúpula.

El tablero del acuerdo está disponible. La imaginación pública necesita, quizás en primer lugar, construir la escalera

que saque a los hundidos, incluso pensando alguna forma de renta universal mínima. También ha quedado expuesto que el AMBA es una realidad política no gobernada que exige un rediseño de sus límites políticos en su relación con la provincia de Buenos Aires. Pero la paradoja del consenso es que los acuerdos solo son creíbles si participan los halcones. Por eso, los que están atrapados en la fría sombra de la pobreza quizás no lo saben, pero su futuro depende de que los generales de la política se abstengan de seguir obteniendo dividendos de la grieta.

ELIGE TUS IMÁGENES PAGANAS

La Nación, 27 de agosto del 2020





Ilustración: Sebastian Dufour.

Sin haber tenido una guerra, los argentinos necesitan hacer la paz y recibir un plan Marshall. Es un gran mérito haber alcanzado semejante nivel de autodestrucción pacífica. Pero no es el tipo de mérito que hace prósperos a sus habitantes.

Algunos periodistas no son testigos, sino protagonistas de esos méritos, al igual que ocurre con otras profesiones que son articuladoras de la vida pública. Por ejemplo, las manipulaciones que se dan en el Poder Judicial no son ajenas a la complicidad de varios de sus integrantes y cuerpos profesionales. En otros países, los intentos de manipulación son frenados por la pared de la vergüenza profesional de los propios funcionarios judiciales. Por eso, en lugar de una reforma judicial, mejor sería un código de ética que todos los jueces y fiscales cumplieran. O lo mismo puede pasar con escribanos y contadores con la corrupción pública. Las profesiones son corresponsables, no testigos inocentes de la degradación de nuestra vida pública.

Y así como en el tránsito urbano, las profesiones deben estar señalizadas. Tiene que quedar claro cuáles son las conductas que están fuera de los estándares. Y el desarrollo de una profesión en un país, que viene desde las facultades donde se forman, tiene que ver con la creación de ese mapa de ruta, el cual, con un

permanente proceso de defensa y de autocrítica profesional, va actualizando sus valores a cada momento histórico.

Hoy el país necesita que sus cuerpos profesionales realicen esa discusión autocrítica profunda y establezcan mejores códigos de acción y, sobre todo, que los cumplan. Médicos, abogados, ingenieros, policías, educadores y periodistas no son testigos inocuos de una clase política que nos gobierna, sino columnas vertebrales del funcionamiento privado y público de la máquina social.

En el caso de los periodistas, necesitamos que hagan cuatro cosas:

- Que no agravien ni formulen acusaciones generalizantes, opiniones sábanas que suelen opacar cierta ignorancia por el detalle y los matices.
- Que no denuncien sin pruebas y sin intento de consulta a los denunciados, generando juicios públicos que puedan arrastrar injustamente la presunción de inocencia, muchas veces sobre la base de figuras que abusan de sus buenas competencias mediáticas para atacar a sus enemigos políticos y deslizan esas denuncias con una velocidad dañina para la reputación de las personas.
- Que opinen solo sobre lo que saben y que no sientan que la audiencia les pide su opinión sobre el tema del que se acaban de enterar.
- Y, por último, que corrijan regularmente sus errores, sabiendo que, en el periodismo, por la urgencia y las condiciones en que se accede a las fuentes, muchas veces tenemos informaciones provisorias y que, por lo tanto, se requiere un ajuste a medida que los acontecimientos se desarrollan.

Acá es importante marcar que quienes cruzan estas cuatro líneas rojas salen de la profesionalidad, y es posible que estén contribuyendo a intoxicar el debate público. Digamos que son periodistas en la banquina.

Por eso, si sos joven, periodista, y estás cruzando alguna de estas líneas rojas, sabé que estás entrando en el lado tóxico de la sociedad. Y ya hay demasiada gente que trabaja de engañar a los otros: fabricantes que producen bienes y servicios de mala calidad, negocios organizados para aprovecharse de la ignorancia de las personas, funcionarios que roban, profesionales que despliegan sus saberes para perjudicar a alguien o que prometen ayuda que saben que no van a dar. Por eso, desde el periodismo no podemos sumarnos a esa manada.

Un indicador definitivo de que un periodista ha descarrilado es cuando no puede presentar con justeza los argumentos de aquellos con los que antagoniza. Eso suele ocurrir cuando los periodistas se convierten en pastores de creyentes furiosos, más propio de una guerra religiosa que política.

Si un medio o periodista no puede explicar por qué un país vota masivamente lo opuesto a su línea editorial es que le está faltando curiosidad, que siempre ha sido uno de los grandes motores de la profesión, pues le da potencia de exploración social. En otras palabras, ese periodismo se convirtió en un medio de comunicación interno de un bloque social, sin arraigo ni contacto con el resto de la sociedad.

Pero salir de la grieta siempre tiene algo de salto al vacío. Cuando, en 1910, en la casa del diputado tucumano Manuel Paz, el líder radical Hipólito Yrigoyen se reunía en forma secreta con el designado presidente Roque Sáenz Peña para negociar la reforma electoral que fundó la Argentina moderna, Yrigoyen temía tanto

el fuego amigo del radicalismo cebado con el alzamiento revolucionario como las trampas que el nuevo presidente le pudiera hacer. También Sáenz Peña empezó a sentir más caricias desde la vereda de enfrente que desde la propia.

Lo mismo pasó con el tan elogiado encuentro entre Juan Domingo Perón y Ricardo Balbín en 1972, en el que ambos veteranos dirigentes predicaron democracia, la que fue dinamitada, entre otros, por la juventud armada, que representaba la muerte de toda política. Eran los ancianos de entonces los que defendían la democracia, frente a supuestos modernos que soñaban con Vietnam y Cuba, y que fueron decisivos para el desenlace del golpe de 1976.

Estar fuera de la grieta no es medir la igual distancia de los polos del conflicto. Esa equidistancia aritmética, por el contrario, es ser parte de la grieta y puede ser una herramienta de impunidad. Pero la grieta es una gran fábrica de identidades fuertes y, se sabe, percibir amenaza y traición a la identidad despierta las pasiones más irracionales. Pero ese salto al vacío es el tipo de valor que necesitan para cambiar el ciclo aquellos que no se cansan “de cantar en la niebla”, diría Virus. Algunos ven en la pandemia una oportunidad para una radicalización de la grieta, mientras otros, para lo opuesto. Nada nuevo en el análisis político. Los dos escenarios son posibles. Todo depende de en cuál de ellos pongan sus fichas los principales actores, entre ellos los medios de comunicación.

Cada uno elige las imágenes paganas que van a gobernar sus acciones. Así como no ayuda representar al Frente de Todos o a Cambiemos en clave única y demonizante, tampoco aquellos que idolatran la dictadura cubana, la militancia armada setenista, el chavismo o el madurismo pueden pretender que no se

desconfíe de ellos cuando hablan de democracia. Las imágenes históricas y actuales que evocan nos sacan de la construcción democrática y nos ponen en un abismo autoritario. Podrían tener las mejores intenciones, pero les desconfiamos porque traen las peores imágenes posibles para convencernos.

Frente a esas imágenes, un periodista siempre teme. Como escribió el gran cronista cubano Carlos Manuel Álvarez, en Cuba el periodismo es una de las profesiones más afectadas: “De haber sido medicina, se le habría pedido que dejase morir a los pacientes, o que llamara catarro al cáncer”.

EL PERIODISMO SEGÚN BORGEN

Infobae, 14 de octubre del 2020

Se puede aprender mucho sobre periodismo y política viendo *Borgen*, porque esta gran serie danesa ha sido pensada, en gran medida, como una narrativa sobre la intersección del mundo de los políticos y de los periodistas.

Su guion está plagado de intervenciones de los políticos en el campo de los periodistas y de los periodistas en el campo de los políticos. Y lo primero que revela esto es cómo disfruta cada sector cuando interviene en el campo del otro, lo mismo que ocurre en el mundo real. Para un político es un golazo intervenir en la agenda periodística, y para los periodistas es triunfal generar hechos políticos. De hecho, gran parte de la trama está movida por hechos políticos contruidos en esa intersección, que tiene fronteras móviles, donde los personajes pueden pasar de un lado al otro, en una puerta giratoria sin cepo. El uso del *off the record*, la forma de preguntar, la relación con las fuentes, la voluntad de investigar (o no), la selección de los encuadres, nos remiten al cotidiano político de cualquier país.

Pero hay diferentes tipos de periodismo alrededor de esa maravilla edilicia y política que es el Palacio Christiansborg, que concentra en una intimidad extraña los tres poderes del estado danés. Esa no es una arquitectura política habitual. Nosotros tenemos nuestro *Borgen* local en La Pampa, donde el Centro Cívico creado por Clorindo Testa es un conjunto edilicio que reúne a

los poderes legislativo, judicial y ejecutivo. Algo similar se había planificado hace muchos años en San Juan, pero no se concretó. Sí tenemos, en cambio, un monumento a los tres poderes en la ciudad de Santa Fe frente al fenomenal Museo de la Constitución en la ribera del río. En el mundo, el arquitecto brasileño Oscar Niemeyer concentró en la plaza de los Tres Poderes en Brasilia a su Corte Suprema, al Palacio del Planalto y al Parlamento federal, posiblemente inspirado en un similar complejo gubernamental que Le Corbusier construyó en India en la ciudad de Chandigarh.

Habría que analizar qué impacto en el gobierno implica esa concentración física de poderes que tienen que estar divididos, pero claramente debe tener impacto sobre la forma en que el periodismo se ocupa de ellos.

Hay tres tipos de periodismo en *Borgen*. Por un lado, está el director del noticiero y su equipo que responden a una visión profesional del periodismo, atada al servicio público. Con sus diferentes estilos, cada uno de los integrantes de ese equipo coinciden en priorizar la calidad de la información y su relevancia para la sociedad.

En ese mismo canal, el gerente tiene otra visión del periodismo, que tiene que ver con su capacidad de impacto y de monetizar “haciendo televisión”. Por eso, esta segunda visión entra en conflicto muchas veces con el director del noticiero y su equipo, los que quieren hacer “periodismo” en vez de “televisión”. Esta tensión es natural en todos los medios y forma parte del proceso creativo. Un periodismo que no tiene capacidad de llegar a la sociedad está incumpliendo su rol, del mismo modo que el puro entretenimiento para llegar a la audiencia puede vaciar de sentido la labor profesional. Por otra parte, si no se logra la sustentabilidad económica poco futuro tiene el periodismo que se haga.

Ya en *Cazadores de noticias* describí cómo en cada momento histórico el periodismo debe construir la estructura de atención necesaria para poder cumplir su servicio público, y estas formas van cambiando de acuerdo a las nuevas plataformas, por lo que es reaccionario cristalizar formas de comunicación del pasado como si fueran las únicas posibles.

En *Borgen* hay también un tercer periodismo, que lo ejerce ruidosamente un ex candidato a primer ministro quien decidió instalar un nuevo diario, que se dedica a promover escándalos políticos con frecuentes malas artes. Es la dimensión política, donde ese medio funciona como un actor muy protagonista, sin tener los límites de los estándares profesionales. Es claramente la acción política descarnada a través del periodismo.

Así, la serie *Borgen* corporiza tres dimensiones que parecen ser formas distintas de hacer periodismo, según la prioridad sea profesional, económica o política. Y los protagonistas de cada una en la serie radicalizan su prioridad.

En realidad, esas tres dimensiones están en todo ecosistema periodístico de un país democrático, y la mayoría de las veces en el mismo medio. Podemos describir a un medio periodístico como un cuerpo con tres almas, una profesional, otra política y otra económica. En cada medio o periodista, esas tres almas se mezclan de distinta forma y proporción, y eso marca la identidad de su trabajo.

La existencia de estas tres dimensiones forma parte de la naturaleza del periodismo, pero el problema está en la medida. Si en una comunidad los medios principales son guiados sobre todo por el incentivo económico o político, la sociedad tiende a estar peor servida. Si en cambio, existe una motivación profesional principal que, sin menospreciar las otras dimensiones, refina, selecciona y

comunica la información de acuerdo a los mejores estándares, la sociedad tiene un activo social en quien confiar. Las buenas asociaciones profesionales intentan fortalecer esa prioridad, entendiendo que eso es lo que la vida pública necesita.

Dado que es una serie creada hace ya casi una década, en *Borgen* las redes sociales no tienen la preeminencia que tienen hoy, lo que le agregaría a la narrativa de la relación entre periodistas y políticos una velocidad y volatilidad nueva. Sería como cuando se pasa de jugar hockey sobre césped a jugar hockey sobre hielo. Parecen lo mismo, pero son dos deportes muy diferentes.

LA POLÍTICA Y EL PERIODISMO EN LA PUERTA DEL CALLEJÓN

La Nación, 15 de noviembre del 2020

Ningún gobierno puede aspirar al despliegue de un plan preciso. El arte de la gestión tiene más que ver con el imprevisto y depende, sobre todo, de la capacidad de adaptación que tengan sus líderes. Es más parecido a una jineteada. Y esto suele frustrar y restar energía a los elencos gobernantes, que se ilusionaron con batallas distintas.

Cuando el eminente historiador francés Marc Bloch, antes de ser torturado y fusilado por la Gestapo en 1944, analizó la rápida caída de París, escribió que el Ejército francés, del que él era un oficial, estaba preparado para pelear otro tipo de guerra

Cuando el eminente historiador francés Marc Bloch, antes de ser torturado y fusilado por la Gestapo en 1944, analizó la rápida caída de París, escribió que el Ejército francés, del que él era un oficial, estaba preparado para pelear otro tipo de guerra, que esa la hubieran encarado con toda valentía, pero que esta guerra veloz que impusieron los alemanes los sorprendió y eso afectó su voluntad de luchar. Eso mismo les pasa a los elencos gobernantes. Por eso, la fuerza de un gobierno está en la capacidad de adecuarse y salir de su plan original.

Pero en la Argentina esa adaptación es difícil pues acelerar en la bajada es una especialidad política local. La forma de enfrentar las crisis es radicalizarnos y así profundizar la caída, en una lógica de cuanto peor, mejor, donde parecen disfrutarse los tropiezos que

agravan la situación de todos. Y así emergen los adoradores del estallido, al que se piensa como una nueva hora cero que alumbrará no sé qué beneficios colectivos. Esto nos hizo un país con un destino errante o, mejor, migrante, dado que el indicador irrefutable de nuestra situación relativa son siempre los datos de la Dirección Nacional de Migraciones.

En este contexto, los discursos de paz y amor en nuestra política interna son poco escuchados. Pero esta forma calma de actuar tiene sus ventajas. Entre otras cosas porque, cuando la corriente arrastra al conflicto, la moderación es una señal de fuerza y no de tibieza. Y no habría que minimizar los efectos que tiene la moderación para acumular fuerza política. Aunque más no sea por la capacidad para alzar la mirada y ver más allá del barro inmediato, condición esencial para salir del pozo de una crisis. “Utilizar el orden para enfrentarse al desorden, utilizar la calma para enfrentarse con los que se agitan, esto es dominar el corazón”, escribió Sun Tzu en *El arte de la guerra*.

Desde esta perspectiva, hoy la necesidad de la buena política es desenganchar de la locomotora de las voces más facciosas algunos de los vagones que se les fueron sumando, para que aquellas tengan el menor apoyo social posible. No es otra cosa que intentar romper falsas alianzas, dejarlos solos, dado que los núcleos autoritarios y corruptos son enanos agrandados por la polarización.

Pero ¿es posible una política moderada sin interlocutores con la misma actitud? Cuando crece la sensación de hostilidad, la identidad es la gran aliada en estos casos. Se trata de evitar romper el espejo y darte cuenta de si te estás pareciendo más a lo que rechazás. Por eso, ser mesurado es defenderte a vos, serte leal y sensible a tu propia piel emocional y darte cuenta de que

te estás transformando en otra cosa. Además esa lucha interna, y contra el ambiente, por la identidad no es un capricho negador del conflicto, sino una estrategia política para vencerlo. De otra forma, uno se va metiendo en el callejón del conflicto y llega un momento en el que retroceder es difícil. Y ahí ya no te quejes, fue toda tu culpa si te quedaste sin alternativas. La mejor opción es siempre resistirse en lo posible a entrar a ese callejón.

Las líneas editoriales también pueden entrar al callejón del conflicto y así dilapidan su potencial influencia más allá de su audiencia afín. Quedan encerradas en una burbuja de fuentes y una superpoblación de adjetivos e ironías, que refuerza que su público cancele otras visiones posibles alentando su espiral de ignorancia. No entrar al callejón no implica dejar de hablar fuerte y claro. Las investigaciones más rotundas sobre un gobierno no son incompatibles con una línea editorial moderada, que mantiene su vocación de búsqueda de todas las fuentes. En el fondo, la templanza propuesta se basa en el realismo de entender que nuestra democracia es todavía endeble y que debemos avanzar aunque sea pequeños pasos para no bloquearnos.

En este escenario, las investigaciones periodísticas que se han realizado conforman una especie de proceso imperfecto de memoria y verdad de la administración fraudulenta del Estado. Los periodistas no deberían frustrarse si sienten que sus esfuerzos no son reconocidos. El tiempo histórico que vivimos sí los reconoce.

Para terminar, una clave para la política de la moderación frente a la presión del ambiente es saber que la sociedad adquiere fortaleza democrática cuando las personas se sienten cerca entre sí, dado que la política autoritaria disuelve las relaciones sociales. Si hay muchas diferencias, vacíos, muros que las separan, es más fácil que se les impongan desde afuera. Por eso, hay que insistir

en tender esos puentes internos, diversos, múltiples, en todas las direcciones. Una sociedad no es una abstracción. Son organizaciones sociales muy diversas, como grupos de la sociedad civil, profesionales, movimientos sociales, sindicatos, cámaras empresariales, centros educativos, clubes o comunidades religiosas. Cada uno tiene su identidad y esta no puede ser arrasada por la polarización. La democratización de una sociedad consiste, entre otras cosas, en que cada sector cultive una identidad particular, por lo que ese proceso de partidización política que festejan tanto los populismos es un retroceso, no un avance.

Por eso, una gran parte del aprendizaje de la vida democrática consiste en poner a la política partidaria en su justo lugar. Si esta satura de sí misma cada institución, grupo, asociación, movimiento, se destiñe la calidad del espacio ciudadano, les saca autonomía a otras áreas de la vida social, las asfixia. Sostener ese tejido social multicolor implica resistir ese avance expansivo del partidismo hacia todas las áreas sociales.

Este es el riesgo que corremos hoy. Y el periodismo profesional puede ser un instrumento para evitarlo. Pero si, en cambio, este acompaña a la política y entra al callejón, seremos parte del problema.

LOS LÍDERES DESIGNADOS, LA PRENSA Y EL ODIIO EN AMÉRICA LATINA

La Nación, 31 de diciembre del 2021

Un beneficio secundario de la pandemia es que el odio en el tránsito se pausó, los odiadores del volante quedaron en suspenso, la batalla de la esquina, el *scrum* de autos embotellados y el ataque al peatón, por un tiempo, casi cesaron. Para no volver a ver tanto odio entre ventanas, ayudaría un *sticker* que dijera: «Me bajé de la batalla del tránsito».

Pero en política el odio creció. Ya veníamos mal desde que la polarización sacudió las democracias de amplia base consensual de los noventa. En sociedades repletas de pobreza, los portadores sanos de populismo pensaron que este vitalizaba la democracia. Pero lo raro es que, veinte años después, no cambiaron de idea.

La foto muestra que Venezuela vive en estado de conmoción permanente, Bolivia casi llegó a una guerra civil, y la Argentina cinturea entre abismos. Al mismo tiempo, el rayo polarizador de Jair Bolsonaro en Brasil y Nayib Bukele en El Salvador tensiona al máximo.

Los teóricos de la razón populista temían que izquierdas y derechas hacia el fin del siglo XX se parecían mucho. Y quizás era cierto: si en sociedades muy desiguales el realismo es una voz demasiado inmovilizadora se evade el entusiasmo militante, y queda un margen amplio para que la emoción política sea toda autoritaria.

Pero, más que energizar, los populismos electrificaron la vida pública, estresaron los principios del liberalismo político y soltaron odios fronterizos con la violencia.

El informe Bachelet sobre derechos humanos explica por qué Venezuela es una democradura: legisladores detenidos y exiliados; detención de familiares del líder opositor Juan Guaidó; ataques violentos de grupos civiles oficialistas (“colectivos”) sin que los policías los impidan; esos colectivos aplican restricciones en barrios pobres; creación de milicias civiles armadas integradas a los militares; detenciones sin orden judicial y sin dar motivos; los detenidos por la inteligencia militar “fueron sometidos a desaparición forzada” entre siete y cuarenta días; las órdenes de detención fueron retroactivas, no accedían a los expedientes, o solo inmediatamente antes de la audiencia, y muchas veces sin ver la acusación.

A esto hay que sumarle el *bowling* oficial con las instituciones electorales y parlamentarias. Venezuela “es un buen ejemplo de brutalización de las instituciones”, dice Pierre Rosanvallon en su último libro, *El siglo del populismo*. En su fase descendente, un régimen autoritario pierde el control de sí mismo y no regula ni su propia arbitrariedad. Puede pasar del ataque desmesurado a la flojedad.

Lo triste es que la democracia supuestamente tibia de la era pre-Chávez fue un oasis para las libertades. Durante muchos años, solo ellos, Colombia y la siempre humilde Costa Rica conservaron sus democracias. Allá viajaron las Madres de Plaza de Mayo en lo que fue quizá su primer viaje y tantos exiliados, entre ellos nada menos que Tomás Eloy Martínez, Pepe Elíashev y Rodolfo Terragno. Pero desde el comandante, en 1999, el populismo

no solo no energizó, sino que fue la puerta de salida hacia la democradura.

Sabemos que los autoritarismos caen de muchas formas, pero no cómo ni cuándo. Hasta ahora, la oposición venezolana no tuvo ni la suerte ni la inteligencia de su indignación, como diría Rosanvallon. Pero la esperanza está del lado opositor. Ya lo decía Max Weber: “La política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias para la que se requieren, al mismo tiempo, pasión y medida. Es completamente cierto, y así lo prueba la historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez”.

Lo notable es que el periodismo fue y es quizá la barrera principal contra el populismo autoritario, por izquierda y por derecha, entendido este como una estrategia de construcción política que disloca las instituciones y pudre el discurso público destruyendo los matices. Así lo vimos también en los Estados Unidos de Donald Trump.

En el populismo, el pueblo tiene instantes de expresión: cuando vota y cuando responde en la calle al liderazgo vertical. Pero la prensa es subversiva de esa periodicidad, pues ejerce la representación popular no un instante, sino todos los días, a cada hora, cuando hay un periodista informando y opinando en nombre del interés público. Para quienes solo conciben la representación como electoral, esto es una usurpación. Pero la república es también eso, una competencia de formas reales de representación. Pasa en todas las democracias que una persona puede sentirse mejor representada por un sindicato, un movimiento social, o el medio que lee, en vez de por el legislador que le tocó votar.

Cuando en la Argentina se expropió, en 1951, el diario más popular, *La Prensa*, se ingresó en una forma de democradura.

Para comunicarse con el pueblo, a los no peronistas casi solo les quedaron los panfletos y las radios uruguayas. Un periodista experto en temas aeronáuticos, Raúl Apold, fue el diseñador de ese estado comunicador sin contrapesos.

En Venezuela, también el apagón mediático fue para cortar la comunicación de los opositores con los sectores populares. El autoritarismo popular puede tolerar algún pluralismo de prensa en sectores medios y altos, pero no en su base social.

Por eso, medio siglo después, Apold fue plagiado: cesaron emisiones y multaron periodistas, radios, canales y diarios; hubo toma accionaria en Globovisión, Cadena Capriles y *El Universal*, y los grandes medios como *RCTV*, *Venevisión* y *El Nacional* fueron acorralados y marginalizados. Al resto de los medios tradicionales solo les quedó internalizar la censura y adaptarse.

La caída en la democradura la cuenta el destacado académico Andrés Cañizález en *Veinte años de censura en Venezuela, 1999-2018*. Dice que Chávez siempre supo que la batalla contra los periodistas era inevitable por el “choque histórico de fuerzas”. Tras sus primeros discursos presidenciales, el entonces relator de libertad de expresión de la OEA, Santiago Cantón, ya alertaba sobre su “efecto intimidatorio sobre la prensa y la sociedad”.

Pero también emergió una bandada de medios digitales: *Efecto Cocuyo*, *Tal Cual*, *El Pitazo*, *El Estímulo*, *Armando.Info*, *RunRun* o *La Patilla*. Son difíciles de controlar, tienen menos estructura, costos reducidos, y son hábiles y ubicuos en su océano digital. Por eso, sin una revolución digital paralela al chavismo, la ciudadanía viviría en un desierto informativo mayor. Estos son los únicos contrapesos frente al estado megáfono con voz monocorde.

La internacional populista coincide en el consejo de su líder francés Jean-Luc Melenchon del “justo y sano odio hacia los medios”. Y con el líder español Pablo Iglesias, quien dice que “determinados poderes mediáticos” son una de “las mayores amenazas para nuestros sistemas democráticos”. Por eso, si las leyes contra el odio en Alemania (2018) y en Francia (2019) se pensaron contra los autoritarios, en la región se cocinan proyectos similares contra las oposiciones democráticas y los medios críticos.

Hoy, esta ola diversa de líderes designados, como Nicolás Maduro, Alberto Fernández, Lenin Moreno o Luis Arce, han definido en su relación con ese “odio a los medios” su voluntad o no de diferenciarse de quien los designó. Quizá no podrán hacer nada con la guerra en el tránsito, pero alguno sí contra el odio hacia el periodismo y hacer un *sticker* que diga “Me bajé de la batalla contra los periodistas”.

ALBERDI EN LA HABANA

La Nación, 18 de febrero del 2021





Ilustración: Sebastian Dufour.

En 1855, dos años después de inspirar la Constitución, Juan Bautista Alberdi pasó por Cuba, que era una colonia de trabajo esclavo. En contraste, nuestra Constitución había escrachado la esclavitud como un crimen, con la bella frase de que un esclavo es libre “por el solo hecho de pisar el territorio de la república”.

Pero, igual, Alberdi se maravilló: “No tiene rival en América del Sud. Río de Janeiro es pobre y fea ciudad al lado de La Habana... ferrocarril, gas, telégrafo, todo eso existe aquí en gran escala”. Incluso le impactó más que Washington, en la que todavía había “vacas errantes y sueltas”.

Ahora los cubanos perdieron esa modernidad material y viven en la esclavitud política. Los defraudaron con la libertad. Tras la robada revolución democrática de 1959, ni hablan ni eligen, y sufren la opresión de su movilidad. Como en una cárcel, estas dictaduras reprimen, en esencia, “el uso indebido de las piernas”, como ironiza el disidente *Diario de Cuba*.

Si bien coexistimos con el raro fenómeno de que, por cierto postureo progresista, muchos periodistas dicen no creer en la verdad, hay cosas innegables. Pero pasan cosas en La Habana y apenas miramos.

Las dictaduras añejadas saben reducir costos. La gran represión contra la “primavera de Cuba”, en marzo de 2003, se hizo en la tarde previa de la medianoche que George W. Bush había definido como el ultimátum para invadir Irak. Los autos de la policía levantaban disidentes al mismo tiempo que los bombarderos despegaban para invadir Irak. Así, la noticia cubana fue un pie de página en la escena mundial.

Como siempre, las caras más agrias de una dictadura son la policía y el periodismo oficial. Ese periodismo, a través de su monopolio audiovisual, bombardea el terreno para la infantería, que es la policía que detiene a los ya degradados a enemigos del pueblo.

El 9 de noviembre un rapero fue detenido por desacato tras ser hostigado por la policía en su casa y condenado, en pocas horas, a casi un año en una cárcel de máxima seguridad. En reacción, casi dos decenas de personas, agrupadas en el no alineado Movimiento San Isidro, iniciaron una huelga de hambre que la policía, con ropa de médicos, interrumpió por el “delito de propagar epidemias”. Para resistir, se plantaron frente al Ministerio de Cultura durante unos minutos casi trescientos artistas, periodistas, líderes religiosos y académicos, aplaudiendo y apretando bien las muelas. En cualquier democracia esto es banal, pero en Cuba entró a la historia como el 27-N. Ante ese hito, el viceministro de Cultura acordó que podrían “reunirse sin ser hostigados en espacios independientes”, es decir, en sus casas y ateliers, y que caminarían sin ser seguidos.

Pero el gobierno cerró la charla y duplicó el bombardeo. Se sorprendió hasta el viejo trovador Silvio Rodríguez: “¿Por qué se ha vuelto tan difícil la palabra diálogo?”; y el gran poeta Carlos Varela dijo que “algo tendrá que cambiar... aunque otros

preferan callar”. El artivismo, como el que hacen los talentosos Luis Manuel Otero Alcántara o Tania Bruguera, está aumentando su volumen. El pulmón democrático que crece está lleno de cultura.

El principal talento del régimen es calcular si quiebra esta ola disidente o espera su desgaste. Lleva seis décadas regulando la rabia de la organización colectiva opositora, por lo que sabe cuándo ceder o no. Para eso, prende y apaga el acceso a las redes digitales, y el acceso a las calles a través de un inmenso tapiz pringoso de soplones, espías y policías. Si hay una protesta, acosan a los periodistas para que no la cubran, no los dejan salir de la casa, los citan, los pasean, o cualquier otra vía que oprima la movilidad. Al revés de la canción de la obra *Los miserables*, el objetivo es que no se escuche a la gente cantar. El hermano de la actriz Ana de Armas grabó en forma clandestina el interrogatorio en la policía:

—No puedes sacarle fotos a ninguna actividad en casa de Miguel Coyula Aquino [artista cubano]. No puedes vincularte porque ellos no son ni artistas, ni son fotógrafos, ni son nada... se hacen llamar, se autotitulan artistas independientes, eso aquí no... eso es ilícito aquí.

Y, si no le gusta, el interrogador le propone:

—Cambia la ley, ve y sube entonces pa’ la sierra con un fusil.

Periodistas “subversivos”, como Carlos Manuel Álvarez, Abraham Jiménez Enoa, Yoani Sánchez o Reinaldo Escobar, tuvieron muchas conversaciones con la policía política, pero ninguna voluntaria; son visitas y paseos forzados, donde les discursen sobre el expansivo derecho penal cubano con la cárcel entrelineada. Este proceso de socialización obligatoria está basado

en que cada disidente tiene “el compañero que me atiende”, como podemos verlo en películas en blanco y negro sobre la Stasi de Alemania Oriental, o a todo color en este año en Cuba. Lo que no podemos es no verlo.

Este torniquete intenta que las acciones digitales y callejeras críticas sean lo más fugaces posible, y crear un cordón sanitario que impida su comunicación al resto de la isla. Pero más temprano que tarde los reguladores de la represión tendrán un inevitable error de *timing* y se abrirán los anchos malecones; ese día la comunicación libre arrasará los diques que la bloquean e inundará de alternativa a un pueblo que hoy no la ve. Antes de ir a Cuba, el tucumano Alberdi enfrentó a una dictadura; incluso editó una hoja bélica Muera Rosas! “La dictadura es una provocación constante a la pelea”, escribió. Luego, fue perito en la transición a la democracia: su riña contra la brutal pluma de Sarmiento fue por cómo se hacía esa transición. Por eso, Alberdi no parecía odiar personas, sino sus actos autoritarios.

Así, además de ser eficaz contra las dictaduras y en promover transiciones, también lo fue en el arte de la reconciliación: después de pasar por Cuba y Estados Unidos, Alberdi se instaló en Londres como embajador, donde mantuvo una relación cordial nada menos que con Juan Manuel de Rosas. La clave es que Alberdi distinguía las batallas del pasado de las del futuro; por eso, su constitución fue nuestro programa. Una buena definición del subdesarrollo es que la dirigencia se concentra en las batallas del pasado. Pero los demócratas necesitan siempre una visión hacia el futuro y mucho más para derribar una dictadura.

Alberdi, en su obra de teatro *El Gigante Amapolas* (con nombre de flor como el dictador contra el que luchaba), ironiza sobre cómo las dictaduras se sostienen por la división opositora, y porque la

opacidad del régimen hace que desde afuera se sobredimensione su poder. Sugiere que proyectar poder no es lo mismo que tenerlo. Ante la inicial retirada de los demócratas ante el gigante, la mujer de un soldado del régimen se sorprende: “¿Cómo han conseguido un triunfo tan completo? ¡Ustedes tan poquillos, y ellos tan muchos, tan muchos!”.

Mientras, en el campo rival, el sargento que se decide a atacar al gigante dice: “Estamos espantándonos de fantasmas”.

Da seis pasos y descubre que es un gigante de paja.

Alberdi la llamó “peti-pieza cómica en un acto” y así retrata la dictadura como una gigantesca simulación de poder a la cual todos contribuimos. Lo difícil es poner de acuerdo a millones para terminar con esa simulación, que es lo que se necesita en Cuba para entrar a la democracia.

LA NEBLINA DEL LAWFARE EN AMÉRICA LATINA

La Nación, 17 de marzo del 2021





Ilustración: Alfredo Sabat.

En nuestra historia hay pocas certezas legales sobre quién cometió actos corruptos. Y esa neblina es un atributo de las democracias subdesarrolladas.

Cuando al gobierno de Perón lo acusaban de corrupción, él recordaba lo que la calle decía de los funcionarios de Yrigoyen: “Rodríguez Jáuregui se había robado el Consejo Nacional de Educación; el señor Claps parece que se desayunaba con durmientes de los ferrocarriles del Estado; Benavidez era también otro ladrón; el señor Rodríguez Yrigoyen era el que había hecho más plata en Buenos Aires con los pleitos del gobierno; Oyhanarte era dueño de medio Buenos Aires. Y, señores, llega la revolución del 30, meten preso en Martín García a Yrigoyen, hacen una investigación en la que les revisaron hasta los colchones a los que habían sido acusados de robo en el gobierno, y a ninguno se le pudo probar absolutamente nada”.

Esta forma de argumentar iguala a todos. Se cree según el color político. Y esa es una buena definición de injusticia. En temas de corrupción, la certeza popular no es una certeza democrática. Se necesita la certeza de los jueces. Y en esto, en América Latina, la sed es más de verdad que de condenas.

Hoy los poderes judiciales cruzan las fronteras ideológicas: en los años 90 investigaron a los expresidentes neoliberales Menem,

Fujimori y Collor de Mello; desde entonces detuvieron a variados expresidentes de El Salvador, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica y Panamá; el expresidente mexicano Salinas de Gortari se fue al exilio y su hermano fue detenido; ahora el hermano del actual presidente hondureño fue detenido, mientras este quedó en la cuerda floja, y en los últimos años se denunció e investigó a Chávez, Uribe, Correa, Lula y los Kirchner. El expresidente Alan García se suicidó para no ir preso, y el colombiano Ernesto Samper, bajo proceso, dijo que tenía una pastilla de cianuro en 1996 por si lo detenían en Estados Unidos.

Solo el terremoto Odebrecht, cuya prolija División de Operaciones Estructuradas repartió cientos de millones de dólares en 10 países de la región, disparó el pedido de cárcel para varios presidentes (entre ellos cuatro del Perú) y hay políticos presos o prófugos en todo el espectro ideológico. El Lava Jato encarceló dirigentes de varios partidos, incluso a Eduardo Cunha, uno de los hacedores del juicio político a Rousseff. Por eso, la neblina del *lawfare* desinforma al recortar estas condenas como si fueran todas al mismo color político. *Ahora la prensa investiga a* Bolsonaro, e incluso a los fiscales del Lava Jato, por lo que el periodismo cumplió su rol de controlar a todos.

Antes el reclamo popular era que el poder punitivo penal solo llegaba a los pobres, pero eso cambió: políticos, banqueros y grandes contratistas, de repente, empezaron a ir a la cárcel en varios países.

Las innovaciones que hicieron una cárcel un poco más policlasista son la cooperación internacional; menor deferencia ante el poder; apuntar a quien domina la organización y no solo a los autores directos; arrepentidos con declaración verificada con pruebas independientes; posibilidad real de cárcel por delitos de

guante blanco; recuperar lo robado, y, decisivo, una gran comunicación social de los procesos judiciales. El juicio a Fujimori, el pago ilegal a legisladores (“Mensalao”), Petrobras, Lava Jato, Odebrecht o los cuadernos de las coimas fueron fases acumulativas para juzgar mejor y más alto. No usar esas innovaciones era no hacer nuestro trabajo, pueden decir los fiscales de todos los países.

Pero quienes reclaman *lawfare* impugnan esos avances: dicen que la difusión de las actividades judiciales la hacen jueces que juegan a la política; que no hay pruebas directas de que quien dominaba la asociación ilícita participó del delito; que la cooperación internacional viola la soberanía nacional; que los arrepentidos son extorsionados para afectar a una figura política, y que la interrelación entre judiciales y periodistas crea un expediente paralelo.

Sin embargo, las revelaciones de la prensa son esenciales contra el gran delito. Si se activan ciclos de indignación popular se ayuda a que fiscales con poder relativo sigan a pesar de presiones internas. La Convención de la ONU contra la Delincuencia Organizada Transnacional promueve el uso de los medios para “sensibilizar a la opinión pública” contra la amenaza de las mafias, y en la Convención contra la Corrupción los Estados se comprometen a “respetar, promover y proteger la libertad de buscar, recibir, publicar y difundir información relativa a la corrupción”.

También el Poder Judicial se usa contra la prensa. Se hacen demandas judiciales para callar a voces públicas. En inglés se llama Slapp (*Strategic Lawsuit Against Public Participation*). Las organizaciones de defensa del periodismo piden normas anti-Slapp, que penalizan a quienes denuncian para afectar la libertad de expresión, las que existen en más de treinta estados de EE.UU.

La prestigiosa *Index and Censorship* difundió un informe sobre el uso del Slapp contra los periodistas europeos. En la Argentina, esas demandas son abundantes, con rebote en redes digitales y medios afines al denunciante, para demoler la imagen de periodistas, como está pasando en Río Negro, Tucumán, Entre Ríos o Capital Federal.

Pero el periodista debe huir de la denuncia tribunera, liviana de papeles, de un periodismo populista de sesgo antipolítico, que no protege la presunción de inocencia, y cae en lo que el gran periodista venezolano Ewald Scharfenberg llama “visión de túnel”: cuando solo se atiende a indicios que confirman la propia hipótesis. Una escena típica es un gobierno populista en riña contra un periodismo populista, donde el riesgo es el vacío que crean procesos de transparencia impulsados desde la frivolidad de periodistas apóstoles del “que se vayan todos”. Denunciar la corrupción es para mejorar la política, no para destruirla; es a favor, no en contra.

La idea del *lawfare* nació de analizar mutaciones bélicas, cuando en China hablaron de guerras irrestrictas, en EE.UU. de guerras asimétricas y, en Rusia, de guerras híbridas. Acá, sin armas, en el marco del amor eterno que tiene el populismo con las teorías conspirativas, el *lawfare* guerrea tanto al periodismo como al Poder Judicial, que son las dos barreras contra la corrupción pública.

Como todo mito conspirativo, el *lawfare* es una ensalada: Trump, el líder más latinoamericano que tuvo EE.UU., tuiteó el 10 de febrero del 2017 en letra mayúscula: LAWFARE. Estaba furioso con un juez que acotaba su freno a la inmigración. Hoy hablan de *lawfare* en el conflicto israelí-palestino, los exguerrilleros colombianos que son citados a declarar por sus crímenes, fujimoristas

para liberar a su lideresa Keiko, o el gobierno español cuando acusa a las derechas de usar jueces para frenar sus políticas.

En América Latina, quienes gritan *lawfare* subestiman la corrupción como problema. “Mal cósmico... la causa y el origen de todos los males”, ironizó Lula en un reciente libro. Pero la neblina del *lawfare* no tapa que la corrupción mata, enferma, humilla, empobrece, erosiona la casa común, degrada las señales del mercado, frustra proyectos, bloquea derechos, expande injusticia, desigualada y, lo peor, deslegitima la democracia.

Por eso, no se trata de rutas de billetes, sino de la corrupción de la democracia. Claro que hubo dictaduras precedidas por un discurso de saneamiento moral, pero eso debe reforzar la lucha contra la corrupción, no inhibirla.

ACERCA DEL AUTOR

Fernando J. Ruiz es investigador especializado en la relación entre periodismo y democracia.

Profesor a tiempo completo en la Facultad de Comunicación de la Universidad Austral.

Escribió *Las palabras son acciones. Historia política y profesional del diario La Opinión de Jacobo Timerman, 1971-1977* (Perfil, 2001); *Otra grieta en la pared: informe y testimonios de la nueva prensa cubana* (La Crujía, 2003), *El señor de los mercados: historia de Ámbito Financiero, 1976-2001* (El Ateneo, 2005), *Guerras mediáticas. Las grandes batallas periodísticas desde la Revolución de Mayo hasta la actualidad* (Sudamericana, 2014); *Cómo entender al periodismo. Selección de la obra de Wolfgang Donsbach* (Fundación Konrad Adenauer, 2014). Coordinador de *Prensa y Congreso: trama de relaciones y representación social* (La Crujía, 2001). Su último libro es *Cazadores de noticias. Doscientos años en la vida cotidiana de los que cuentan las noticias* (Ariel, 2018). Integrante de la Academia Nacional de Periodismo. Actualmente es el presidente del Foro de Periodismo Argentino (FOPEA). Es consejero académico de CADAL.

IMÁGENES

Periodismo, democracia y pandemia
en Argentina y América Latina

PAGANAS

No conocía a Fernando Ruiz hasta que leí este libro que compila, principalmente, textos suyos publicados en *La Nación*, *Clarín* o *Perfil*. Me alegra haberle conocido a través de esta lectura. Fernando Ruiz es argentino y yo soy cubana, pero la realidad de la que habla no me es ajena. Los problemas de América Latina, antes de la pandemia y durante la pandemia, son bastante parecidos en su esencia, aunque sus síntomas difieran.

Imágenes paganas es un libro que propone constantemente un equilibrio. Fernando Ruiz exhorta a la autocrítica en el gremio, al tiempo que reconoce la necesidad de que las sociedades se involucren en la defensa de las libertades y funcionen como un tejido armonioso. Tiene claro que el heroísmo no es un modelo periodístico sustentable. Es una voz crítica y al mismo tiempo esperanzadora, sin llegar a ser cínica, mucho menos ingenua.

Cualquier persona que acceda a este libro percibirá esa coherencia en el pensamiento del autor y encontrará nuevas claves para interpretar su realidad, detectar el gran reto que la construcción de democracia impone y el papel del periodismo en ese reto. En algún momento, Ruiz lo dirá de la manera más sencilla que una pueda imaginar: «Esto es como andar en bicicleta: si no avanzás, te vas a caer».

MÓNICA BARÓ

PERIODISTA INDEPENDIENTE CUBANA,
GANADORA DEL PREMIO GABO 2019

